

PABLO POVEDA

DESAPARECIDO

UNA NOVELA DE POLICÍAS, CRÍMENES, MISTERIO Y SUSPENSE



UNA
HISTORIA DE
ROJO

Pablo Poveda

Desaparecido

First published by Pablo Poveda Books 2020

Copyright © 2020 by Pablo Poveda

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Pablo Poveda asserts the moral right to be identified as the author of this work.

First edition

Cover art by Pedro Tarancón

Proofreading by Ana Vacarasu

This book was professionally typeset on Reedsy

Find out more at reedsy.com



Pablo Poveda Books

A ti, una vez más, pero no la última.

El dinero no es el problema. Son los principios.

—Dashiell Hammett

1

La espera se hizo eterna, pero mereció la pena. Llevaban meses tras ese cabrón.

Sentado en el interior del Seat Toledo verde del compañero, sacó un chicle Trident de menta, de un paquete fino y alargado. Lo partió en dos y le ofreció la mitad a Quiles, el inspector con el que mataba las horas. Éste negó con las manos y volvió a ponerlas sobre el volante. Rojo se guardó la mitad sobrante junto al resto del paquete y se echó la goma de mascar a la boca. Después tensó las mandíbulas. Lo había probado todo para dejar de fumar, por enésima vez, aunque aquella era la buena, la definitiva, se decía en silencio, cada vez que las ansias le provocaban ganas de encenderse un pitillo. Lo hacía por él, por su salud, por su hijo y por romper un vínculo con el pasado. Desde los parches de nicotina a cortar por lo sano. Cualquier método era el mejor, hasta que dejaba de serlo. De alguna manera, tarde o temprano, terminaba cayendo en la tentación.

Por la radio sonaba el informativo local de la SER. El tren de cercanías que conectaba Murcia con Alicante, había sufrido una avería a la altura de Orihuela, generando retrasos en todas las estaciones.

Antes de que el periodista terminara de locutar la noticia, Quiles giró la rueda del volumen hasta apagar la radio por completo. Luego miró a su compañero.

—¿Crees que hoy es el día? —preguntó golpeando el volante con la yema de los dedos. Estaba tranquilo, aunque harto de tanta vigilancia. El sospechoso era Rodrigo García, un traficante de estupefacientes de poca monta, conocido en la ciudad y en los alrededores.

La razón por la que Quiles y Rojo lo vigilaban era otra.

Un antiguo vecino lo había denunciado por zurrar a su novia a menudo. Los inspectores estaban convencidos de que la había matado, pero necesitaban algo más que una denuncia para irrumpir en su domicilio.

Dar con García no había sido fácil.

Cambiaba de residencia con facilidad, siempre sin firmar contratos de alquiler. Utilizaba el propio apartamento como punto de venta, razón por la que no tardaba en desaparecer cada cierto tiempo. Ahora que lo habían localizado, tan sólo necesitaban una justificación.

Las horas pasaron, el logotipo de Canal Nou se iluminó en lo alto del edificio de las oficinas de la televisión comarcal. Anocheceía y aquello era desesperante.

—No vamos a conseguir nada —comentó Quiles, cansado de estar allí dentro.

—¿Por qué eres tan negativo? —cuestionó el inspector—. A este paso, el subinspector Guzmán nos va a echar del despacho. Ese chaval le echa agallas.

Quiles se rio.

—Eso no va a pasar mientras sigamos haciendo nuestro trabajo como hasta ahora.

Y no le faltaba razón, pensó el inspector Rojo, pero ese era el problema más grave del asunto.

De haber sido su decisión, habría hecho las cosas de otro modo. Una manera que Quiles desconocía. Echaba de menos a Gutiérrez, las tardes en el Dower's, el olor a azufre por las mañanas en la calle Carlos III. Una época en Cartagena que, ahora que habían pasado unos años, era capaz de añorar.

Allí, en Alicante, todo se había vuelto difuso, rutinario y burocrático. Su historial estaba limpio de sangre. El pasado, pasado estaba, y nadie tenía por qué estar al corriente de aquello. No era un extraño, nadie le llamaba valenciano de forma despectiva y los desgraciados como Pomares quedaban lejos de su campo de acción. Se había limitado a cumplir con las normas a cambio de una estabilidad en su vida, y eso lo estaba pudriendo por dentro.

De pronto, el camello apareció por el portal del edificio y caminó hacia la entrada de un bar que hacía esquina.

—Se acabó —murmuró Rojo, haciendo un ademán de bajarse—. No aguanto más.

—¿Cómo? No podemos salir ahí, como si nada. Sabrá que lo hemos vigilado.

—Al cuerno, Quiles.

—Pero, Rojo...

—No me jodas, anda —dijo, abriendo la puerta para salir al exterior—. Tú, si quieres, te quedas ahí.

—¡No tenemos pruebas!

Rojo desoyó la advertencia del compañero.

Cuando el caucho de las botas hicieron contacto con el asfalto, su cabeza sólo imaginaba cómo sería el primer golpe. Para él existían dos tipos de personas: las que tomaban la iniciativa y solucionaban los problemas, y el resto. Por supuesto, Quiles pertenecía a esa casta que prefería seguir el protocolo sin meterse en problemas.

Cerró con fuerza y se dirigió al bar. El interior alumbraba la calle. Vio a ese desgraciado de lejos, comprando tabaco en la máquina del establecimiento. Prefirió esperar a que saliera. El

propietario del bar no tenía por qué pagar los daños.

En silencio y con el rostro serio, se apoyó en la esquina. Quiles aún permanecía en el interior del coche.

«Troç de merda...», dijo pensando en el otro inspector.

El sospechoso se mostraba contento, como si la calle fuera suya. Puede que le hubiesen ido bien las ventas. Sacó un cigarrillo del paquete de Marlboro y se lo encendió nada más salir del bar.

—Eh, ¿me das uno? —preguntó Rojo cortándole el paso.

García tenía ojeras, los pómulos hundidos y el cabello sucio y tieso por el gel fijador. Estaba a un paso del caballo, pensó el policía, si es que no lo había hecho ya. Presentaba la apariencia de un vendedor de estupefacientes en clubes nocturnos. No llegaría a los treinta y cinco, pero ya se había saltado la primera regla de oro del camello: quien vende, nunca consume. Rojo sabía que quien entraba en el negocio para disfrutar en parte, de él, normalmente no salía con vida.

Conforme oyó al policía, levantó la vista y estableció contacto con él. Conocía esa mirada firme, segura y temerosa. Era la mirada de los problemas, del fin del juego, del corre mientras puedas. El cigarrillo se movía como un equilibrista entre los labios del sospechoso.

Abrió la cajetilla con sumo cuidado y le ofreció uno al inspector.

—¿Fuego? —preguntó Rojo. La tensión llegaba al vehículo de Quiles, que seguía como un espectador en el interior del Seat.

Los segundos se hicieron eternos, como la cuenta atrás de una bomba de relojería. Cuando Rojo se fijó en la mano que sujetaba el mechero, los temblores del camello le revelaron sus intenciones. La primera calada le sentó como una sacudida en la boca del estómago, pero resistió —. Gracias... ¿Y tu chica?

Las palabras sonaron a magia.

El traficante echó a correr en la dirección opuesta, pero los reflejos del policía fueron más rápidos. Rojo le agarró del antebrazo y tiró hacia él.

—Sorpresa, policía... —dijo con una sonrisa socarrona.

El chico le respondió con un escupitajo que salpicó la cara del inspector.

Aquello no fue lo más acertado. Rojo lo lanzó contra un coche y le golpeó en el hígado con un puñetazo certero que lo dejó desvalido. Con un puntapié en la entrepierna lo mandó al suelo.

—¡Policía! —exclamó Quiles apareciendo en escena, tranquilizando a la clientela del bar que había salido en la calle y que observaba con entretenimiento la escena—. ¡Sigán con lo suyo! Maldita sea, Rojo, ¿qué diablos has hecho?

Rojo sacó un pañuelo de tela del bolsillo y se limpió la cara.

—Malnacidos... —murmuraba el detenido moribundo. El inspector levantó la bota y le pisó la cara—. Hijo de puta...

—Asalto a la autoridad. ¿Qué esperabas? —preguntó Rojo guardándose el trozo de tela—. ¿Lo recoges tú o también me va a tocar a mí hacerlo?

Quiles suspiró con desidia.

Era palpable que no eran compatibles a la hora de proceder.

Se agachó, esposó al detenido y le ayudó a incorporarse.

—No era así como lo habíamos planeado —reprochó.

Después se dirigió en busca del móvil, para solicitar que un zeta se llevara al individuo.

Rojo se quedó quieto, contemplando las gotitas rojas que ese mamarracho había dejado al caer sobre la acera. Luego se fijó en las dos siluetas que caminaban hacia el vehículo.

Conocía lo que pasaría después. Quiles hablaría más de la cuenta y ese canalla andaría suelto en menos de cuarenta y ocho horas.

Pensó en Gutiérrez.

Él nunca lo habría hecho.

2

Apoyado en la barra del bar Guillermo, un rústico mesón de tapas, comida casera española, ibéricos y conservas, Rojo levantó el botellín de Mahou, se bebió de un trago lo que quedaba y lo apoyó junto a un plato de ensaladilla rusa. Ya no eran marineras, sino ensaladilla sin más. Después dejó el billete de cinco euros sobre la barra y se marchó.

Aún no se había acostumbrado al euro. Tampoco a cargar con un teléfono móvil en la cintura. Detestaba la sensación de estar localizable en cualquier momento.

El nuevo milenio se presentaba ante él como un desierto de incertidumbre. La tecnología avanzaba sin que se diera cuenta, y él se quedaba atrás, como un reloj de cuerda obsoleto. Los años noventa habían pasado más rápido de lo imaginado, sin tiempo para el disfrute propio. Años en los que había conocido el significado del amor, así como el del odio. Un periodo en el que Rojo se había buscado a sí mismo, sin éxito, terminando del peor modo posible: dándose por vencido. Ahora, Cartagena quedaba lejos, como las fotografías de un viejo álbum familiar.

No había regresado desde su partida, y eso le pesaba de algún modo en el alma.

Pero no todo era triste y sin brillo. Por suerte, había logrado encajar algunas piezas, poner un poco de orden en lo más importante.

El pequeño Felipe crecía bajo la tutela de sus abuelos, en el ambiente sano de un pueblo, a unos cuantos kilómetros de allí, pero a salvo de las garras de su madre y del desastre de vida que llevaba el padre. Era lo mejor para todos, por el momento. Aún tenía mucha tarea por delante.

Por su parte, los tiempos habían cambiado, no sólo en la forma de vida de las personas, sino también en el modo de hacer las cosas en el trabajo. Los tipos como él y como Gutiérrez se habían convertido en ejemplares en peligro de extinción.

Como había pronosticado tras atizar a ese maleante en la calle, Quiles no iba a manchar su pulcra reputación por un arrebato del compañero.

A Rojo no le quedó opción: una excedencia voluntaria de un año, bajo la presión de los de arriba, para apartarlo de los problemas.

Eso fue todo.

Doce meses fuera de la brigada y sin ejercer como brazo de la ley.

Doce meses para retomar lo que había dejado a medias.

Salió del bar y alcanzó la plaza del Mercado Central de Alicante, que rebosaba de personal a esas horas. El olor a pescado reinaba por los alrededores de la manzana. Las cajas de hielo se amontonaban en las puertas laterales del recinto. Aunque ambas eran ciudades portuarias, Alicante no era Cartagena, y aún no se había acostumbrado a una ciudad así, en la que aún perduraba la influencia fenicia en el arte de la persuasión dialéctica. Pese a lo que dijeran, todas las urbes del litoral tenían un corte similar. Para Rojo, el carácter de los cartageneros era abierto y efusivo, quizá demasiado a su gusto, pero también peligroso. Lo había comprobado en las redadas, en las situaciones límite e incluso en el propio cuerpo de la Policía. El cartagenero era una estrategia de buen corazón, pero no pecaba de idiota. Tras la sonrisa gentil y la mirada relajada de un desconocido, se podía despertar a una bestia brava y despiadada si se apretaban los botones necesarios.

Sin embargo, en Alicante era al contrario. Un escenario diferente, con unas costumbres parecidas, una forma de ser risueña, festiva y con más anticipación en la toma de decisiones que los vecinos del sur. Los alicantinos sabían defenderse cuando los problemas tocaban a la puerta, pero les perdía la boca a menudo y esto creaba más conflictos de los necesarios. La altivez, la charlatanería y la rivalidad constante con una capital de región que representaba el máximo exponente de sus rasgos, hacía que la idiosincrasia fuera difícil de digerir para los que venían de fuera.

Él no era la excepción a la norma. Nunca lo había sido.

No obstante, la vida le había enseñado a evitar el cacareo y los modales groseros, al menos, innecesarios.

Subió hasta la plaza de España, atisbó el cuartel de la Guardia Civil junto a la Plaza de Toros y entró en la calle de San Leandro, una vía estrecha de casas viejas de dos plantas y edificios de tres alturas que se apretaban de forma caótica y sin armonía. Con una criatura, el sueldo de inspector se le quedaba corto, así que no tardó en encontrar un piso que se amoldara a sus necesidades. Poco después de asentarse, cansado de la horrenda pensión en la que se había metido los primeros días, alquiló el tercero derecha del número dieciséis de la calle de San Leandro. Un edificio viejo construido en los ochenta, pero espacioso y con balcón. Una fachada de ladrillo caravista separaba los balcones en dos mitades con una cristalera. Las vistas no eran una delicia, pero era consciente de que no pasaría mucho tiempo allí. Suelo de mármol, paredes de gotelé y cocina de butano. Dos dormitorios y un salón, además del cuarto de baño. El piso no parecía haber sufrido la presencia de muchos inquilinos. Se notaba en los azulejos, en los muebles.

Aunque no le contaron las razones del porqué estaba libre, el inspector no desestimó la idea de que la persona que antes vivía allí, hubiera muerto unos meses antes de llegar él.

* * *

Los años en Alicante le habían servido de poco para su investigación personal. Flecos por aquí y por allá. Recortes de prensa que no llevaban a nada y una decena de chicas desaparecidas por toda la costa que dejaban un vacío permanente en sus familias.

Por supuesto, nadie las había encontrado, ni vivas ni muertas.

Aún quedaban heridas abiertas en el corazón del inspector, cicatrices que no terminaban de cerrar y recuerdos que lo despertaban a mitad de la noche, con el pecho empapado de sudor y la conciencia intranquila.

Elsa era la causante de todo, la madre de su hijo, la razón por la que, desde hacía años, vivía sumido en un infierno de pensamientos. Elsa era la única persona que había logrado controlar su forma de pensar y lo estaba volviendo loco.

«¿Por qué tuviste que convertirte en una de ellos?», se preguntaba a menudo.

Lo que más dolía no era que su expareja hubiese terminado formando parte de una secta mística. Le sobrepasaba no haber hecho nada al respecto. Desde que la conoció, aquel día en el bar Dower's, entre humo de tabaco, olor a aceite frito y servilletas arrugadas en el suelo, supo que era una persona frágil, débil y carne de cañón para ese tipo de gente. Las últimas décadas habían sido muy lucrativas para quienes intentaban ganarse la vida a través de lo místico y lo espiritual. El desencanto de la sociedad con la tradición católica, el fin de un dogma que había dirigido las costumbres de la nación durante siglos —y lo seguía haciendo—, habían dado paso a una búsqueda interior en otro lugar más exótico, como si éste les fuera a revelar la verdad que perseguían.

Estaban por todas partes y no parecían tener fin.

A Rojo, todo aquello le parecía una mamarrachada, además de una pérdida de tiempo y de dinero. Estoico, sin haber leído a los griegos, el único culto al que se rendía era el de la calle y su código de supervivencia.

Introdujo la llave en la cerradura del portal y cruzó el pasillo del vestíbulo, indiferente a los buzones. Subió en silencio los peldaños de las escaleras, escuchando su propia respiración, intentando acallar la mente antes de que volviera a despertar los miedos y las batallas perdidas.

Finalmente, sin mucho esfuerzo, llegó a la tercera planta. Dos puertas idénticas y una maceta en medio.

Entró en el apartamento que olía a cerrado, y dejó la chaqueta en el perchero de la entrada. El dormitorio principal, donde él se acostaba por las noches, estaba desordenado. La cama sin hacer y la ropa sobre una silla que había junto al escritorio. Encima de la mesa había una carpeta con facturas. Caminó hasta la cocina, pensativo, y observó la puerta de la segunda habitación.

Cerrada a propósito.

Conocía lo que había en su interior y no estaba de humor para entrar allí.

Todavía no.

La cocina era de granito, con un fregadero, una lavadora, una nevera vieja pero espaciosa y varios muebles donde guardaba la vajilla. Todo iba incluido en el alquiler.

Abrió el frigorífico y sacó un botellín de Estrella de Levante.

«No puedes pasarte la vida jugando a ser quien no eres», se dijo mientras destapaba la cerveza con el abridor.

Por delante le esperaba un año incierto.

Dio un largo trago que le refrescó la garganta. Sintió el golpe de la ansiedad, la necesidad de encenderse un cigarrillo para acompañar el momento y soltar un poco de lastre, pero no, no lo iba a hacer. Ver a su hijo crecer, le había cambiado la perspectiva de la vida. Depender de la nicotina, no era muy distinto a depender del amor de otra persona. Dejarlo, nunca era fácil, pero más difícil resultaba olvidarlo. No obstante, su orgullo estaba por encima del dolor. Pocas cosas odiaba más que la dependencia.

Dejó el botellín sobre la encimera, se secó los labios con el índice y regresó al pasillo. Después empuñó el pomo de la puerta y la abrió. La persiana de la ventana del cuarto estaba bajada, así que encendió la luz para no continuar a oscuras.

El dormitorio era el más estrecho de los dos, pero Rojo lo usaba como oficina.

Un enorme corcho de madera colgaba de una de las paredes. En él había clavados más de una veintena de recortes de prensa, titulares de noticias y fotografías en blanco y negro. Todo estaba relacionado con Elsa, con la secta de los Hermanos del Silencio y con la líder que aparecía en las grabaciones caseras con las que se había hecho: Violeta, el punto de partida, una absoluta desconocida. La señora de pelo corto, lacio y de color platino que se había llevado a su mujer para convertirla en una esclava a base de estupefacientes y explotación. Tenía una mirada penetrante, como la de un reptil, que se arrastraba por debajo de sus sábanas cada noche antes de que apagara la luz.

Y, sin embargo, no existía rastro de ella.

Nadie la había visto, ni en Murcia ni la provincia de Alicante.

Lo había intentado todo: llamadas telefónicas a compañeros de otras regiones, favores a terceros, información bajo precio pactado... Nada, ni una pista de la misteriosa identidad. Y eso lo frustraba todavía más.

Le producía estupor entrar en el cuarto, sobre todo cuando recordaba las imágenes de la cinta de vídeo que había sobre la mesa, pero no tenía alternativa. Ninguno de los familiares de las personas que pertenecían a ese culto, podían hacer nada más que lamentarse por la pérdida.

Las puertas del paraíso sólo se abrían ante los elegidos y Rojo no estaba invitado a la fiesta.

Plantado ante el mosaico de documentación que había extraído por su cuenta, intentó buscar ideas que le ayudaran a atar cabos sueltos.

Tenía un año por delante. Decidió que era el momento oportuno para retomar aquello.

Solucionarlo o pasar página.

De algún modo, las dos opciones pondrían fin al problema.

3

No podía creer que estuviera muerta. No quería creerlo tras haber visionado esa cinta.

«¿Y qué más da?», se cuestionó en silencio ante el mural de recortes de prensa que no llevaban a nada. No encontraría a ninguna de las chicas desaparecidas, como tampoco daría con el paradero de su mujer.

Enfadado, como cada vez que se plantaba allí, arrancó una fotografía que colgaba de una esquina. Era una vieja instantánea Polaroid. Elsa lucía una melena rubia y rizada y rodeaba con el brazo el cuello del inspector. Apenas se apreciaba en la imagen, pero lucía una tripa de varios meses de embarazo.

«Pudimos ser felices, pero quisiste joderlo», murmuró dolido.

Devolvió la fotografía a su lugar, se frotó el mentón y echó un último vistazo al montón de información, antes de cerrar la puerta de nuevo. Era su rutina diaria, como si la inspiración le fuera a llegar en cualquier momento, apreciando un detalle revelador que, hasta la fecha, había pasado por alto.

Suspiró.

—Al carajo con todo —dijo en voz alta, después buscó una caja de cartón y arrancó los recortes del corcho para luego echarlos en ella. Se había dado por vencido, no podía más. La búsqueda de su expareja lo estaba convirtiendo en un ser iracundo. No merecía tal tortura. Al fin y al cabo, había sido la propia decisión de Elsa.

Veinte minutos más tarde, tras plantearse con cada trozo de papel si debía deshacerse de él o no, tenía la caja llena de fotocopias arrugadas, el cuarto limpio de pistas y el corcho despejado. Sobre la mesa sólo quedaban dos objetos: la cinta de vídeo que había conseguido en Cartagena y una carpeta amarillenta con documentación sobre los Hermanos del Silencio. No había vuelto a reproducir el vídeo, ni tenía interés en intentarlo por enésima vez, así que no dudó en ponerlo junto al resto. Finalmente, una vez completada su tarea, sólo quedaba la carpeta que tanto le había costado tirar.

Las preguntas que rondaban en su mente, le hacían dudar.

«Y si... Y si...», pensó.

Los días estaban plagados de hipótesis y elucubraciones que nunca se hacían realidad. Las personas que se dejaban llevar por éstas, nunca lograban nada en la vida.

«Y si te pudres en el infierno y sales de mi cabeza de una maldita vez...», dijo para sus adentros, pensando en ella, y echó la carpeta en el interior de la caja.

* * *

Comenzaba a oscurecer sobre la capital levantina. La limpieza no sólo había arrasado con las piezas de una investigación sin salida, sino que también se había llevado con ella los pocos recuerdos que Rojo tenía de Elsa, dejando únicamente una foto de familia.

Con la caja en el maletero junto a una papelera de aluminio y una petaca de diez litros de gasolina, cerró la puerta trasera, entró en el vehículo y arrancó el motor. Alicante suponía un nuevo comienzo, una nueva etapa para él y para su hijo.

Empezar de nuevo suponía pasar desapercibido sin llamar la atención. Lo último que buscaba en el barrio era que supieran que un policía los estaba vigilando. Gracias a un contacto que trabajaba como comercial en un servicio de coches de ocasión, por un módico precio, se apropió de un Ford Sierra Cosworth de color blanco, una vieja carrocería de 1993 con 220 caballos de potencia y tracción a las cuatro ruedas. Todavía recordaba su viejo Citroën BX en llamas, a plena luz del día, calcinándose por el fuego, mientras él observaba el desastre desde la barra del bar. Le guardaba cariño a ese coche y a los momentos que había vivido en él.

Ahora, su nuevo coche absorbía la gasolina como una esponja, aunque hacía su trabajo sin causar problemas. No le duraría demasiado y era consciente de ello. Rojo conducía un bólido de competición, anticuado, pero rígido. Un vehículo que comenzaba a verse cada vez menos por las calles de la capital levantina.

Tomó dirección hacia el mar, con el fin de alcanzar la costa, recorrer la nacional que lindaba con las vías del tren y conducir hacia Urbanova, una zona residencial costera, a espaldas del aeropuerto, que limitaba con Los Arenales del Sol, y que pertenecía todavía al municipio de Alicante. Lo tenía decidido mientras veía el sol que bajaba en el horizonte.

Antes de llegar a las urbanizaciones, salió por uno de los desvíos de la carretera del Saladar y se detuvo frente a la playa.

Al otro lado sólo quedaba una gran llanura de campo y maleza, y la otra carretera que iba hacia el Altet, Santa Pola y Guardamar del Segura. Se estaba haciendo de noche, el tránsito de coches por aquella carretera secundaria era escaso. Las luces del aeropuerto alumbraban el cielo,

los aviones Boeing sobrevolaban la ciudad a gran velocidad y el ruido de las olas rompiendo en la orilla avisaba de la subida de la marea. Rojo se bajó del coche, apagó el motor y las luces. La playa salvaje estaba desierta a esas horas, por su bien y por el de quien se atreviera a dejarse ver.

Abrió la maleta, sacó el cubo de hojalata y el bidón de combustible. Indeciso, agarró la caja y vació su contenido en el interior de la papelera.

«No siempre las corazonadas llevan razón», pensó mientras desenroscaba el tapón de la petaca.

Roció los papeles de combustible, buscó la caja de fósforos, prendió uno de ellos y lo dejó caer en el interior del cubo. Una llamarada iluminó su rostro. El papel comenzó a arder y, con él, también se quemaron los fantasmas del pasado. Existía un elemento mágico en aquel ritual, el mismo que se celebraba la noche del veinticuatro de junio de cada año.

No obstante, para él no había ningún motivo de alegría.

La Polaroid cambió de color al entrar en contacto con el fuego, volviéndose maleable, doblándose por las esquinas hasta consumirse con la llama.

Así se sentía él. Ese asunto lo había destrozado por completo.

Pensó que, quizá de ese modo, retornando a la casilla de salida, pudiera ver la vida de otro modo.

4

Muerto el perro, se acabó la rabia.

Sin rastro de ella en la casa, había logrado dormir sin interrupciones. No echó en falta la tormenta de sueños desagradables, ni las taquicardias que partían en dos las madrugadas.

«Al final, Elsa tenía razón con toda esa bazofia de la energía en los objetos...», reflexionó al abrir los ojos. Puede que así fuera, o puede que no, pero era cierto que le llevaría algunos días asimilar lo ocurrido.

Se levantó desanimado, con la boca reseca y la saliva amarga.

Se dijo que tenía que dejar de beber, como cada mañana que notaba el taladro de la jaqueca golpeándole en la nuca.

Caminó hasta la cocina, agarró una botella de agua y se bebió medio litro de un trago. Empezó a despertar. Ahora que se había deshecho de su problema más grave, un nuevo inconveniente hacía frente a sus días: no tenía nada que hacer. Y nada era nada. Ni una mísera actividad que mantuviera su traicionera cabeza ocupada. Un año inactivo era mucho tiempo. El inspector no era una persona de aficiones. El fútbol le entretenía cuando jugaba la selección nacional, siempre que fuera en un bar y se encontrara junto a otros individuos como él, pero le era indiferente, al fin y al cabo. Lo mismo ocurría con el resto de deportes de equipo. Alguna noche, cuando los tormentos de su relación se presentaban en casa sin previo aviso, visionaba los combates de boxeo que retransmitían en Canal+. Veladas bañadas de whisky escocés en el sofá, combatiendo la soledad mientras dos desconocidos se rompían los huesos, rodeados de un millar de personas, en otro continente. Sentía el aprecio justo por las artes, del tipo que fueran. Su colección de discos era limitada y los pocos libros que guardaba con él, no eran más que viejas y baratas novelas policíacas de bolsillo, de páginas amarillentas, detectives con sombrero y sangre entre las líneas. Gutiérrez le había prestado unas cuantas y ahora formaban parte de su colección. Raymond Chandler, Dashiell Hammett o Peter Cheney eran algunos de los nombres que ocupaban las portadas. Le gustaba leerlas porque eran cortas e iban al grano. Era lo más parecido a una película y el ejercicio de leer le ayudaba a conciliar el sueño. De cuando en cuando, Rojo tomaba notas de los diálogos más románticos y se guardaba algunas frases para él.

En el fondo, era un idealista.

La calle tampoco le ayudó. Había dejado de ir a los bares. Ya no era lo mismo. Las comparaciones eran odiosas y las posibilidades de que el propietario del bar estuviera a la altura del confidente del Dower's, eran desesperanzadoras. La clientela debía ganarse la lealtad del dueño y viceversa. Finalmente le quedaba el pequeño, que ya no era tan niño y estaba cerca de cumplir los diez años. Un pequeño que había crecido con un padre ausente, al que veía los fines de semana —debido al trabajo—, como si de un régimen de visitas penitenciario se tratase. Se estaba perdiendo su infancia y, si no cambiaba, también dejaría pasar la adolescencia. El inspector era consciente de que su padre, el abuelo del chico, lo haría mejor hombre de lo que él mismo sería capaz. Pero le dolía igualmente no estar presente en el proceso.

«Si tan sólo supiera cómo comportarme ante él...», se decía, cohibido por la idea de que su hijo supiera que, bajo la apariencia del policía frío como una plancha de acero, era un completo desastre de persona.

Rojo sabía que las mentiras nunca llegaban lejos. Tarde o temprano, quizá unos años después, el joven vendría a él con cientos de preguntas que lo pondrían contra la pared. Ahora que lo había quemado todo, la verdad acerca de su madre, de la mujer que un día llegó a amar ciegamente, era tan moldeable que no tenía por qué ser cierta. A menudo imaginaba ese momento y sopesaba las palabras que pronunciaría. No estaba preparado para tal escenario.

Harto de lamentarse y un poco más recuperado, en un arrebato de desesperación, Rojo se metió en la ducha dispuesto a recoger luego al niño a la salida del colegio. Pasaría la tarde con él, comerían juntos en algún bar del pueblo y después regresaría a casa. De paso, aprovecharía para pasar unas horas con sus padres, a quienes también echaba de menos. La relación entre ellos se había deteriorado con el embarazo de Elsa. Los padres del inspector nunca aceptaron a la madre de su hijo y le advirtieron de los problemas que le provocaría en su vida personal. No iban mal encaminados.

«¿Pero qué pueden saber ellos?», se preguntaba entonces. Unos padres orgullosos de su hijo por convertirse en un joven inspector, pero al que poco conocían en profundidad.

De alguna manera, la historia se repetía y Rojo desconocía cómo evitar que sucediera.

Despejado y vestido, comprobó la hora en su reloj de muñeca y calculó que en una hora podría estar allí. Tenía tiempo de sobra y debía abandonar ese apartamento antes de que el silencio lo ahogara.

Antes de salir de la vivienda, algo lo interrumpió.

* * *

Miró a su alrededor sin saber muy bien dónde había guardado el maldito aparato. El sonido procedía de la cocina. Caminó agitado en esa dirección y por fin vio el terminal vibrando sobre la encimera, moviéndose con dificultad. Comprobó la pequeña pantalla del Ericsson y no reconoció el número de nueve cifras que aparecía en ella.

Extraño, pensó, pues muy pocas personas tenían su teléfono. Desconcertado, desplegó la tapa y respondió.

—¿Sí? —preguntó expectante por una explicación. La persona que estaba al otro lado, aguardó unos segundos en silencio. Rojo escuchó un suspiro leve, una respiración cansada—. ¿Quién es?

Oyó un carraspeo.

—¿Inspector Rojo?

—Sí —dijo desconfiado al sentir la voz de una mujer, que no le era familiar—. ¿Con quién hablo?

La voz de la interlocutora se relajó.

—Mi nombre es Clara Forner —respondió y tomó otra pausa. El inspector estudió el ruido que oía de fondo. Sonaba a hermético, pero no era un cuarto porque podía notar el desplazamiento de la voz. Supuso que la mujer llamaba desde el interior de un vehículo—. Me han dicho que usted tiene un don para encontrar personas desaparecidas.

Rojo se mosqueó y apretó los morros, aunque le agradó escuchar aquello.

—No sé de lo que habla. ¿Quién demonios le ha dado mi número?

—Le pagaré muy bien.

—Si esto es una broma, se ha equivocado conmigo. Buenos días.

—Espere, no cuelgue, por favor —rogó la mujer. Su tono se resquebrajó, dejando al descubierto la desesperación—. De verdad, inspector, necesito su ayuda. Mi marido lleva desaparecido desde hace dos días y temo por lo peor. Tiene que ayudarme.

Rojo dudó. Se mostraba realmente dolida, aunque el inspector desconfiaba de ella y más a través de la línea telefónica.

—Entonces vaya a la comisaría y ponga una denuncia, señora... Forner —contestó, quitándose la responsabilidad de encima y poniendo fin a la conversación—. Este no es el proceso

correspondiente... Puede que su marido aparezca pronto. Quizá no, y se haya ido sin decirle nada. Así, sin más. ¿Sabe? Las personas somos impredecibles.

—Inspector —dijo en un último intento—. No puedo denunciarlo por miedo a que mi hija conozca la verdad. Le pagaré mucho dinero si lo encuentra, se lo prometo... Está hablando con una mujer desesperada que lo ha intentado todo.

—Ya... Mire, no sé quién le ha dado mi número y no lo quiero saber, pero poco puedo hacer por usted... Lo siento, así que déjeme en paz y suerte con su búsqueda.

—Entiendo —contestó finalmente, aceptando la derrota—. Gracias por su tiempo, de todos modos. Llámeme si cambia de opinión.

—Claro.

El inspector cerró la tapa y cortó la llamada. Guardó el fino terminal en el bolsillo de sus pantalones, cogió las llaves y abandonó el apartamento.

* * *

La breve conversación con esa mujer lo había dejado inquieto. No lograba quitarse su nombre de la cabeza. «Clara Forner, Clara Forner... ¿Quién cojones es Clara Forner?», se cuestionaba una y otra vez mientras conducía de forma automática en dirección a la autovía.

Subió por la avenida de Jijona, dejando a un lado los bloques de viviendas construidos durante la época del desarrollismo y las humildes casas de las afueras, que sobrevivían malamente a la llegada del nuevo milenio. El motor del Sierra rugía con cada cambio de marcha. El sol golpeaba de lleno en el capó y el radiocasete del coche reproducía una cinta pirata de canciones de Pink Floyd.

Rojo bajó la ventanilla del conductor. Hacía un buen día soleado, fresco, y el tráfico de la ciudad era aceptable. La voz rasgada de Roger Waters envolvía el interior de la carrocería cantando *Money*.

Dinero, dinero, pensó.

Un año entero sin trabajar era mucho tiempo, mucho dinero.

Las desapariciones de personas solían tener un final desastroso.

En la mayoría de los casos, aparecían sin vida, días después, en algún lugar no muy lejano de la residencia de la víctima. Los motivos eran variados, aunque normalmente tenían el mismo patrón: rivalidades entre dos o más personas, riñas personales o profesionales, violencia doméstica, problemas de celos, drogas o deudas de dinero. Después, en otro apartado, se

clasificaba a las víctimas de los asesinos que mataban por gusto, los violadores que pasaban a la acción, los dementes de la sociedad que no tenían otro fin que el de herir a personas inocentes... A excepción de las disputas económicas, la mayoría de las víctimas solían ser mujeres, desde jóvenes a adultas.

Para Rojo, el mundo era un lugar hostil, duro y peligroso. Lo había comprobado por sí mismo, lo había visto con sus ojos y olido de cerca, y por eso mismo había dejado de creer en el sistema al que pertenecía. A pesar de lo férrea que pudiera ser la ley, de lo duras que llegaran a ser las penas, nunca sería suficiente, jamás sería inevitable. El mal siempre estaría presente, unas veces más escondido, otras menos, pero siempre cercano. Los animales salvajes no entendían entre el bien y el mal, sino entre seguir vivos bajo el mismo sol o convertirse en el almuerzo de la carroña. Y en el fondo, por muchos años de evolución, el ser humano seguía siendo como ellos.

Así que, si el marido de esa mujer había desaparecido, poco podía hacer por ellos dos, y mucho menos de manera clandestina. Sus compañeros de la brigada no tardarían en reunir los hechos y encontrar a los culpables, porque normalmente los había y no solían ser más listos que los agentes. En el mejor de los casos, puede que ese hombre siguiera con vida y la hubiese abandonado, supuso, marchándose con otra mujer o, quién sabe, solo, con lo justo, para empezar una nueva vida.

En ocasiones, las personas merecen una segunda oportunidad.

A la altura del Hospital General, volvió la vista hacia el asiento del copiloto, donde había dejado la chaqueta y el resto de objetos personales. Comprobó la pantalla verde del teléfono. El altavoz del coche seguía cantando aquello de *dinero, dinero*.

«Un año era mucho tiempo... sin dinero, y aquel, un trabajo fácil».

—Mierda. Qué carajo... —murmuró en voz alta, después puso los intermitentes y se echó hacia un lado de la carretera, ganándose el bocinazo de quienes venían por detrás.

Acto seguido, cogió el móvil y marcó el número de la desconocida.

Dinero, dinero.

—¿Inspector?

—He reconsiderado su oferta —dijo mirando por la ventanilla—. ¿Dónde nos vemos?

5

Un lugar casual, así le había respondido la misteriosa voz de mujer que hablaba al otro lado del altavoz. Tenía un tono sugerente, seductor y delicado. Puso atención en las indicaciones y arrancó de nuevo el motor. Intentó imaginar el rostro de la persona, el color de sus ojos, el largo de su cabello. El trabajo lo había habituado a ciertos mecanismos que ponía en marcha inconscientemente. Esbozar descripciones a raíz de un par de rasgos, era uno de ellos. Tomó la avenida de la Universidad, viendo cómo la ciudad pasaba de ser un bloque de ladrillo rojo para dar paso a una llanura árida de tierra que, en unos años, se convertiría en calles de adosados y urbanizaciones privadas. Entre palmeras, encontró la señal de la estación de servicio Repsol que la mujer le había indicado, poco antes de vislumbrar en el horizonte la enorme glorieta de la universidad, que desviaba el camino hacia el campus y hacia San Vicente del Raspeig. Disfrutó del paisaje, que se parecía al de una película del Lejano Oeste. En la distancia se podía percibir la altura de las lomas blancas, turbias por la lejanía.

Estaba intranquilo, le apetecía un cigarrillo, pero no estaba dispuesto a dejarse vencer. No, otra vez. Entró en la explanada de asfalto y se apartó de los coches que estaban parados para repostar. Dio la vuelta a la estación y aparcó sobre las líneas pintadas.

«Deberías estar con tu hijo».

Apagó el motor, sacó las llaves y abandonó el vehículo. El inspector llevaba un polo negro y una chaqueta de cuero marrón que comenzaba a estar demasiado vieja. Con las gafas RayBan de aviador, echó un vistazo a la estación en busca de una mirada cómplice. Antes de que se cansara de esperar, un Audi A5 negro entró en el aparcamiento y se acercó hasta él.

Lo conducía un hombre.

Luego vio a la mujer que lo acompañaba.

El conductor, un tipo de estatura media, fuerte, pero no fornido, con la mirada oscura y vestido con americana y camisa, abrió la puerta trasera para que la mujer pudiera salir. Rojo observó sus piernas, unas largas y brillantes espinillas que no tenían aspecto de conocer el significado del dolor. Entonces vio a Clara Forner, vestida con un conjunto azul marino de una sola pieza, ceñido al cuerpo y con transparencias en la mitad del escote. Era rubia, tenía el cabello ondulado y unas

gafas de sol oscuras que le daban todavía más misterio. Rojo permaneció inquieto, expectante a los movimientos de la dama. Calculó que sería unos siete u ocho años mayor que él, sobrepasando así los cuarenta, y que llevaría una vida muy cómoda, llena de lujos y placeres. En definitiva, una vida que pocas personas podían mantener. Mientras ella bajaba, puso atención en los pequeños detalles, fijándose en el modo en el que el chófer vigilaba los movimientos de la mujer. No necesitó más gestos para entender que se habían acostado en más de una ocasión. Para el policía, Clara Forner era una mujer atractiva y muy resultona, aunque su físico no tuviera nada que lo hiciera especial.

—Buenos días, inspector —dijo acercándose a él. Rojo miró por encima de su hombro. La mujer le ofreció la mano y Rojo se la estrechó—. No sabe lo que me alegra que haya aceptado... finalmente.

Se quitó los lentes, dejando al aire libre su mirada. Unos ojos hipnóticos, pensó él, en los que perderse durante horas. Debía andarse con cuidado. Estaba seguro de que ella era consciente de sus cartas.

—No lo he hecho. Le he dicho que he cambiado de opinión —contestó con sequedad, manteniendo la distancia. La presencia del conductor le incomodaba—. ¿Por qué aquí?

Ella miró a ambos lados.

—Es un lugar de paso —explicó—. Tanto para usted, como para mí, no sería bueno que nos relacionen.

—No sé por qué dice eso... Tan sólo somos dos personas hablando en una gasolinera —dijo y clavó sus ojos en el otro hombre—. ¿Y él?

—Él es Leonardo, mi asistente —dijo, improvisando—. Bueno, el chófer de la familia... Es el que nos lleva.

—¿A todos?

—Sí, a todos. ¿Dónde está el problema?

—No existe tal cosa... —comentó con sorna el policía, asintiendo con la cabeza. No se lo creyó—. Usted dirá de qué se trata, señora Forner.

—Por favor, inspector. Llámeme Clara —rectificó, manteniendo la distancia con él—. Las formalidades me hacen sentir vieja.

—Como quiera —contestó, luego chasqueó la lengua y ladeó el rostro—. ¿Por qué cree que su marido ha desaparecido?

—Es obvio, ¿no? Han pasado más de cuarenta y ocho horas desde que se fue de casa.

—Eso ya me lo ha dicho antes.

—Julián duerme en casa todas las noches.

«Ahora lo llama por su nombre».

—¿Ha probado a llamarle?

La mujer dio un respingo.

Le molestó que Rojo no la tomara en serio.

—He intentado encontrarle por mis propios medios —dijo y respiró nerviosa, poniéndose firme como una estaca—. Sin llamar la atención, claro. No quiero un escándalo público.

—Entiendo —dijo el inspector y lanzó una mirada al chófer. Ese palurdo seguía ahí, a un metro de ellos, atento a la conversación. No se fiaba del todo de ella, pero mucho menos de él—. No quiere que la echen del club de tenis...

—¿De qué está hablando, inspector?

—Es igual... ¿Es su marido una celebridad o algo por el estilo?

Los párpados de la mujer se movieron.

No había pasado ni un minuto y esa mujer ya estaba preparada para mentir.

—Mi marido se relaciona muy bien y con mucha gente —explicó—. Es un reputado hombre en el mundo de la hostelería.

—¿Restaurantes?

—De todo un poco.

—Comprendo —dijo. No iba a irse de la lengua, no allí. La respuesta fue breve, pero daba a entender suficiente—. Dígame, Clara, ¿qué espera de mí?

—Que lo encuentre —contestó, tajante—. Usted tiene buena fama y conozco lo que hizo en Cartagena con esas muchachas.

«Estupendo... También cuentas con soplones en el cuerpo de la Policía... Lo que me faltaba».

—¿Fue una de esas amistades de su marido? Quien le habló de mí, digo.

Ella fingió estar avergonzada, como si se hubiera adelantado demasiado.

—No, no —dijo y reuló—. La ciudad es pequeña y ya le he dicho que mi marido se relaciona muy bien... De verdad, inspector, estoy más que desesperada... Sólo quiero encontrarlo y regresar a la normalidad. Mi hija pronto se preguntará dónde está su padre.

—No me infunde confianza que usted sepa mis secretos. ¿Qué será lo siguiente?

—Descuide, por el amor de Dios... —dijo, restándole importancia con un gesto de mano—. Nadie sabrá acerca de nuestro encuentro, ni tampoco de... ya sabe... lo que me pida. Sólo nosotros.

—Nosotros y él —dijo Rojo señalando al chófer.

—Leonardo es de fiar. Lleva años en la familia.

—Pues fíese usted, sin acritud lo digo —respondió y se rascó la barba. Empezaba a cansarse de la escena, bajo el sol matutino que pronto alcanzaría el mediodía—. Clara, le seré honesto. No sé si voy a ayudarla a buscar dónde está su marido... Y de hacerlo, dudo mucho que lo encuentre.

—¿Cuánto quiere? El dinero no es un inconveniente.

—Mis problemas son otros.

—Pagaré sus gastos aparte.

Rojo miró al chófer. No quería seguir hablando delante de él.

—¿Te puedes ir a tomar el aire?

Al fin, pareció despertar.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó el empleado de la mujer.

—Sí, ya me has oído —aclaró—. Que te des un paseo, vamos.

—Pero...

Clara Forner hizo un gesto para que obedeciera la orden del policía.

—¿Puedes traerme un café, Leonardo?

El conductor, molesto, agachó la cabeza y caminó hacia la gasolinera.

—Así es mejor —dijo Rojo—. No me gusta su secretario.

—Usted tiene aspecto de no gustarle nadie.

—También —dijo y se acercó unos pasos a ella—. Vayamos al grano. Si quiere ayuda, tendrá que asegurarme ciertas garantías.

—Las que me pida.

Ahora, la mirada de la mujer era alentadora, llena de esperanza.

—Tendré contacto único y exclusivo con usted, por teléfono y en persona —dictó el inspector. Se sentía cómodo exigiendo—. Cubrirá gastos y viajes, así como la posible ayuda de terceros.

—Claro, sin duda.

—Tendré que visitar su casa, la oficina donde dirige su marido los negocios y echar un vistazo a los recuerdos que tenga.

—¿Es necesario?

—Absolutamente.

Ella rehistó, pero terminó cediendo.

—Está bien.

—Le daré una cifra en las próximas horas —continuó Rojo—. Me pagará un tercio por adelantado y el resto cuando concluya mi trabajo.

—Basta ya, ¿no cree?

—Son mis requisitos. Si no le gusta, búsquese a otro.

—Pensé que sería más empático.

—¿No le han contado que también carezco de eso? —respondió él con una sonrisa socarrona—. El dinero me lo entregará en metálico, nada de transferencias. Sé que no será un problema para usted.

Clara Forner se enojó. Las arrugas del rostro se encogieron.

—¿Cómo osa insinuar algo así?

—No sé en qué lío andará metido su marido, pero ninguna esposa está dispuesta a pagar tanto por encontrar a su marido —espetó—. Y le advierto, me importa un carajo a quién conozca en la Policía. No me asusta ni un segundo. Si intenta chantajearme en algún momento, negaré todo lo que ha dicho y serán sus familiares quienes tendrán que buscarla a usted.

Horrorizada por las palabras del inspector, tomó una bocanada de aire.

—¿Por qué es tan agresivo al hablar?

—No me haga cambiar de opinión.

—Debería tratar mejor a sus clientes.

—Es todo lo que tengo que decir.

El chófer regresaba de la estación. Se había cansado de esperar. Cuando se aproximó, contempló la tensión y el descontento en el rostro de su jefa.

—¿Todo bien, Clara? —preguntó, mientras le entregaba el café, y enseguida se dio cuenta del error—. Perdón, ¿señora?

Rojo meneó la cabeza decepcionado. No podía ser más descuidado.

—Sí, Leonardo. Todo está bien —le contestó y se puso las gafas de sol—. El inspector Rojo y yo ya hemos concluido nuestro encuentro.

El mozo asintió y se fue hacia el coche.

—Calentaré el motor —dijo y se despidió.

Rojo seguía estudiando los movimientos de la mujer.

—¿Y bien?

—Llámeme cuando esté listo para empezar a trabajar —decidió, ofreciéndole la mano—. Le daré lo que me pide, aunque yo marcaré los tiempos de cada fase.

—Faltaría más, señora.

De imprevisto, la mujer se acercó al policía hasta rozar su cuerpo. Rojo sintió el perfume dulzón que la envolvía. Los labios de Clara Forner no olían a whisky ni a cigarrillos, sino a

carmin y a barra de labios. El policía sacó el pecho hacia delante, como un pavo, para evitar que la desconocida invadiera todo su espacio. El rostro maquillado se acercó hasta su hombro. Rojo se quedó quieto, paralizado, como si de una pantera se tratara. La mano de la mujer sacudió algo que había en el hombro de la chaqueta y echó el cuerpo hacia atrás. La tensión volvió a su equilibrio.

—Cómprase algo de ropa nueva, inspector —comentó sin expresar emoción—. No se eche a perder.

Dio la vuelta y abrió la puerta trasera del vehículo alemán. El Audi negro hizo marcha atrás y se perdió en la avenida que regresaba a la ciudad.

6

Le debían un favor y era el momento de cobrárselo. Desde su encuentro con esa mujer, había pasado las últimas doce horas buscando información sobre ella, sin demasiado éxito. En Internet tampoco tuvo mucho que encontrar. Había guardado aquel comodín para una ocasión de emergencia, a lo largo del año. Ni siquiera llevaba una semana de excedencia y ya necesitaba ayuda.

Al volante de su viejo deportivo americano, atravesó el centro de la ciudad hasta la plaza de los Luceros. Clara Forner lo había puesto tan nervioso, que no había podido evitar ser de lo más engreído. Desde hacía tiempo, las mujeres bonitas le hacían sentir incómodo y esa era su forma de reaccionar.

«No te conviertas en un jodido amargado», se dijo.

Tomó la salida hacia el este, para dirigirse a la estación de trenes. Eran las seis de la tarde del jueves. Probablemente, llegaría a tiempo. Las calles se llenaban de vida, de transeúntes que aprovechaban las horas libres tras una dura jornada de trabajo. El tráfico se volvía denso y rutinario. El cielo de la ciudad se despejaba a causa de la brisa marina y el olor a humedad y a mar se colaba por la ventanilla del piloto. No le disgustaba vivir allí, aunque aún no hubiese encontrado su rincón. Pero como él, había mucha otra gente que llegaba de fuera en las mismas condiciones. Era parte de la vida, adaptarse al entorno o morir en él. Algunas ciudades eran capaces de asfixiar a los recién llegados, pero la capital levantina no era una de ellas.

Bordeó la estación por Bono Guarner hasta llegar a una segunda glorieta. Las texturas del barrio cambiaban a medida que entraba en profundidad. San Blas no era el distrito más peligroso de todos los que había visitado, ni por asomo, pero era palpable la diferencia que existía comparable con otros rostros de la ciudad. Las viejas casas de dos plantas se habían solapado con los edificios de ladrillo rojo, persianas de plástico y toldos a rayas. Calles desiertas, talleres de coches, ambiente de barrio y miradas pícaras que se volvían peligrosas cuando caía la noche. Siguiendo las coordenadas que había memorizado en el mapa de la ciudad, antes de salir de su domicilio, Rojo aminoró cuando vio la entrada de una bodega en un lateral de la calle, frente al

local de una peña taurina. Aparcó el Ford y caminó hacia un portal de hierro rojo. De un aparcamiento privado salió una furgoneta blanca. Las miradas acechaban por su espalda.

Carraspeó para aclararse la garganta, buscó el timbre del tercero izquierdo y pulsó el botón metálico.

—¿Quién? —preguntó una voz masculina.

—Soy Rojo —dijo sin más explicaciones.

El diálogo se pausó por unos segundos. El otro no parecía alegrarse por su visita.

—Ya bajo —respondió y cortó la comunicación.

Rojo salió hasta la acera y comprobó que el coche seguía en su sitio.

Siete minutos después, la puerta del edificio se abrió.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el inspector Quiles. En efecto, no le ilusionaba verlo en la puerta de su domicilio. Ni siquiera podía imaginar cómo había dado con él. Pero Rojo era un hombre sensato y tomaba precauciones con antelación, en silencio y sin precipitarse, así que había hecho sus tareas antes de que le obligaran a apartarse por un tiempo.

Siempre las hacía.

—Necesito que me ayudes con algo.

Quiles frunció el ceño y apretó la mandíbula. Después miró hacia el abismo de la calzada. Esta vez, no podría deshacerse de él.

—Está bien —respondió a regañadientes—. Vamos a un bar que conozco. Allí podremos hablar con calma.

* * *

El camarero sirvió un quinto de cerveza para Rojo y un descafeinado para el inspector Quiles. Eran tan diferentes como la noche y el día y, así y todo, se habían soportado durante dos años. Quiles, mundano, con una barba fea, blanda y sin bigote, echó dos pastillas de edulcorante a la taza y las removió con la cucharilla. Rojo no entendía cómo había llegado a inspector, pero era obvio que los tiempos y las filas habían evolucionado. Todo había cambiado menos él, que seguía atrapado en Cartagena, en el noventa y dos y con el fantasma de la mujer que le había roto el corazón. Quiles vestía una camisa gris a cuadros, con un bolsillo en el lado izquierdo del pecho y unos vaqueros limpios y bien planchados. Aguardaba nervioso a que Rojo empezara hablar, jugando con la pulsera del reloj. El otro se fijó en la alianza de la mano. Recordó que nunca le había comentado que estaba casado, pero tampoco hizo falta. A Quiles le gustaba parar en los

locales de alterne y hablar con las chicas que entraban, antes de trabajar, para asegurarse de que todo estaba en orden. Un perdonavidas y un cerdo en potencia. Probablemente, tuviera miedo a reconocer que ya su vida, el modelo aspiracional de la clase media, era una auténtica basura. Nadie estaba a salvo.

«Dios da semilla al que siembra», pensó.

—¿Cómo lo estás llevando? —preguntó Quiles, tras dar un sorbo a la taza humeante. Un intento patético de romper el hielo.

—Necesito información sobre unas personas —dijo, ignorando la pregunta. Ambos sabían que a Quiles le importaba un cuerno el estado de su compañero. De hecho, la noticia de su excedencia le había alegrado. Un año sin verle la cara a diario. No obstante, Rojo no le guardaba rencor. No era mal tipo, sólo un cobarde al que no le gustaba la aventura, ni mancharse las manos. Un curruto de oficina. Los tipos como él no cuajaban bien con la personalidad del inspector—. ¿Te suena el nombre de Clara Forner?

—No. ¿De qué se trata?

—Eso es lo de menos. En realidad, quien me interesa es su marido, un tal Julián...

—Tendrá un apellido, ¿no? —preguntó. Rojo lo miró con sequedad—. ¿Y por qué tanto interés?

—¿El tuyo o el mío?

—Sabes que puedes confiar en mí.

—Entonces, ayúdame y no preguntes —dijo y levantó el botellín. Tenía a Quiles contra las cuerdas, pero aún no había llegado el momento de reprocharle la puñalada traperera que le había metido semanas antes—. No te estoy pidiendo demasiado, sólo información. Saber quiénes son, qué llevan entre manos, si hay peligro o no... Nada más. Tú conoces aquí a todo Cristo.

—Rojo... —comentó con voz temblorosa—. No te encuentras en la mejor situación para meterte en líos. Estás de excedencia. Si te pillan... Mejor dicho, si nos cogen a los dos...

—Ni siquiera te estoy pidiendo que me hagas una maldita fotocopia —reprochó—. ¿Te saltaste la clase de ética y compañerismo? No me jodas, Quiles. No puedes ser tan mamarracho.

—Lo último que quiero es...

—Que te den —dijo Rojo, y el otro inspector abrió los ojos de par en par. No estaba acostumbrado a tanta ordinariéz—. Eso es lo que no quieres, que te jodan como a mí. Pero eso no va a pasar.

—Es intolerable que me hables así, después de todo lo que he hecho por ti.

Quiles intentaba ponerse firme, pero no lo lograba. La mirada de Rojo era tan dura, que no podía evitar desviar sus ojos a otra parte.

—Ahórrate las lágrimas, compañero —dijo sin compasión alguna—. Consígueme eso y llámame cuando lo tengas. Después te dejaré en paz.

—Estás abusando de la autoridad.

—¿Ah, sí? Dime algo que no sepa.

—¿Qué pasa si me niego? No puedes hacer nada. Ya te lo he dicho, deberías apartarte y dedicarte a otras actividades.

—¿Siempre eres tan aburrido?

Apretó los labios, se echó hacia delante y movió el taburete de la barra. Rojo disfrutaba con la puesta en escena. Quiles levantó el dedo acusador y ladeó el rostro con gesto interesante.

—¿Acaso te has planteado qué diría Asuntos Internos si le llegara una denuncia de tu actividad?

Tranquilo, el policía sonreía paciente. Le puso una mano en el hombro y lo empujó hacia el asiento del taburete. Quiles se sentó.

—No, pero sí que me he imaginado lo que haría tu mujer si se enterara de que te dedicas a coquetear con las chicas del D'Angelo.

El rostro de Quiles cambió de color. La altivez de su cuerpo se esfumó.

—Rojo...

El inspector vació el botellín de un trago y le dio una palmada en el hombro derecho.

—Sí, ya lo sé. No hablaba en serio y tú tampoco has hecho nada malo... —respondió amablemente, con voz conciliadora y se puso en pie—. Me tengo que largar. No tardes en llamarme.

—Claro... Así haré.

Rojo salió del local, dejando al excompañero pensando en lo que le había dicho. No esperaba una contestación tan dura.

—¡Quiles! —exclamó desde la puerta.

El otro se giró, aún desde el asiento.

—¿Sí?

—Gracias por el favor.

Después dio media vuelta y caminó hacia el Ford Sierra. Se sintió tranquilo, no por haber puesto en su lugar a otro compañero, sino por demostrar, una vez más, que nada en esta vida era seguro, ni siquiera para el idiota y confiado de Quiles.

La información no se hizo esperar para Rojo. Por fortuna, el compañero temió más por su integridad e imagen pública que por meter las narices donde no le llamaban.

Antes de las once de la mañana del viernes, Quiles lo había puesto al corriente de las actividades de Clara Forner y Julián Rovira, el desaparecido marido de la señora Forner.

Rovira era un conocido empresario de la noche levantina desde hacía décadas, con un largo historial como gerente de bares nocturnos, discotecas y clubes privados durante su juventud, y otra fuerte reputación como propietario de afamados restaurantes y salas de espectáculos. Natural de Alicante, tenía fama de ser un díscolo negociante, siempre inspirado por las grandes ideas, los proyectos más ambiciosos y, por supuesto, el dinero. Desde Orihuela a Dénia, pasando por Benidorm, su apellido era más que familiar entre los brillantes nombres de la hostelería. Rovira sabía seducir a las masas, llevándolas a sus locales de moda para que vaciaran las billeteras allí.

El auge de la Costa Blanca reconocido fuera de España y la llegada del turismo eslavo y nórdico que pasaba los veranos en las colonias extranjeras, propiciaron que los planes de Rovira fueran más allá, aliándose con socios rusos que financiarían sus propuestas para crear nuevos negocios. Aunque no era el rey de reyes, el alicantino había logrado forjarse un feudo y un respeto a nivel provincial.

Y eso, ya era un logro digno en una región donde vivir de la noche era muy sacrificado.

Pero, como siempre, no todo era de oro lo que relucía.

Rovira llevaba más de cinco años perseguido por Hacienda, debido a una turbia declaración de las cuentas de sus sociedades. Sin embargo, hasta el momento, había logrado esquivar los pabellones de la prisión.

No era un secreto que la mayoría de los locales nocturnos se gestionaran con dinero negro. El personal, las bebidas, los artistas que actuaban en ellos... La lista era infinita. Una práctica común para generar más ingresos y pagar menos impuestos.

En poco más de dos décadas, el empresario había logrado amasar un patrimonio generoso y al alcance de pocos. Aconsejado por terceros o bajo iniciativa propia, como otros muchos emprendedores de la época, Rovira había invertido parte de su dinero en bienes inmuebles: varios

pisos de alquiler en el centro de Alicante, todos a nombre de su esposa, y tres apartamentos de playa repartidos entre Benidorm, Torrevieja y Altea.

Asombrado por todo lo que poseían Forner y su esposo, se cuestionó por qué tendría tanto interés en encontrarlo vivo.

Sin él, sería todavía más rica, pensó.

Eran tiempos extraños de bonanza y despilfarro. España se convertía en un país económicamente fuerte, aunque arrastrado por los gigantes de Europa. Se avecinaba una crisis de la que nadie quería hablar, ni siquiera la clase política. El principio de una década en la que los cambios económicos y tecnológicos asomaban por la esquina sin que nadie les prestara atención. Cambios con consecuencias irreversibles. La sociedad empezaba a familiarizarse con aquello llamado Internet, una red de redes que podía cambiar el estilo de vida de la sociedad para siempre.

La información que Quiles le había proporcionado era útil, detallada, aunque no le serviría de mucho para dar con él. Rovira tenía las manos limpias, aparentemente, aunque el inspector no descartó que su desaparición estuviera relacionada con un ajuste de cuentas económico o personal.

No sería el primero al que le sucedería, y menos todavía, desde que los más espabilados hacían negocios con los rusos, creyendo que podían estafarlos.

Antes de colgar, el inspector le entregó el nombre del restaurante donde Rovira tenía su oficina. Después le pidió que no volviera a llamarle.

—Descuida, ya puedes dormir tranquilo —dijo él por teléfono.

—No sé en qué andas, pero te ruego que andes con ojo, compañero —respondió en voz baja, probablemente hablando desde el interior de su coche—. Puedes acabar muy mal si metes el hocico en sus negocios. Ya lo sabes, y estás fuera de servicio. No te podré respaldar, recuérdalo.

—¿Algo más?

—Hay un tipo llamado Mauro... Al parecer, es su mano derecha y controla algunos de los locales... Vive en la zona de Urbanova —señaló—. Él te podrá contar sobre Rovira, pero lleva cuidado, tiene un expediente digno de estudio.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Tengo amigos que ya lo han conocido e intento evitarte una sorpresa.

—¿Ahora te preocupas por mí?

—Olvídalo, eres un terco... Estamos en paz.

—Gracias por no insistir —dijo y colgó.

Tragó con dificultad. La conversación le había dejado la garganta seca y el oído caliente a causa del terminal. Odiaba esos aparatos. Pero reconoció que Quiles estaba en lo cierto, aunque sólo en parte. Darle toda la razón era injusto. Estaba solo y, aunque podía manejar el asunto por su cuenta, no le vendría de más un poco de ayuda, alguien con quien organizarse a medias. Suspiró con añoro y miró el teléfono móvil, que aún sujetaba en la mano.

«No, no es una buena idea», se dijo estirando la arruga de la frente.

Una vibración lo sacó del trance hipnótico de pensamientos. La pantalla se iluminó.

Era ella.

—¿Sí?

—¿Se ha decidido ya, inspector?

—Le dije que la llamaría.

—No quería que se olvidara.

—¿Qué quiere?

—He encontrado un contrato entre los documentos de mi esposo —explicó la mujer, fingiendo leer algo—. Puede ser un comienzo.

—¿Por qué tendría que serlo?

—Porque mi marido nunca me ha hablado de ello —respondió con convicción—. Venga a mi casa y se lo explicaré.

Rojo atendió a las indicaciones y calculó la ruta. Después se despidió.

—Hasta dentro de un rato, inspector.

—Adiós.

Se puso la chaqueta, cogió las llaves del Ford y salió del apartamento.

* * *

La gente normal como Rojo vivía en lugares mundanos, pero Clara Forner no pertenecía a esa clase. La vida le había sonreído mucho más que a él.

Condujo por la costa, atravesando la Albufereta y deleitándose con el color azul cielo que el Mediterráneo desprendía esa mañana. Un buen día, de brisa fresca y calor bajo los rayos del sol. Las playas estaban vacías, los apartamentos costeros parecían viviendas abandonadas. Aún faltaban meses para el verano. Para entonces, las calles de San Juan se llenarían de vida, de ruido, de embriaguez, de turismo agotador y de fiesta, de mucha fiesta. Ya no sólo era una cosa de autóctonos y de madrileños y vascos en busca de descanso y sombrillas clavadas en la arena. Con

las fronteras extinguidas, el turismo extranjero se expandía. Cada verano, aterrizaban hordas de nórdicos, alemanes, eslavos y anglosajones en el aeropuerto del Altet, con aquellos bañadores de color fluorescente recién estrenados, los gorros de pescador para evitar la insolación y las sandalias de goma para sentirse como en casa.

Todavía era pronto, pensó el inspector, observando la calma del mar y a los pescadores aficionados que pegaban rodeos por las rocas de las calas, en busca de cangrejos despistados. A lo lejos, podía sentir el ruido de las construcciones. Las obras de maquinaria avanzaban, arrasando parte del paisaje natural, levantando edificios de apartamentos minúsculos que, probablemente, ya estarían vendidos para la época estival. La costa se había convertido en un monstruo arquitectónico de fachadas blancas y tejados anaranjados.

La avenida de la Costa Blanca lo llevó por el corazón del cabo para continuar en dirección norte, rodeado de un palmeral que bordeaba el paseo, como si de Venice Beach se tratase. Los kilómetros de playa se alargaban sin fin hacia el horizonte. En el paseo, los obreros terminaban el último tramo de la primera línea del tranvía, que conectaba Alicante con el pueblo de El Campello. Una señal le indicó la avenida del Fabraquer hacia la izquierda. Los edificios comenzaron a desaparecer. Tras la primera fila, el resto era desierto y el pueblo aún quedaba a unos kilómetros de distancia. Giró y subió la calle, mirando a ambos lados y dejando por su paso canchas de tenis vacías, piscinas sin agua y varias torres feas y alargadas que miraban hacia el oeste.

Finalmente, vio una puerta de hierro que conectaba un muro de piedra blanco que limitaba la propiedad. Los setos y las palmeras sobresalían por encima de la cerca y ocultaban el interior de la finca.

«¿Qué esperabas?», se preguntó al ver el enorme terreno que Rovira y su mujer poseían, a escasos metros de la playa. No eran los años setenta y Rovira no se había hecho rico hasta los noventa, por lo que Rojo supuso que habrían pagado un dineral por todo aquello.

Aparcó en la calle, se puso la chaqueta y buscó un chicle de menta que le refrescara el áspero aliento. Desde que había dejado el tabaco, necesitaba tener algo entre los dientes.

Con paso lento y sin nervios, se acercó hasta el número de la puerta y tocó el timbre que había junto al buzón. Una cámara de seguridad apuntaba hacia su cabeza. Rojo miró hacia arriba.

Nadie respondió, así que insistió de nuevo.

—¿Quién? —preguntó una voz femenina que no era la de Clara Forner.

Dudó sobre sus palabras. Estaba tan acostumbrado a nombrar su cargo de inspector que, esta vez, tuvo que cambiar de respuesta.

—Tengo una cita con la señora Forner —contestó, pensando que aquello sonaba demasiado formal, demasiado romántico—. Una reunión, quiero decir.

—Un momento —respondió la voz del otro lado, sujetando el altavoz y tapando el micrófono. Después gritó hacia el interior—. Mamá, hay un madero preguntando por ti en la puerta.

«Viva el respeto generacional», pensó decepcionado.

Se escuchó un ruido de micrófonos y se cortó la emisión. Alguien abrió desde el interior.

Rojo empujó la puerta y siguió el camino de piedra que tenía a sus pies.

8

Como era de esperar, Clara Forner vivía en una lujosa y hortera finca privada a escasos metros del paseo marítimo. La senda empedrada serpenteaba hasta la entrada de un dúplex blanco de gran tamaño, con una arcada en la entrada principal y un gran balcón en el piso superior. Las palmeras y los pinos alargados proporcionaban la privacidad más absoluta. Rojo divisó unas escaleras de azulejo que invitaban a entrar a una piscina, ahora vacía, cubierta con una lona de color verde militar. El césped estaba seco, el jardín de geranios se mostraba mustio y un pastor alemán de gran tamaño corría detrás de una pelota de tenis. Cuando el policía dio los primeros pasos, la fiera corrió hacia él. Primero sintió un acto reflejo de defenderse, pero entendió que el can sólo iría a examinarlo. Y así ocurrió. La nariz negra del animal olfateó al inspector como a cualquiera. Por su parte, Rojo no se fiaba del perro. Los tipos como Rovira tenían animales como aquel para defenderse. Y no era para menos. Con la culata de la Star tocándole la costilla, bajó la guardia y se relajó para que el cánido no oliera su miedo.

—Buen chico —dijo Rojo, rascándole la quijada con cuidado—. Ahora, piérdete un rato, amigo.

El perro se quedó quieto, a la espera de una orden. Rojo levantó la vista y se fijó en el Audi que había aparcado en el garaje. Era el mismo que había visto el día anterior. También prestó atención a los detalles que decoraban el jardín: un columpio de hierro pintado de verde, una fuente de piedra falsa que tiraba agua hacia arriba, dos leones de escayola como los del Congreso de los Diputados y una caseta de madera, lejos de la vivienda, donde, pensó el inspector, Forner se acostaría con el chófer.

No es que Rojo fuera un hombre con gusto, pero aquella postal le parecía un atentado contra los sentidos.

La puerta de la vivienda se abrió. El perro corrió hacia la entrada, cuando Clara Forner lo detuvo con un gesto.

—¡Fuera, Max! —gritó y el animal se fue a la parte trasera—. Inspector, pase.

Rojo echó a caminar siguiendo los adoquines y sin salirse del sendero. La casa era espaciosa. Un fuerte olor a café recién hecho le sacudió al entrar. Vio paredes de color crema, un ancho

pasillo que llevaba al salón y una cristalera que permitía que la luz se colara por toda la casa. Calculó que sólo la planta baja tendría cinco estancias, sin contar con la cocina, y supuso que la parte superior poseería las mismas.

—Muy agradable su casa —comentó, quitándose las gafas de sol.

Entonces se fijó en ella.

Clara Forner había tenido tiempo para maquillarse, aunque no para vestirse con algo menos sugerente, a los ojos del policía.

Llevaba una bata de satén de color dorado que dejaba fluir la imaginación y la fantasía. Los ojos del inspector se perdieron entre sus escasas, aunque tersas, curvas. Volvió a fijarse en las piernas, que parecían las de un maniquí de escaparate. La señora Forner llevaba el cabello perfectamente despeinado y unas zapatillas rosas de terciopelo para caminar por la casa.

—¿Café? —preguntó la mujer sin aspavientos, dirigiéndose directa a la cocina. Por el camino, Rojo notó la presencia de una tercera persona, en las escaleras que subían a la planta de arriba. Una joven de unos diecisiete años, aún en pleno cambio hormonal, vestida de uniforme de colegio, asomaba por el entresuelo. La falda de cuadros apenas le cubría el muslo. Ella era quien había atendido al timbre y ahora miraba al inspector con asco.

—Buenas... —saludó, indiferente ante su muestra de desprecio. Las pupilas de la chica seguían clavadas en el cráneo del policía. Éste se giró hacia ella—. ¿Qué?

La joven se asustó.

—Nada.

—¿No deberías estar en el colegio?

Sin responder, la chica bajó las escaleras y pegó un portazo al salir de la casa.

Rojo siguió los pasos de la señora hasta que llegó a la enorme cocina.

—Ya ha conocido a Leonor —dijo con la taza entre los dedos, cuidando que no se desbordara el líquido—. Está en una edad difícil. Este año hace las pruebas de acceso a la universidad y tiene que sacar la nota más alta. Va a estudiar Medicina en Barcelona.

—¿Le ha preguntado si ella quiere?

La respuesta parecía obvia para la mujer.

—Pues claro que quiere. Es lo mejor para ella.

—Claro —añadió, volviendo a mirar a la mujer. Ella se percató de cómo la observaba el policía e hizo un gesto de taparse el pecho con una de las solapas del albornoz. Aunque no había mucho que tapar. Por el escote se podía entrever el borde negro del sostén—. Póngase algo que abrigue más. Va a agarrar un resfriado así.

Desvió la atención y le dio un sorbo al café.

La mujer calentó agua y se sirvió una infusión.

—Todavía no me ha dado una cifra —comentó, poniendo la bolsa de té en el agua que hervía. Intentaba ganar tiempo, jugar para que el inspector estuviera a su lado un rato más. Rojo no comprendía muy bien cuáles eran sus intenciones, pero no tenía nada mejor que hacer esa mañana.

—Estoy haciendo cuentas —le dijo. Ella se acercó a la taza de té, pero estaba demasiado caliente. Encaró al inspector, guardando la distancia de seguridad y apoyó un brazo en la bancada. Rojo se volvió a fijar en ella. Era bella y ella lo sabía. Eso la volvía más peligrosa—. Para empezar, cuénteme a qué se dedica su marido, qué clase de negocios tiene, quiénes son sus socios... No estaría de más entrar en contexto.

Ella levantó los ojos indignada, como si la hubieran estafado con aquel policía.

—¿De verdad no sabe quién es?

El pastor alemán ladró en el exterior.

—Me hago una idea —dijo, haciendo referencia a la casa—. ¿Tiene enemigos su marido? ¿Le han amenazado alguna vez? ¿Ha notado algo extraño en su comportamiento?

Las preguntas crearon un desasosiego repentino en la mujer. Abrió un cajón y sacó una caja de Pall Mall finos y mentolados. Rojo los miró sorprendido.

—¿Ocurre algo?

—No, nada —respondió y sonrió—. Hacía tiempo que no los veía.

Y era cierto. Era la clase de tabaco que fumaban las chicas que llegaban del Este o de los Balcanes. Eran la seña de identidad de una infancia dura y perdida. Se preguntó qué habría llevado a Forner a comprarlos.

—¿Quiere uno?

—No, gracias. Ya no fumo.

—El fumador lo es toda la vida.

—Si usted lo dice.

Ella lo encendió y dio una intensa calada. Después soltó una bolsa de humo.

—Mi marido es una buena persona, nunca ha tenido problemas con sus socios, nunca ha dejado deudas sin pagar ni ha traicionado a terceros —arrancó a explicar. Su tono era sincero, después de todo—. No sé qué motivos han llevado a su desaparición, pero le aseguro que no están relacionados con una venganza económica.

—La noto muy confiada de conocer bien a su esposo —comentó, dejando la taza vacía en el platillo de cerámica—. A veces, nos creemos lo que queremos, pero la verdad puede doler más

que la mentira.

—Sé que no me quemaría, si pusiera la mano por él.

—¿La pondría él por usted, Clara?

—Me pregunto de dónde saca tanta impertinencia, inspector. ¿Acaso sufre mal de amores? Esa no es la cuestión. Sé de lo que hablo y sé quién es el padre de mis hijos.

—Entonces, ¿descartamos el secuestro?

—Eso quiero pensar. Han pasado tres días y nadie ha llamado para reclamar el dinero.

—Ya. Por una vez, tiene razón —contestó él y se frotó el mentón—. ¿Discutieron antes de que desapareciera?

Ella agachó la mirada.

—Puede ser, no lo recuerdo. Siempre hemos discutido. ¿Por qué iba a cambiar? Las personas discuten cuando viven juntas. Usted lo sabe.

—Hasta que dejan de hacerlo para siempre.

—¿Quiere contarme algo de su vida privada?

—Sí, claro, qué cosas tengo...

—Escuche, inspector... Seré franca con usted —dijo, golpeando el cigarrillo contra el cenicero de aluminio, para que la ceniza se despegara—. Julián está vivo y por eso quiero que lo encuentre. Estoy preparada para lo que tenga que pasar.

—Puede que se haya tomado unos días a solas, que esté sufriendo una crisis —contestó el policía, dejando a un lado las teorías sobre otras mujeres—. Entiendo su urgencia, pero si se ha marchado voluntariamente, poco podemos hacer.

—Él nunca haría algo así, sin avisarme primero —dijo ella sujetándose el codo del brazo con el que sostenía el cigarrillo.

Rojo sintió pena por ella durante algunos segundos. Le recordó a él, años atrás, cegado por un amor construido en la fantasía, en ideas falsas, en promesas que nunca se cumplirían y en una mentira que había optado por creer, antes de aceptar cómo era Elsa.

—¿Ama a su marido, Clara?

La espalda de la mujer se irguió.

—No sea maleducado, ¿qué clase de pregunta es esa?

—Una pregunta —dijo y se echó atrás al ver que tampoco lo confirmaba. Cada cual entendía el amor de una manera y él no era nadie para juzgar—. Olvídelo. Hábleme acerca de esa posible prueba que ha encontrado. Me muero de curiosidad.

—No sea tan sarcástico, por favor —dijo ella y se puso en marcha, caminando hacia el pasillo—. Sígame por aquí. Está en mi dormitorio.

* * *

Subieron las escaleras hasta la planta superior. Rojo siguió el movimiento de caderas de la mujer, que se movía como una serpiente indicándole el camino. No esperaba encontrar nada relevante y estaba casi seguro de que la dichosa prueba no aportaría nada esclarecedor. Comenzaba a aburrirse de la situación.

La claridad entraba por tres de las cuatro habitaciones que formaban el piso. Todas las puertas estaban abiertas, excepto una de ellas, que era la única con una cerradura.

Rojo la señaló.

—Sí, es ahí —dijo la mujer—. Ahí tiene el despacho.

Clara Forner sacó una llave de color rojo y abrió.

Olía a cerrado, a colonia varonil de otra época y a cenicero viejo.

Ahora que había dejado el tabaco, podía reconocer lo molesto que resultaba.

El despacho era amplio, con un escritorio generoso, una lámpara verde clásica, un teléfono conectado a la línea, dos cajones, un ordenador de torre apoyado en el suelo y un gran monitor de tubo sobre el tablero. Los cables de los periféricos salían por uno de los agujeros de la mesa. El mueble se encontraba de espalda a la ventana, encarando de frente la puerta. En una de las paredes estaba la biblioteca. Rojo se fijó en los estantes. No había muchos libros. Más bien, eran todo cuadernos de cuentas, documentación y archivadores de gran tamaño. Le llamó la atención un gran ejemplar de tapa dura con el título *Grandes construcciones del Levante español*. Pura literatura. El libro sobresalía entre el resto. Continuó estudiando el entorno. En la otra pared había un cuadro colgado. Era un lienzo enorme con el retrato de una batalla que Rojo no supo identificar. Detrás de la obra, supuso que estaría la caja fuerte.

—Déjeme adivinar —dijo él, señalando al cuadro—. Ahí detrás guarda mis honorarios.

—Muy gracioso, inspector.

—Sólo pretendía romper el hielo... ¿Es aquí donde trabaja?

—No —respondió ella adentrándose en la habitación, como si fuera una vendedora de inmuebles—. Este es su despacho privado. Nadie puede entrar en él.

—Excepto usted.

Ella sonrió y se dirigió al escritorio. Abrió el segundo de los cajones, que se resistió en el primer intento, y sacó a la vista una funda de plástico transparente. Introdujo sus finos dedos en el interior y sacó una fotografía. El inspector se fijó en la mano de la mujer, cargado de bisutería.

—Como entenderá, no estaba guardada en una funda —dijo, mostrándole la fotografía al policía—. Pensé que sería importante para usted.

Ella se cruzó de brazos, con el trasero apoyado sobre la mesa, expectante a que el inspector le diera la razón.

La fotografía era una instantánea cuadrada. Había sido tomada durante una fiesta, en el interior de un restaurante o local nocturno. Aparecían dos hombres, acompañados por dos mujeres más jóvenes que ellos. La intuición le ayudó a reconocer a Rovira, que era el más joven y delgado de los dos. El segundo, un poco más alto, robusto, con la mirada profunda y la papada generosa, sonreía al objetivo. Ambos iban vestidos con trajes de cuestionable gusto y ellas lucían bonitos vestidos de noche. Por detrás aparecía una pareja. Los ojos de Rojo no evitaron fijarse en la tercera mujer. El corazón le dio un vuelco y pestañeó para recuperarse, antes de que Forner notara su reacción. Aquel cabello rizado, rubio y castaño, era más que familiar, así como la sonrisa única y poderosa que entregaba al otro hombre.

Era imposible que fuera ella. Estaba sufriendo otro ataque de pánico.

«Mierda, ahora no, no me hagas esto», se dijo.

El zumbido se apoderaba de su oído izquierdo.

Notó cómo las piernas le pesaban más de lo habitual. Le faltaba el aire. Si perdía el control, se desmayaría delante de esa mujer.

—¿No nota nada extraño en esa foto?

—¿Eh? —dijo. Un calor repentino le cubrió la frente de sudor. Se limpió con la mano y respiró con profundidad.

—¿Se encuentra bien? Parece que ha visto un fantasma.

Más o menos, así había sido.

Rojo miró hacia la cristalera.

—¿Le importa si abro la ventana? —preguntó, moviéndose con dificultad y tiró de la manivela. La brisa fresca fue un bálsamo para sus sentidos. Se estaba recuperando—. Debería ventilar más a menudo.

—¿Entonces? ¿No le dice nada la foto?

—No sé —dijo, ya recuperado, con la instantánea en la mano, luchando contra sus propios pensamientos—. ¿Qué le dice a usted?

—¿Perdone? —cuestionó ofendida—. Mi marido está acompañado por otra mujer que no soy yo. Es obvio, ¿no cree?

—Las obviedades no existen.

—Esas dos chicas, probablemente sean, ya me entiende...

—¿Y él?

—No lo he visto jamás.

—Parece una fiesta... entretenida. ¿Dónde es?

Clara Forner rio con desprecio y amargura.

—Esa es la cuestión, inspector —respondió apretando el morro, como si fuera a revelar un detalle determinante—. La fotografía fue tomada en uno de los restaurantes que regenta mi marido.

—Durante una fiesta a la que usted no fue invitada.

—Yo no necesito invitación en mi propia casa.

—Entiendo —dijo con la fotografía aún entre los dedos. La situación dio un giro. El paradero del marido no parecía interesarle. Forner estaba molesta, un tanto despechada, aunque el policía desconocía si los motivos estaban relacionados con la desaparición de Rovira o por no haber sido invitada a aquel evento. En cualquier caso, Rojo ya tenía sus primeras cábalas sobre el asunto—. ¿Cómo se llama el sitio?

—El Mástil —dijo ella. Él se quedó indiferente y la mujer prosiguió con desdén—. No me extraña que no haya oído hablar de él. Los tipos, como usted, frecuentan otros lugares.

—¿Le importa si me la quedo?

—Adelante.

—¿Qué me puede decir de Mauro?

Ella ladeó la cabeza.

—¿Se conocen?

—He oído hablar de él.

—Es un empleado de mi marido, nada serio...—apuntó con desprecio—. Un encargado de bar con aspiraciones demasiado altas.

Rojo carraspeó con intención de concluir la conversación y abandonar la casa. Bajaron hasta la entrada principal y la mujer lo acompañó hasta la puerta de la propiedad. Antes de despedirse, Rojo se giró hacia ella.

—Me llevará algunos días poner en marcha este asunto, Clara —dijo con la mirada clavada en las pupilas de la mujer—. Calcularé mis precios y le diré cuáles son, pero no espere milagros, no soy un profeta. Si su marido se ha largado...

Ella lo interrumpió, tocándole el antebrazo.

—Lo sé, pero confío en usted, inspector. Sólo le pido que lo encuentre.

—Confía demasiado rápido en los desconocidos —dijo él agachando la mirada hacia los dedos. Ella apartó la mano y sonrió con picardía—. La mantendré informada... Entre en casa antes de agarrar un resfriado.

Sin esperarlo, se encontró con el Audi negro aparcando en la puerta de la propiedad. Rojo miró hacia atrás y la mujer ya se había marchado. El chófer salió del vehículo y caminó hacia la casa.

—¿No deberías esperar dentro? —preguntó el inspector—. Es lo que hacen los conductores privados.

Él se detuvo.

—Necesito ir al baño —respondió confundido—. Además, no tengo por qué darle explicaciones.

—¿Te gusta lo que haces, chico?

Leonardo miró al policía con desconfianza. No le gustó que lo tratara como a un adolescente.

—Llevo toda la vida trabajando con vehículos... Si me disculpa...

El muchacho pasó por su lado y cruzó la entrada. Rojo abandonó la finca y caminó hasta su coche.

Frente al volante, volvió a contemplar la foto, con el corazón latiéndole a toda velocidad, convencido de que la cabeza le había jugado otra mala pasada.

Las piernas le temblaron. Un sentimiento de rabia e impotencia se apoderó de sus extremidades, como si se tratara de un picor que no cesaba. La sangre le hervía y estaba, de nuevo, acalorado.

Era ella.

Elsa seguía viva.

Y por eso, tenía que encontrar al marido de Clara Forner.

9

No podía permitir que los mareos le traicionaran de nuevo. No, al menos, de esa forma. Los ataques de pánico lo volvían frágil, se apoderaban de él y lo dejaban sin fuerza hasta que perdía el conocimiento. No necesitaba a un doctor para entender las señales que el sistema le estaba dando desde hacía unos meses. La olla de sentimientos había terminado por estallar. Huir de Cartagena, no había sido suficiente para combatir el estrés. Después llegaron los conflictos morales, el futuro de su hijo o aceptar que su querida Elsa nunca volvería a él, ni a su vida. El trabajo en la Brigada de Homicidios tampoco ayudó a olvidarse de los asuntos personales. Poco a poco, el cúmulo de presión comenzó a jugarle una mala pasada. El problema con los ataques de pánico era su dificultad para controlarlos. Podía sucederle al volante, a plena luz del día o delante de una mujer. Boca reseca, pérdidas de equilibrio, sudoración, fuertes zumbidos en el oído que lo dejaban sordo... Antes de que se diera cuenta, un hormigueo oscuro se apoderaba de su vista y las piernas comenzaban a flaquear.

Lo evitó hasta donde pudo, intentando que sus compañeros del cuerpo no fueran testigos de un accidente. Eso no habría hecho más que empeorar su estado. No estaba dispuesto a pisar el interior de una consulta, a tomar otra medicación que no fuesen las aspirinas y, por encima de todo, se negaba a aceptar que tenía un problema.

Tarde o temprano, Rojo pagaría las consecuencias de la testarudez.

Con las manos apoyadas en el volante de piel, sujetaba la instantánea entre los dedos mientras miraba a la fachada del restaurante El Mástil, un moderno restaurante a orillas del mar, situado entre la avenida que separaba la ciudad de Alicante de la playa de la Albufereta. Recorrió la carretera, viendo los pequeños veleros de la escuela náutica, atracados en la costa, y divisó el montón de palmeras que ocultaba los alrededores del Real Club de Regatas. Tomó el desvío de la avenida de Villajoyosa y fue cuesta abajo hasta la entrada de un aparcamiento privado. Vio una bandera de España ondeaba en lo más alto de un mástil blanco, rodeada de una gran explanada de hierba artificial. Bordeó el recinto por el único camino de tierra y asfalto a partes iguales y levantó la fotografía, poniéndola a la altura de sus ojos. Comparó la cristalera que había a lo

lejos. Las mesas encajaban con el ambiente festivo de la imagen, aunque ahora la realidad era otra.

Con el sol aún fuera, el servicio atendía a los comensales del interior y a los clientes que tomaban una copa en las mesas que había al aire libre. Por último, Rojo se fijó en la presencia del personal de seguridad: dos hombres vestidos de negro, con el semblante tieso y la mirada fría, custodiaban la entrada del recinto. Un lugar idílico y exclusivo para organizar una fiesta con turbios invitados.

La pregunta no dejaba de latir en su cabeza.

«¿Qué diablos hacía ella allí?», se cuestionaba, una y otra vez.

* * *

Una cinta roja unía las dos columnas de aluminio que se apoyaban en el suelo, separando lo privado de lo público. Al otro lado de la cinta, un pasillo de madera invitaba al interior del recinto. Los dos hombres de negro, altos y corpulentos, trabajaban como guardianes.

Con las gafas de sol aún puestas, se fijó en ellos, en la forma plana de los cráneos rapados y en el gris de sus miradas. Eran extranjeros, probablemente del noreste de Europa, con formación militar, experiencia en el campo de batalla y unas cuantas historias que contar. El parecido físico era tan notable que sospechó de que fueran hermanos. Ambos tenían la mandíbula hacia fuera, los hombros anchos y el cuello como una barra de mortadela siciliana. En unos segundos, saldría de dudas.

Cuando el inspector se dispuso a cruzar el umbral, ninguno de los dos se molestó en desplazar la cinta para darle paso. Sin soltar palabra, Rojo los miró desafiante. Ellos, con las manos cruzadas y colocadas sobre la cintura, negaron con la cabeza a la vez.

Pensó en sacar la placa. Eso le ahorraría tiempo, pero prefirió esperar. Si se identificaba, no lo tendría fácil más tarde para continuar con su investigación.

Después de todo, nadie le contaría la verdad.

—Buenas tardes —dijo con voz relajada.

—Fiesta privada —respondió uno de los matones, con un fuerte acento extranjero—. ¿Nombre?

«¿Privada? Tus muertos», pensó el policía, al ver que los clientes de la terraza no tenían nada en común entre ellos.

Era una práctica habitual para impedir que se colara cualquiera.

Illegal, eso sí, pero efectiva.

La mayoría de las personas aceptaba las condiciones y se marchaba a otra parte. Sólo los más incautos se atrevían a discutir con tipos como aquellos. La vida era demasiado breve para regresar a casa con tres costillas partidas y un pómulo abierto.

—Soy un buen amigo de la señora Forner —explicó. Los dos hombres se quedaron quietos. Uno de ellos vaciló. Enseguida, Rojo supo que era el líder entre ambos, quien estaba al mando y el que tomaba las decisiones. Dada la inseguridad que mostraron, Rojo se envalentonó—. ¿Queréis que la llame? A Clara no le va a gustar esto.

—Pasa —dijo uno de ellos.

Tuvo suerte y no necesitó más que un buen farol para cruzar la barrera.

Inexpresivo, el grandullón corrió la barra de aluminio y Rojo cruzó la pasarela de madera.

El runrún de la música electrónica saturaba sus oídos, a la vez que ponía la nota de armonía en una terraza todavía sin mucha vida. Era pronto para diagnosticar el resto de la jornada, pero supuso que en unas horas no cabría un alfiler allí dentro. Barrió de un vistazo la terraza de mesas, tumbonas y sombrillas sobre el suelo de césped. La clientela bebía cócteles mientras se tumbaba en los sofás rectangulares, reía con fuertes carcajadas y hacía cola en los baños para animar la tarde. Buscó a los empleados, que se movían con una falsa sonrisa grabada en la cara. Chicos y chicas atractivos que cumplían con el perfil del negocio de la noche. En aquellos locales, nada se dejaba al azar. Para acabar, dio con un hombre de tez bronceada que daba las órdenes desde un lado de la barra. Tenía el cabello teñido, la camisa desabotonada y la atención fijada en el trasero de una de las empleadas.

Por supuesto, alguien con esa altanería era la persona que Rojo buscaba.

10

La decoración del lugar era acorde al gusto de Rovira. Al menos, era la impresión que ese desconocido había dejado en él. Su casa, la oficina, aquel restaurante hortera con aspecto de chiringuito playero de Los Ángeles. La lista de adjetivos a enumerar era infinita.

Rojo se abrió paso entre la gente, bordeando mesas de conversaciones insulsas y risas enlatadas, y fue directo hacia el hombre a quien le había echado el ojo.

—Buenas tardes, ¿le han atendido? —preguntó este al notar su presencia. Antes de que el policía abriera la boca, el encargado se respondió a sí mismo—. Ahora mismo le digo a la camarera que vaya a su mesa.

—Un whisky con hielo, aquí en la barra.

—Por supuesto —dijo, mostrándose indiferente y desvió la mirada hacia uno de los chicos que estaban sirviendo las bebidas. Un joven camarero agarró una botella de Red Label, un vaso ancho con tres hielos grandes y roció el destilado. El policía se humedeció los labios y esperó a que el encargado notara su presencia. El modo de actuar del desconocido era nervioso, distraído, como si estuviera bajo los efectos de algún estupefaciente. A Rojo no le hubiese sorprendido que estuviera hasta arriba de polvo blanco. Segundos después de la interacción, se dirigió al inspector, al ver que el inspector no se había movido del sitio—. ¿Todo bien?

—Podría ir mejor —contestó volviendo a levantar la copa sin despegar la mirada—. La vida tiene sus momentos, ¿no crees?

—¿Le conozco de algo?

—Eres el encargado, ¿es así?

—¿Y tú quién eres? —preguntó con chulería, a la defensiva, cambiando el tono y los modales.

—Me envía Clara.

La arruga de la frente se pronunció.

—No conozco a ninguna Clara —dijo, clavándole los ojos, rectificando de inmediato—. Bueno, miento. Conozco a muchas.

—Forner, Clara Forner —le aclaró Rojo y echó un vistazo a las botellas que había tras la barra—, la esposa de Julián Rovira. ¿Te refresco la memoria, mentecato?

El encargado le dio un repaso con la mirada.

—¿Eres un poli?

—No. Sólo un amigo.

—Ya... Un amigo de Clara. ¿Y a qué has venido? ¿A recoger lo que te dejaste en su casa? Mira tío, si has venido a cobrar la parte que te toca, regresa el lunes, ¿vale? Hoy no es un buen momento...

—Yo creo que sí que lo es.

—Vaya, vaya. Te crees gracioso y todo.

Rojo se acercó a él, le empujó de la nuca hacia delante y alargó el brazo por detrás de su cabeza. Después abrió los dedos y lo agarró con firmeza por el pescuezo. El encargado no esperó tal movimiento, pero ahora estaba atrapado.

—¡Suéltame! —exclamó, colorado—. ¿Qué coño haces, cretino?

—¿Por qué no vamos a hablar a un sitio más tranquilo? —preguntó el inspector—. De paso, te cuento un chiste que te va a hacer reír... Esta música me pone de mala leche.

Alguien avisó a uno de los dos gorilas de la puerta. Antes de que se acercara a socorrer al encargado, éste le hizo una señal para que volviera a su posición.

—Todo bien, ¿jefe?

—Sí... —respondió y el esclavo desapareció. Rojo lo soltó. Nervioso, se estiró la camisa para quitarse las arrugas—. Estás jugando con fuego, colega. Supongo que es tu día de suerte.

—Eso parece.

—Tu aspecto de madero te delata, ¿te lo han dicho? —remarcó haciéndole una señal para que lo siguiera.

—Me han llamado cosas peores.

—Sígueme. La oficina está por aquí —respondió, y echó a andar por unas escaleras de hierro que bajaban hacia el sótano—. No todos los días son domingo. No lo olvides.

* * *

Las escaleras de acero lo llevaron hasta un almacén subterráneo donde guardaban el inventario del restaurante. El sótano estaba oscuro, olía a productos químicos, a humedad del mar, a alcohol para bebidas y a goma neumática. El encargado recorrió el pasillo con la normalidad de un día cualquiera, como si su acompañante fuera un tipo familiarizado con el lugar. Se detuvo ante una puerta con un ojo de buey opaco y un timón pintado en ella. Era la oficina. Sacó un mosquetón con

un juego de llaves y buscó la que pertenecía a la cerradura. El cerrojo produjo un chasquido, el hombre del pelo engominado empujó la manivela y los dos entraron en el despacho. Era una oficina pequeña, mucho más aséptica que la habitación que ocupaba en la parte superior de la mansión de los Rovira. Se veían cajas sin abrir, un ordenador portátil viejo, un monitor con la pantalla dividida en cuatro cuadrados, en los que se observaba la captura de las cámaras de seguridad, un escritorio sobrio de madera y dos sillas de oficina.

No había fotografías personales, ni tampoco recuerdos que hicieran de aquel zulo un lugar más habitable.

Rojo cerró la puerta, asegurándose de que nadie los molestaba.

—Siéntate, siéntate —dijo el encargado tomando posición en la silla más grande. Después sacó una bolsita de plástico del bolsillo del pantalón y la meneó—. ¿Quieres?

—No.

—Entiendo —dijo, miró alrededor de la habitación y agarró una botella de J&B que había junto a las cajas—. ¿Un trago?

—Corta el rollo.

—Claro, como digas, joder... —murmuró y abrió uno de los cajones. Después sacó un sobre, sin que Rojo pudiera comprobar su contenido, y comenzó a contar—. Te he dicho, hoy no es un buen momento. El jefe lleva unos días fuera y no me dijo que vendrías antes del jueves que viene, así que sólo puedo darte una parte, hasta que tenga más *cash*.

—¿Qué me estás contando?

—Del asunto del otro día.

—Mira, tengo que hacerte unas preguntas... —dijo Rojo, regresando al tema principal.

—Lo siento, tío —le contestó, intentando no perder la cuenta de lo que estaba sumando—. Eso, cuando venga el jefe, ¿sabes? Yo sólo soy un mandado.

Rojo se quedó mirando al encargado. Tal vez, los efectos de la cocaína lo hubieran despistado, pero no tardó en percibir que el hombre que tenía delante, no era a quien él esperaba. Raudo, dejó el dinero en el sobre y cerró de un golpe.

—¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho.

—No sé nada.

—Deberías dejarte la mierda esa —respondió, tajante—. Ni siquiera te he preguntado todavía.

Nervioso, el otro se puso en pie para invitarlo a salir.

—Mira, colega, me da igual quien seas. No deberías estar aquí, de verdad.

Como un bloque de hielo, Rojo sacó la fotografía que Clara Forner le había dado y se la mostró. El brillo de la mirada de ese hombre cambió. Por unos segundos, quiso contarle la verdad, pero tuvo tiempo para recapacitar.

—Julián, esas dos chicas y el viejo que sale con él —enumeró Rojo señalando a las personas de la foto—. ¿Quiénes son? ¿Cuándo ocurrió esto? Sé que fue aquí, no intentes mentirme.

Las pupilas del sujeto se dilataron. Ahora, Rojo entendía que lo había confundido con otra persona. Craso error para él.

—Eres un poli, ¿verdad? —insistió, en esta ocasión con un tono diferente.

—Si tengo que decírtelo de nuevo, te juro que dolerá.

Con desprecio, el tipo apartó de su vista la mano del policía, y también la fotografía.

—No sé nada de esto. Mejor pregúntale a él.

—¿Para quién es el dinero que estabas contando?

—Tengo que marcharme —dijo, guardando el sobre en un cajón y cerrando con llave—. Hay mucho trabajo arriba.

Rojo dio una larga respiración para no empuñar el arma y golpearle la sien con la punta del cañón. Debía controlar sus impulsos antes de errar y mandarlo todo al traste.

Mostrándole las palmas de las manos, a modo de sumisión, en un último intento, le acercó de nuevo la instantánea.

—¿Y a ella? —preguntó—. La mujer rubia que hay detrás, ¿la conoces?

El encargado la miró y después esbozó una sonrisa perversa que activó los impulsos más neuróticos del policía.

—Te gusta, ¿eh? —preguntó vacilando en su respuesta—. ¿A quién no? Por desgracia, no sé quién es.

Mentía, de eso estaba convencido.

Pero ya tendría tiempo para apretarle las tuercas.

Regresaron a la planta superior. El ambiente era distendido, propio del inicio del fin de semana y del ánimo descansado de los clientes. Antes de marcharse por donde había llegado, el desconocido se dirigió a él.

—No sé quién eres, ni lo que buscas, pero lo averiguaré... —le advirtió con tono desalentador—. Aquí nos conocemos todos... Será mejor que te largues y que no vuelvas.

—¿Me estás echando?

—La próxima vez, esos dos no te dejarán pasar.

Rojo chasqueó la lengua, miró al suelo y después se acercó al encargado, que era de su altura.

—Eres muy arrogante para ser el chico de los recados —comentó, mientras le quitaba una pelusa inexistente del hombro—. Como tenga que venir por aquí de nuevo, por tu bien, procura que esos dos no me dejen pasar.

Rojo sacó un billete y lo acercó a la barra. El hombre detuvo a la empleada que iba a recogerlo. La mirada de la chica se cruzó con la del oficial.

—Invita la casa —dijo el encargado—. Hasta la vista.

* * *

Los rayos dorados de luz comenzaban a perder fuerza, dando lugar a un hermoso atardecer que se pondría por el sur. La puesta de sol, desde aquel lugar, debía de ser una maravilla, pensó el policía, desanimado por no haber conseguido demasiado. En efecto, como había pronosticado, Rovira no era trigo limpio y aquel negocio funcionaba como algo más que un local de hostelería. Se preguntó quién sería el agente al que sobornaban. Probablemente, el mismo que le había pasado a Clara Forner su contacto.

Se dirigió hacia el Ford Sierra, bajo la mirada lejana de los dos porteros eslavos que ahora se reían desde la puerta. Podría haber solucionado aquello de otra forma, pensó. Podría haberle insistido a ese desgraciado para saber algo más sobre el paradero de Elsa. Pero estaba cambiando su modo de operar. Disponía de tiempo, aunque no supiera de cuánto, y entendía que, hasta el momento, las viejas prácticas no le habían traído nada positivo.

Montado en el asiento del coche, metió la llave en el contacto cuando vio una silueta femenina por el espejo retrovisor izquierdo. Era la joven empleada que había estado a punto de agarrar el billete. Su silueta le resultó familiar, pero había comenzado a acostumbrarse a esa sensación. La chica caminó hacia el vehículo. Rojo miró por el otro espejo para asegurarse de que los gorilas no estaban vigilando. La camarera se acercó a la ventanilla.

—¿Se te ha olvidado algo, chica? —preguntó Rojo, rompiendo el hielo. Ella parecía tener sus dudas, pero estaba dispuesta a hablar. Dio la vuelta y miró hacia atrás.

—Eres policía, ¿verdad?

Rojo suspiró.

—¿Tanto se me nota? —preguntó con tono paternal. Ella no tendría más de diecinueve años. Era hermosa, delgada y morena, con una larga melena que le llegaba al pecho. Llevaba unos pantalones cortos, rotos a propósito, como marcaba la moda, a la altura de los muslos, y una

camisa blanca apretada por el escote. La muchacha tenía los labios carnosos, turgentes, y unas pupilas oscuras y profundas, propias de sirena mediterránea y no de empleada de bar. Sin embargo, Rojo encontró algo frágil en su mirada. Puede que no estuviera contenta con su trabajo o que no se sintiera cómoda allí. A simple vista, parecía una de esas chicas confiadas que podían con todo. Entendió que lo único que deseaba era hablar. A veces, las personas no están preparadas para soportar la responsabilidad que acarrea un gran secreto—. Sube, te daré una vuelta.

—No tengo mucho tiempo. Me echarán en falta si tardo.

—Tranquila, no iremos muy lejos —prometió, asintiendo. Ella reflexionó unos segundos, volvió a mirar hacia atrás y, finalmente, se subió en el asiento del copiloto.

Rojo arrancó el motor.

Las ruedas crujieron al girar sobre la grava, el motor rugió lo justo al poner la primera marcha y el coche tomó el camino hacia el otro lado del club náutico.

11

En silencio, en el interior del Ford, con el sol de cara y las ventanillas bajadas, el inspector esperaba ansioso por escuchar lo que esa chica tenía que decirle.

Indecisa, miró al policía.

—¿Puedo fumar aquí dentro?

—¿Cómo te llamas?

—Rebeca.

—Adelante —dijo, sin importarle lo más mínimo. Ella sacó una cajetilla amarilla de Camel y se puso el cigarrillo entre los labios. La atenta mirada de Rojo, la ponía más nerviosa. Intentó prender el mechero, pero la piedra se le atascó. Finalmente lo logró. Inhaló el humo, llenando los pulmones de nicotina, y tiró una larga y profunda bocanada por la ventanilla.

—Sé a qué has venido —empezó a decir, sin atreverse a mirarlo a los ojos. En el fondo, la chica era consciente de que estaba metiéndose en un lío contándole aquello—. Es por Julián, ¿verdad?

—Puede ser... No lo sé, dímelo tú, chica lista.

La muchacha le dio otra fuerte calada al cigarro. Estaba ansiosa.

—Mauro te estaba tanteando —contestó con voz rasgada—. El otro, ya había venido otras veces.

—Entiendo que te refieres a ese idiota de encargado que tienes... Pues ni una cosa, ni la otra. Voy por libre.

—Es un tipo peligroso y no me da la impresión de que sepas con quién tratas.

—Lo que me faltaba... Una cría diciéndome cómo hacer mi trabajo.

—¿Te envía esa zorra?

«¿Así es como la llamas?», pensó.

—Yo pregunto primero —decidió, ignorando el comentario—. ¿Quién es el otro policía y qué se lleva a medias con Rovira?

Ella meneó la cabeza, negando lo que escuchaba.

—¿Estás de broma?

—No. Te lo estoy diciendo muy en serio.

Ella dio otra calada.

—Mira, tío, no sé quién te envía, pero pareces nuevo en esto... Sólo he venido a advertirte. Se nota demasiado de qué palo vas, ¿sabes? No estaría de más que llevases cuidado —le aconsejó y entonces cruzó su mirada con él—. No tienes aspecto de ser un poli que busca fastidiarse la vida, por mucho que mantengas ese aspecto de malote. No te metas, no merece la pena. Seguro que tienes una vida cómoda y una familia importante a la que cuidar.

—¿Y tú, Rebeca? ¿Qué tienes?

La chica volvió a menear la cabeza.

—Yo espero a que pase la marea —contestó mirando el cigarrillo que tenía entre los dedos—. No me queda otra. Un poco tarde para ponerme a llorar, ¿no? ¡Ja! Si me voy antes de que aparezca Julián y de que esto se resuelva, me buscará y me matará. Es parte del contrato.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡Mauro! —exclamó impotente—. No dudaría ni un segundo en mandar a esos gorilas a que me partieran las piernas.

Rojo la escuchaba perplejo. Esa chica conocía su destino y, pese a ello, estaba allí largando como una soplona de primera clase.

—¿Y si no aparece?

Rebeca miró por el espejo retrovisor. Empezaba a desesperarse. La muchacha percibió una señal que pasó inadvertida para el policía. Tenía que marcharse.

—Me tengo que ir... Aparecerá, vivo o muerto, pero aparecerá. Y eso es lo que importa.

—Espera un segundo —le pidió, agarrándola del brazo. Ella se soltó en un acto reflejo, abrió la puerta y salió. Rojo sacó la fotografía—. ¿Qué me puedes decir sobre esto? Seguro que sabes algo de lo que sucedió.

Los ojos de la chica se enturbiaron. La imagen despertó sentimientos dolorosos.

—No te puedo decir nada —contestó sin miedo a mentir al policía. Rojo había interrogado a tantas personas, que un ligero pestañeo le bastó para entender que le ocultaba información—. Nunca he visto a esas personas.

—No me vengas con esas ahora, chica. ¿Estabas allí o no? ¿Conoces a las mujeres que van con ellos?

Un segundo pestañeo confirmó que así era.

—Déjalo estar, ¿quieres? —pidió y se bajó del vehículo—. Lo siento, he cometido un error acercándome a ti.

—¡Rebeca, por Dios!

La empleada aplastó la colilla contra el asfalto y salió corriendo en dirección al restaurante. Rojo pensó en echar marcha atrás y acelerar hasta bloquearla, pero así habría llamado la atención del personal de la puerta.

—Mierda... —dijo sobrepasado, con la instantánea en la mano y viendo cómo las largas y finas piernas de la chica se perdían entre los arbustos.

A lo lejos, vio el Audi negro de Clara Forner acercándose al restaurante. Puso primera y echó el coche a un lado, junto a los arbustos, para evitar que le vieran. Después abandonó aquel lugar, regresando a la ciudad.

* * *

Sintió que el caso le quedaba demasiado grande. No estaba acostumbrado a trabajar solo. Echaba de menos una segunda opinión, un poco de apoyo fraternal, esa camaradería extinta en su vida.

Era consciente de lo que debía hacer, aunque no estaba seguro de que fuera la decisión más apropiada. Con la fotografía de Rovira delante, sirvió otro chorro de irlandés y dejó la botella de Jameson, ya casi vacía, en el mueble que había bajo la televisión. El whisky era la única bebida fuerte que aún toleraba. El resto de destilados le producían un fuerte ardor de estómago.

Con la ventana del salón abierta, podía oír el ruido de los coches que tomaban la glorieta de la plaza de España. Levantó el vaso, dejó que el alcohol se apoderara de las papilas gustativas y tragó. Después lo apoyó sobre la fotografía y miró al teléfono móvil, que estaba junto a ella. Unas fuertes ganas por fumar lo estaban volviendo loco. Empezó a mover las rodillas, con inquietud.

«O lo tomas o lo dejas... Pero no puedes hacerlo tú solo».

Suspiró algo mareado.

Cogió el aparato, buscó entre los contactos y encontró el único número telefónico que tenía de él. Era una línea fija y ni siquiera sabía si pertenecía a su domicilio. No la había usado antes, y todo por su culpa. El deseo de empezar de nuevo, lo había llevado a cometer algunos errores que no tenían perdón. Unos más graves que otros.

Pulsó el botón de llamada y se acercó el auricular al oído. Escuchó el primer tono, después el segundo y el tercero. Colgó.

Volvió a respirar. No podía hacerlo, no podía llamar como si no hubiera pasado nada entre ellos.

Se armó de valor, terminó el whisky de un trago y volvió a marcar.

De nuevo, oyó el primer tono, el segundo y el tercero. Cuando se disponía a cortar la llamada, alguien descolgó al otro lado.

—¿Sí? —preguntó la voz afónica y desgastada. Un molesto ruido blanco interfería en la llamada—. ¿Quién llama?

Los ojos del policía se abrieron.

Ahora o nunca, pensó.

Las manos le sudaban, pero la humedad no impidió que sujetara el teléfono con firmeza.

—¿Gutiérrez?

El otro se quedó sin habla durante unos segundos.

—¿Vicente?

—Sí.

—Me cago en tus muertos, Rojo... —respondió—. Llevo años esperando este momento.

12

Detrás de sus palabras no había resentimiento. Gutiérrez tenía razón, había esperado durante años que eso sucediera.

La llamada fue breve, directa y sin palabrería de relleno. Las vidas de ambos no eran ejemplares y ninguno de ellos acumulaba aventuras por las que sentir cierto orgullo.

Al día siguiente, Rojo esperaba sentado en un banco de la estación de autobuses. Parado frente al andén, observaba a los que paseaban por allí. La estación de autobuses de Alicante era gris, triste y con cierto halo de derrota.

Todas lo eran, al fin y al cabo.

Lugares de paso, de victorias y de derrotas, de decir adiós a una vida que no fue posible, de saludar sin aliento a un futuro que aparenta ser más próspero.

Por los rincones del recinto merodeaba lo mejor del estrato más bajo de la sociedad: vagabundos, pedigüeños, prostitutas, mano de obra barata, pobreza en general y rostros manchados por el hollín de la sombra de la vida. Las ciudades podían ser bellas o decadentes, o ambas cosas a la vez, según el iris por el que se viera. Cuando el sol brillaba para algunos, para otros no existía la luz, y así con todo. Pese a tal escenario, para la mayoría no quedaba otra opción que la de sobrevivir, ya fuera con el contrabando, el pillaje, la limosna o la renta de su propio cuerpo.

Rojo reflexionó mientras observaba atentamente los movimientos hambrientos de quienes buscaban un pedazo de pan, un collar que les pudiera conseguir un pico o un rostro conocido que los sacara de allí. A pesar de la marcada diferencia, lo que esos rostros desconocían era que la vida al otro lado de la estación, la rutina que algunos anhelaban como un imposible, no estaba exenta de infiernos y demonios parecidos a los suyos, sólo que allí eran menos visibles, se llevaban más por dentro.

El ALSA procedente de Madrid entró por la calle Pintor Lorenzo Casanova. El autobús giró lentamente y aparcó en el andén número tres. Rojo se puso en pie, colocando los brazos en jarra, expectante por ver la figura de su viejo amigo.

El viaje debió de ser demoledor, pensó.

Gutiérrez había tomado un primer autobús desde Santander hasta la capital, para después subirse a otro que lo llevara hasta el Levante.

La puerta del autobús se abrió, los pasajeros comenzaron a salir del interior y a recoger sus equipajes. Rojo se sentía nervioso, excitado por el encuentro. Habían pasado años desde que Gutiérrez lo dejó frente a la fachada de aquella pensión del centro. Tenía tanto que contarle, que las palabras dificultaban su respiración.

Entonces lo vio y se sorprendió. Estaba irreconocible. Su amigo llevaba una chaqueta beige de entretiempos, forrada por el interior de tela escocesa a cuadros, unos vaqueros viejos y botas de serpiente. Había perdido bastante peso, reduciendo el tamaño de la barriga que le asomaba años atrás, y estilizando aquel cuello de botella que ahora se había quedado en un pellejo colgadero. Gutiérrez sonrió con timidez cuando sus ojos se cruzaron, como el marinero que vuelve a puerto y se encuentra con ese amor de temporada fugaz que nunca le importó. La mirada verde del inspector era la misma, pero más dura, más áspera, y aún viva como la de un caimán.

Un fuerte abrazo rompió el silencio.

El olor característico de Gutiérrez, aquella fragancia compuesta de Brummel, nicotina y freiduría de bar de barrio, despertó secuencias imaginarias, haciéndole sentir como si regresara al despacho que compartían, al interior de su Citroën, por un momento.

—¡Vicente, cabronazo! Estás hecho un pincel —dijo, dándole una sacudida en la espalda con el brazo—. ¡Me cago en la leche! La vida te trata bien.

Rojo no supo qué decir, pero era evidente que Gutiérrez seguía utilizando las mismas frases para romper la tensión.

El inspector lo agarró del hombro y lo miró de frente.

—Joder, Gutiérrez. No me lo creo.

—Lo que no me creo yo es que me hayan tenido a palo seco todo el viaje... —dijo y sus ojos se desviaron hacia la cristalera de la cafetería de la estación—. Vamos a pegar un trago, por los viejos tiempos.

El brillo de sus ojos era sospechoso. El alcoholismo de Gutiérrez no era una novedad. Un problema a rachas, intermitente. El varapalo de su hija seguía presente, a pesar de que fingiera haberlo superado.

Primero se ahogó en la barra de los bares, después retomó la sobriedad, pero habían pasado unos cuantos años y Rojo no estaba al corriente de sus andadas. Por desgracia, su compañero sabía disimular muy bien sus flaquezas.

Gutiérrez viajaba con lo elemental. No llevaba más equipaje que una bolsa de piel marrón con dos asas. No necesitaba más. Probablemente, no se hubiera llevado más que la ropa interior justa, un par de vaqueros, algunas camisas y el neceser de aseo. Y todo aquello, seguramente, le resultaba demasiado.

Salieron de la estación y anduvieron hasta la calle de Italia. Los bajos de los edificios eran una mezcla de tiendas asiáticas de comestibles al por mayor, productos de baja calidad y bares españoles de barrio. Gutiérrez inspeccionaba las calles, con esa mirada de inspector retirado que llevaba tatuada en las pupilas. Como Rojo, se había apartado del cuerpo por un tiempo, dedicándose ahora a las labores de seguridad en una empresa cántabra. Rojo no quiso meter el dedo en la herida, pero sabía que aún seguía dolido por ello. El compañero era hermético, hablaba cuando lo consideraba necesario y, cuando no, mataba las moscas con la palma de la mano. Las pocas palabras bastaron para entender, entre líneas, que lo habían invitado a apartarse de la comisaría.

Entraron en el aparcamiento público, Rojo pagó la estancia y se acercaron a su coche.

—No me fastidies...

—Sube, anda —dijo, abriendo el maletero. Gutiérrez le entregó la bolsa y observó con curiosidad la carrocería—. Si no te gusta, puedes pagarte un taxi.

—¿Bromeas? —preguntó con la sonrisa de un niño ante los regalos de Navidad—. Vaya pasada... Un hierro del pleistoceno, pero sigue siendo una pasada.

Entraron en el vehículo, y al salir del aparcamiento, bajaron la calle para cambiar de sentido.

Gutiérrez bajó la ventanilla y sacó un paquete aplastado de Winston rojo.

—¿Puedo?

—Ya no fumo.

—Pero yo sí —contestó y se puso el cigarrillo doblado en la boca. Después miró hacia abajo y pasó un dedo por el polvo—. Esto es ceniza, macho.

Entonces Rojo recordó a Rebeca, la camarera de El Mástil.

—Es una larga historia.

Gutiérrez arqueó las cejas, pensando en una situación fuera de lo ordinario. Sacó un mechero amarillo y prendió el cigarrillo.

—¿Sabes? —dijo con esa voz tendenciosa y confiada que solía poner, antes de mencionar algo importante. Alargó el brazo y señaló hacia una esquina—. Ahí detrás está la Wilson.

—¿La Wilson?

—Una discoteca de jubiladas y viudas.

—Ajá... ¿Y qué hacías tú por ahí?

La potencia de su voz menguó, restándole importancia a lo que tenía que contar, avergonzado, por un momento, de sí mismo.

—Pues, beber gratis, como siempre... —dijo, suspirando unas cuantas veces y entornando la mirada, a medida que Rojo subía por Doctor Gadea y se aproximaba a los grandes almacenes de la calle Maisonave—. Tengo la sensación de que esta ciudad está igual que cuando me marché de aquí. Igualita... No ha cambiado nada.

—¿Quién sabe, Gutiérrez? Puede que en todos estos años, seas tú el único que no ha cambiado.

El otro lo miró con desapruebo, dio una calada y apagó enfadado la colilla en el cenicero del coche.

—Pues, puede ser.

Rojo puso la segunda marcha, pisó el acelerador y el motor del coche americano rugió con fuerza, recorriendo Federico Soto como una estrella fugaz.

Con el estómago vacío, la mejor forma de ponerlo al corriente era con una buena ración de comida por delante. Gutiérrez no rechazó la idea, aunque sus gustos culinarios eran muy concretos. Rojo ya había decidido dónde llevarlo, mucho antes de que él respondiera. Le sentaba bien regresar a su tierra, así que dejaron el equipaje y caminaron cuesta abajo hacia Calderón de la Barca, mezclándose entre los viandantes del mediodía y los coches que buscaban una plaza de aparcamiento por los callejones del mercado de abastos.

La clientela habitual del bar Guillermo ocupaba parte de la barra de madera que había en el mostrador. Rojo solicitó una mesa para dos, a poder ser tranquila, y el dueño los llevó hasta un rincón, bajo un arco de ladrillo, donde se veía colgado en la pared, un cuadro en el que aparecía el matrimonio fundador del lugar.

—Bien, Rojo, bien —expresó Gutiérrez su satisfacción por estar allí dentro. La euforia era palpable, aunque el inspector desconocía si se debía al viaje o a la razón de ponerse, de nuevo, en activo. Gutiérrez nunca dejaba ver su verdadero rostro—. Me gusta este sitio. Buena elección.

—Te ha gustado desde que has visto el toro en la puerta.

—No, hombre, y los jamones que hay colgando... —dijo, y mientras ellos reían, el camarero les sirvió dos cañas, a la vez que les dejaba una carta para pedir—. Bueno, ¿me vas a contar ya o vamos a esperar a que sirvan los postres? Ya sabes que detesto el suspense. Me pone de los nervios.

Rojo levantó una ceja.

—Vaya, ¿no eras tú el aficionado a las novelas baratas?

—Yo sólo te las prestaba para que cerraras el pico —contestó riendo.

Pidieron una ración de jamón ibérico, pulpo *a feira*, pan con tomate rallado y aceite y unos calamares a la romana, antes de ir a por el plato principal. Rojo eligió una botella de Ramón Bilbao para acompañar la tertulia. Eso ayudaría a los dos inspectores a destensar el músculo de las emociones. Antes de que sirvieran las raciones, Rojo sacó la instantánea de la chaqueta y la dejó encima de la mesa de madera. Gutiérrez la sujetó con los dedos y se la acercó a los ojos. El semblante le cambió a una expresión de interés e intriga. Él también la pudo ver, sin necesidad de

que el otro le indicara quién era. Gruñó para sus adentros, como si estuviera tramando algo en silencio. Estudió el resto de la foto, a Rovira, al desconocido que lo acompañaba y a las chicas vestidas de noche.

Después se la devolvió y esperó a que Rojo dijera algo al respecto.

Puesto que no iba a hablar, Gutiérrez optó por abrir la veda.

—Nunca olvido una cara —dijo, cuando el camarero descorchó la botella y le sirvió para que lo probara. Gutiérrez lo probó, sabiendo que valdría la pena antes de que lo rociara, y el empleado le llenó la copa. Luego se marchó—. Y mucho menos la cara de alguien que le ha jodido la vida a un buen amigo... pero esta chica sólo se parece.

—Está viva, Gutiérrez.

—¿Le has seguido la pista estos años?

—Más o menos... —contestó sin mucho ánimo, rascando el mantel con las uñas—. Lo he intentado, pero no he conseguido nada.

—¿Y esto? —preguntó y apuntó a la fotografía—. Habría preferido que te hubieses dado por vencido.

—Lo hice —dijo, mirándolo a los ojos. Gutiérrez le creyó—, pero los caminos se cruzan cuando dejas de buscarlos.

—Te escucho.

—El hombre de la foto, el de la derecha —comentó, señalando a Rovira—. Es un empresario de la noche, ya sabes, con dinero y mucho negocio turbio en la cartera. Su mujer quiere que lo encuentre. Desapareció hace unos días, sin dejar rastro y sin rescate de por medio. Nada. La tierra se lo ha tragado.

—Pues que vaya a la Policía.

—No quiere. Es obvio que tirarían del hilo y acabaría muy mal para todos.

—Para ella, querrás decir —rectificó Gutiérrez.

—A saber, pero paga bien. De hecho, piensa pagar lo que le pida.

—Comprendo —dijo, frunció el ceño y se echó una lámina de jamón serrano a la boca—. ¿Y por qué me has llamado?

Rojo inclinó la cabeza para acercarse a él. El bullicio del bar era suficiente para que nadie les oyera, pero el hábito se manifestaba siempre.

—Me viene grande, Gutiérrez. No puedo hacerlo solo... —confesó, indeciso. Rebajarse y aceptar sus carencias, no era lo que mejor se le daba—. Tanto a ti como a mí, nos vendrá bien el dinero.

Con los puños apoyados sobre la mesa, otro policía tragó y movió el bigote.

—Yo estoy bien, Rojo. ¿Y tú?

—Gutiérrez, venga, hombre...

—¿Lo haces por ti o por ella? —planteó.

—Es obvio que por los dos —dijo, convencido, y agarró el cuello de la copa de vino—. Clara Forner quiere encontrar a su marido y yo no tener que pensar en cómo voy a pagar el resto del año.

Gutiérrez sonrió. Ahora, él inclinaba la cabeza.

—No, Rojo. No seas tan ingenuo —dijo en voz baja, con esa voz ronca por el humo, el asfalto y la pólvora—. ¿Lo haces por ti o para encontrar a tu mujer?

La pregunta cogió desprevenido al policía. Gutiérrez podía ser basto y rudo en ocasiones, pero era un tipo astuto.

—En cualquiera de los casos, lo haría por mí.

—Entiendo —Gutiérrez se echó hacia atrás y dio un trago a la copa. Después sirvió vino para los dos—. En ese caso, no hace falta decir nada más... Me tienes a tu disposición. Y, ahora, si me permites, cambiando de tema, explícame cómo diablos has logrado que te echaran durante un año...

* * *

Comieron hasta saciarse, terminaron la botella de Ramón Bilbao y degustaron la tarta de queso que había como especialidad de la casa. Entre plato y plato, tuvieron tiempo para conversar y entrar en los detalles del caso. Gutiérrez escuchó atentamente todo lo que su viejo amigo tenía que decirle. Asentía con la cabeza mientras estudiaba su expresión. A sabiendas de que Rojo nunca le mentiría, no significaba que le estuviera contando toda la verdad. Hizo preguntas, breves y objetivas. Barajó posibles teorías para dar con las causas de la desaparición de Rovira, pero Rojo no estaba del todo convencido con los planteamientos del compañero.

—Estas dos son *escorts* —dijo, golpeando la fotografía con los dedos—. ¿No lo ves? Has perdido el olfato, *amic*.

—¿Qué quieres decir?

—Es así como las llaman ahora, ¿no? —preguntó y después se sirvió un poco de orujo de hierbas en un chupito de cristal—. Chicas de compañía.

Rojo ladeó la cabeza incrédulo.

—No sé, no lo parecen, y ellos van vestidos...

Gutiérrez tocó el brazo de su amigo.

—Que sí, Vicente, que sí... —comentó. Solía dirigirse a él por su nombre de pila cuando intentaba mostrarse serio y respetuoso—. Sé que es difícil de aceptar, pero... ¿A estas alturas? No me fastidies, hombre. Dios sabe en lo que anda metida.

Rojo guardó la fotografía y cambió el rumbo de la conversación.

—¿Qué propones?

—Tenemos que ir a su casa. —Gutiérrez se peinó el bigote, concentrado en el licor—. Decirle a la esposa que nos deje inspeccionar la oficina.

—Ya lo hice y no encontré nada.

—Puede que yo sí lo haga —comentó y se bebió el chupito de un trago. Después chasqueó la lengua. Le ardía la garganta—. Hablaremos con ella.

—No te contará nada que yo no te haya dicho ya.

—¿Y la chica?

—¿La camarera?

—Sí. También quiero conocerla —expresó, rascándose la barbilla—. Ella conoce el motivo de esa fiesta, pero no confía en ti lo suficiente.

—¿Y tú le harás cambiar de opinión?

Gutiérrez sonrió.

—Tengo mis métodos.

Pidieron la cuenta, Rojo se encargó de la comida y se despidieron del dueño del bar.

El aire de la calle era fresco, olía diferente. Rojo se sentía raro, contento y con un cierto sabor a pasado, como si hubiese parado las agujas del reloj por un instante. Pero no era cierto. Gutiérrez lucía distinto, más demacrado. Por su parte, aunque su físico no había cambiado demasiado, su forma de ver las cosas sí lo había hecho, y no para mejor. El compañero tenía razón, aunque él la intentara ocultar. Lo hacía por él, pero también por ella. Por suerte o por desgracia, la relación sentimental había marcado un punto de inflexión en su existencia. Las personas volátiles, tóxicas y con problemas emocionales, a la vez, tenían un fuerte magnetismo sobre quienes lograban vivir en un estado de tranquilidad absoluta. Rojo encontró luz, pero se acercó demasiado al sol. Elsa era pura dinamita, para todo. Intensa y emocional hasta la médula, para lo bueno y para lo más trágico. Así había encontrado su camino, dejándose llevar por la charlatanería y el hipnotismo de una secta que ahora la manipulaba a su antojo. Una secta de la que poco se sabía, pero que, en silencio y sin llamar la atención, aplicaba su control mental sobre más y más gente indefensa. Gutiérrez

había acertado con su pregunta, pero la respuesta iba más allá de una breve explicación de sobremesa. Sí, estaba en lo cierto, pero no era capaz de pronunciarlo en voz alta.

Lo hacía por él, por ella y por su propia vida. Lo hacía porque si no la encontraba, la herida nunca terminaría por sanar. Los Hermanos del Silencio se habían convertido en el enemigo del policía. De nuevo, la pareja volvía sentarse en el interior del mismo coche. Nada podía detener los caprichos del destino.

El Ford Sierra se desvió hasta la avenida que atravesaba la costa y tomó el carril que salía de la ciudad en dirección hacia El Campello. Mientras Rojo conducía, Gutiérrez usaba su teléfono móvil para contactar con viejos compañeros de la ciudad. Las buenas relaciones eran indispensables en aquellos casos. Siempre podía rascarse algo de interés. Gutiérrez era de esa clase de personas con las que se guardaban deudas y favores, normalmente de dudosa ética y legalidad, que no vencían con el paso del tiempo.

Con el codo apoyado en la ventanilla de la puerta y elevando la voz cada vez que se alteraba con su interlocutor, habló sin cese hasta que cruzaron la playa de San Juan.

Rojo prefirió no calcular la factura que le llegaría a final de mes.

—Se oye estupendamente el chisme este —dijo entregándole de vuelta el teléfono. Rojo lo cogió y se lo guardó en el bolsillo del vaquero. El aparato aún estaba caliente—. ¿Te sale muy caro mantenerlo?

El compañero sonrió.

—Contigo, seguro que sí —comentó, mirando al frente a través de sus gafas de sol, disfrutando del lento movimiento del mar que se percibía a través del cristal—. Se llama teléfono móvil y, a tu edad, deberías llevar uno encima.

—¿A mi edad? —replicó indignado—. Vete al carajo, anda. Además, yo no necesito un aparato de esos. Las personas como yo, cuanto más difícil sea localizarlas, mejor para todo el mundo.

—Un día te morirás solo, en tu casa, frente a la televisión y nadie lo notará.

Gutiérrez rechistó.

—Mejor así que con un tiro en la sien. Todos llegamos y nos vamos solos, Rojo. Nadie puede hacer nada por evitarlo.

—Ya —concluyó, apenas abriendo la boca, mientras salía del paseo.

Estaban llegando y no era momento para ponerse trascendental. Al menos, con una investigación por delante.

Clara Forner había sido avisada previamente de la visita. También de la tarifa que, tras una

cordial negociación, había acordado con Gutiérrez.

Veinte mil euros, más los gastos de trabajo.

Ese era el precio que le costaría a la mujer encontrar a su marido, si es que lo lograban. Por su parte, Forner no se opuso. Sabía que hacer las cosas bien, le saldría más caro.

Rojo aparcó frente a la puerta de hierro instalada en el muro de piedra que separaba la calzada de la propiedad.

—¿Es aquí? —preguntó Gutiérrez, quitándose el cinturón de seguridad. Miró hacia arriba y encontró las ramas de las palmeras que sobresalían por la entrada—. Vaya, vaya... Lo que hay que ver.

—¿Algo que objetar?

—En absoluto, todo lo contrario —dijo, asintiendo con la cabeza para sí mismo—. Has pasado de perseguir drogadictos por la calle Mayor a trabajar para la *jet—set*.

—Estos no son la *jet—set*.

—Es una forma de hablar, ya me entiendes.

—Del siglo pasado... En cualquier caso, el panorama ha cambiado para los dos, ¿no?

Gutiérrez rascó el cuero del agarramanos de la puerta.

—No... —dijo con pesadumbre—. Tú has subido y yo he bajado... En fin, ¡qué carajo! Vamos a hacer lo que sabemos.

El compañero salió del coche. Rojo esperó unos segundos.

Hasta ese momento, Gutiérrez había actuado con la normalidad de un hombre feliz y contento, pero las grietas, tarde o temprano, aparecían en su rostro. De un vistazo, Rojo comprendió que la vida del compañero, durante esa última etapa, no había sido mejor que la suya. Probablemente, había perdido peso debido al dolor por la pérdida de su hija, de manera insana, y no para deshacerse de unos kilos de más. Que lo echaran del cuerpo al poco de llegar, tampoco habría sido de buen recibo en una región desconocida para él. El trabajo como guardia de seguridad lo había destrozado moralmente, perdiendo, en sí mismo y hacia los demás, cualquier clase de confianza y respeto que había llegado a tener en el pasado.

Pobre Gutiérrez, pensó Rojo, observando cómo se encendía un cigarrillo en la calle. Y allí estaba, plantado frente a la casa de Julián Rovira, dispuesto a jugarse el pellejo para regresar a Santander con la insignificante bolsa de equipaje llena de billetes, absorbiendo el humo y tirando toda la presión que asfixiaba sus pensamientos. Preparado para el peligro, para la incertidumbre de lo que sobrepasaba los límites de la legalidad, sin rechistar. Comprometido por hacer lo que mejor se le daba, a pesar de que el óxido de la infelicidad lo estaba pudriendo por dentro.

Apagó el motor, quitó la llave del contacto y salió del coche. Después se quitó las gafas de sol, caminó hacia el timbre y llamó al portero automático.

La puerta se abrió, y el pastor alemán corrió para darles la bienvenida.

De nuevo, allí, a terminar lo que habían empezado.

Ambos eran conscientes de que, una vez que sus manos tocaran el dinero sucio de esa mujer, no habría vuelta atrás en sus carreras.

Pero, a partir de cierta velocidad, detenerse es peor que morir estrellado.

* * *

Esa mañana no tendría tanta suerte como en su anterior visita. El hecho de que acudiría acompañado, puede que pusiera a Clara Forner en alerta.

La propietaria de la vivienda los recibió vestida de un modo más casual. Su lenguaje corporal era más tenso, algo distante con el inspector e intentaba parecer más seria de lo que realmente era. La presencia de Gutiérrez nunca había pasado desapercibida. Se movía sin importarle con quien hablara. Era parte de su naturaleza.

—Buenos días, Clara —la saludó antes de presentar al compañero. Éste le estrechó la mano con educación y se quedó a un lado. La señora no se fiaba de él, por algún motivo que no estaba dispuesta a mencionar—. Él es mi compañero, Gutiérrez. Ha venido expresamente a echarme una mano con la investigación.

Forner los miraba a los dos, atenta, intentando descifrar sus intenciones.

—¿De dónde ha venido?

—De lejos, de muy lejos —respondió Gutiérrez y se rio. A la mujer no le hizo gracia el comentario—. De Cantabria.

—¿Y qué hacía allí?

Él carraspeó y suspiró como un toro bravo, tirando el aire por la nariz.

Después ladeó la cabeza.

—Me gusta el carácter de la gente del norte —respondió con voz neutra—. No se mete en la vida de los demás, ni toca las narices por deporte.

—¿Qué insinúa?

—Clara, escuche —intervino Rojo, antes de que el encuentro terminara en una discusión—. Necesitamos inspeccionar de nuevo la oficina de su marido.

—Han pasado varios días y no tengo noticias de él —agregó preocupada—. ¿Cree que está muerto?

—Posiblemente —dijo Gutiérrez—, pero nos ha contratado para encontrarlo, ¿no?

—¿Cómo se atreve a decir eso en voz alta? —preguntó indignada y se dirigió a Rojo—. ¿Cómo lo permite, inspector?

—Somos ya adultos, Clara. ¿Podemos examinar el despacho?

Sin responder, ella tomó las escaleras y subieron a la planta superior. Metió la llave y abrió la puerta, mostrándoles el camino.

—No van a encontrar nada, ya lo inspeccionó todo.

Gutiérrez pasó por su lado y la miró.

El olor a tabaco impregnado en la ropa del expolicía, dejó una estela al moverse. Clara Forner apretó el rostro, mostrando su desagrado al encarar el hedor de Gutiérrez.

—No me mire así —dijo él, creyendo que se refería a su presencia—. Cuatro ojos ven más que dos, señora.

Como un sabueso olfateador, Gutiérrez examinó cada rincón del despacho. Rojo se dio cuenta de que alguien había movido los libros. El tomo de *Grandes construcciones del Levante español* estaba del revés, por lo que sospechó que se habría caído y Forner habría estado allí tras su visita. En cualquier caso, si no había dado con nada anteriormente, ahora tampoco lo haría. Pese a todo, debía mantener las formas y buscar algún indicio, por muy pequeño que éste fuera, que estuviera relacionado con la fiesta de la fotografía.

—¿Ha estado alguien aquí, después de mi visita? —preguntó el inspector, mirando a la mujer de reajo. Ella negó con la cabeza, por lo que no le cupo la menor duda de que estaba mintiendo.

Gutiérrez, por su parte, parecía molesto con su presencia. Tenía razón, no les dejaba trabajar con libertad. Se acercó a la señora, con una educación inesperada hasta la fecha, y le preguntó si podía utilizar el servicio.

Ella, algo reticente, le indicó que se encontraba en el piso inferior.

—No se preocupe, es la vejiga —dijo con esa sonrisa burlona y desapareció por las escaleras.

—¡Qué grosero! Guárdese los detalles, por favor —respondió Forner. Después entró en el despacho y entornó la puerta—. ¿Es esto necesario? Su compañero es...

Rojo levantó la cabeza.

—De los mejores —contestó para aclarar la situación—. Nos ayudará a ahorrar tiempo.

—Inspector... —empezó a decir, incómoda, acercándose un poco más a él.

Rojo se apartó y caminó hacia el ordenador.

Cuando encendió la pantalla, el sistema le pidió una clave.

Él miró a la mujer.

—No tengo ni idea.

Probó con el nombre de Rovira, con el de su esposa e incluso con el de su hija. Desanimado, apagó la máquina.

—¿Por qué me oculta información?

—No sé de lo que habla.

—Alguien estuvo aquí. No hace falta ser un adivino para darse cuenta.

—Le juro que no es así. Soy la única que tiene la llave —explicó con sinceridad. Rojo se encogió de hombros—. ¿Cree que tengo algún interés en entorpecer su trabajo? ¡Por favor! Encontrar a Julián me va a costar mucha salud y demasiado dinero.

En eso tenía razón, pensó él.

—Eso mismo me pregunto yo. ¿Ha recibido alguna noticia anónima desde que hablamos?

Ella negó con la cabeza.

—Usted habría sido la primera persona que lo hubiera sabido —explicó, cansada del interrogatorio, de la falta de implicación que, aparentemente, mostraba Rojo—. Mire, inspector, han pasado ya varios días desde que mi esposo desapareció. Nadie sabe nada de él. Las últimas personas que lo vieron, estaban en el club... Allí tampoco han notado nada raro. Les dijo que estaría unos días fuera, pero eso fue todo...

—Vaya, eso no me lo había contado —le reprochó—. ¿Su marido les avisó de que estaría de viaje?

—Puede ser. En ocasiones no aparecía por allí, cuando... ya me entiende.

—Llegaban los inspectores de Hacienda.

—Algunos asuntos son difíciles de explicar.

—No hace falta que entre en detalles. Me puedo hacer una idea.

—En cualquier caso, de haber sido así, ahora mismo estaría aquí, trabajando en su oficina. Es lo que hacía siempre... No era lo más ético, pero se preocupaba por su familia, ¿sabe? De todos modos, nunca vinieron a detenerlo.

—Eso es lo que más me sorprende.

—Pero esta vez es diferente, no lo entiendo y eso es lo que más me preocupa —prosiguió, nerviosa, mirando al suelo. Después se acercó de nuevo a él—. Mi hija hace preguntas a las que no puedo responder como madre. Lo noto en su carácter cada mañana cuando se levanta y le juro

que comienza a ser doloroso para mí. Estoy segura de que puede notar que le miento. Entonces, ¿qué se supone que debe hacer una madre en este caso? Porque yo no lo sé.

—Dígale la verdad, lo entenderá. Si no ahora, dentro de unos años.

—¿Ha perdido la razón? ¡Es una adolescente! —bramó, indignada—. ¿Sabe lo que supondría para ella? Le partiría el corazón y le destrozaría la vida. No quiero que mi hija se convierta en una mártir por haber perdido a su padre tan pronto.

—Entonces, ¿lo da por muerto?

Ella manifestó una expresión desagradable.

—Ni por asomo, no empiece, se lo ruego. Era una forma de hablar.

—Vaya, veo que comenzamos a hablar en el mismo idioma —dijo él, relajándose, cruzándose de brazos y apoyando el trasero en el tablero del escritorio. Clara lo miraba con deseo, una sensación extraña, pues lo último que pensaba en ese momento el inspector era en tener un romance con su clienta—. Estuve en El Mástil, conocí a ese Mauro y a los dos matones de la puerta.

Por la expresión de la mujer, el policía supo que estaba al corriente de la visita.

—¿Sacó algo en claro?

—No sé, Clara. Dígame usted —respondió y se puso en pie. Pensó en mencionarle el asunto de dinero que el encargado llevaba con otro policía, pero prefirió esperar a hablar con la camarera—. ¿Por qué me dijo que no sabía nada de esa fiesta?

—¿Otra vez con su desconfianza?

—Es mi trabajo.

—Es la verdad absoluta —respondió con voz distante—. Sé que no me cree.

Rojo odiaba los embustes. Todavía era pronto para comprender qué pretendía ocultar, pero no le gustaba nada. No podía enfadarse con ella. Debía encontrar al marido antes de hacerlo.

Cerró los ojos y respiró profundamente para calmarse. Ella se acercó y él la detuvo con un gesto.

—Estoy bien.

—Le digo la verdad —añadió Clara, estirando un brazo y agarrando los dedos del policía. Rojo sintió un estímulo de calor, acompañado de un cosquilleo en la espina dorsal. Los ojos de la mujer brillaban y los suyos se perdían en el mar de cristal que tenía delante—. ¿Cómo tengo que convencerle para que confíe en mí?

Gutiérrez carraspeó desde la puerta, interrumpiendo la conversación.

Rojo alzó la mirada y ella despegó los dedos de la cálida mano del inspector.

Acto seguido, se separó de él unos centímetros.

—No quiero molestar...

—No lo haces —dijo el inspector, esquivando el cuerpo de la señora y dejándola atrás. Echó a andar hacia la salida—. Nos vamos ya.

—¿Ya? —preguntó ella, extrañada.

Él se giró y la encaró.

—Sí... Tengo todo lo que necesito —respondió. La mujer, pasmada, no tuvo más remedio que aceptar lo que decía—. Y respecto a su pregunta... La confianza no requiere esfuerzo... Que tenga un buen día, señora Forner.

A la salida se encontraron con el chófer aparcando el vehículo. Se le notaba cansado y mostraba un aspecto desaliñado. Rojo lo miró con interés y Gutiérrez pasó por delante de su rostro, indiferente, sin saludar siquiera.

Caminaron en silencio hasta el Ford. Gutiérrez sacó el paquete aplastado de Winston e intentó prender el último cigarrillo, antes de ponerse el cinturón de seguridad. Después de tres intentos fallidos a causa del desgaste del mechero, se rindió y lo guardó en la cajetilla.

Rojo metió la llave y encendió el motor. Por el espejo retrovisor pudo ver la cara de aquel tipo, observándolos desde la entrada.

—¿Y el pipiolo ese? ¿Quién es? —preguntó Gutiérrez, ahora fijándose él también.

—El chófer, amante y navaja suiza de Forner... —comentó Rojo, miró al frente y puso la primera marcha para salir de la calle—. Su presencia no me gusta un pelo.

—¿Crees que tiene algo que ver con la desaparición de Rovira?

Rojo vaciló.

—No lo sé, pero lo averiguaremos... —respondió, y ya en marcha, sacó una de las cintas que Gutiérrez le había regalado y la metió en la ranura de la radio. Luego se puso las gafas de sol y tomó la vía que los llevaba hacia la nacional con dirección a Alicante—. Hablando de averiguar, dime que tu visita al baño no ha sido para dejar un regalo.

El compañero hizo una mueca de satisfacción.

BB King cantaba *I believe to my soul* para ellos en el interior del coche.

La guitarra de King ayudaba a recordar tiempos mejores, si es que estos habían existido alguna vez, en los que, los dos juntos, fueron capaces de todo.

Gutiérrez estaba relajado. Tenía la ventanilla bajada, el brazo apoyado sobre la puerta, tocando el aire con los dedos, y la sonrisa flácida. No era una sonrisa *per se*, porque los hombres

como él nunca llegaban a sonreír del todo, pero su expresión era lo más cercano a la felicidad que había estado en los últimos años.

—¿Por quién me tomas?

—Por eso te lo pregunto.

Soltaron una fuerte carcajada al unísono.

—No, no... —contestó y sacó dos documentos del interior de su cazadora. El primero era un recibo de un cobro, emitido por una lavandería de la ciudad. El segundo era una instantánea Polaroid a todo color—. He encontrado esto.

Rojo miró la fotografía, sorprendido. La instantánea era muy parecida a la que la señora le había entregado, con la diferencia de que, en esta ocasión, sólo aparecía el matrimonio Rovira y apenas se podía apreciar el entorno.

—¿De dónde diablos la has sacado?

—Del cuarto de baño —respondió—. ¿Sabes? Algunas personas son realmente predecibles. La mayoría guarda sus objetos personales en el mismo lugar, creyendo que nadie los va a encontrar. Esta vez ha sido en un falso azulejo, junto a la toma de agua. He notado que las juntas no estaban selladas.

—Vaya. Esperaba una historia más interesante —contestó Rojo—. ¿Por qué, cuando hablas de personas, no nos incluyes también?

Gutiérrez sopesó las palabras.

—En fin... —dijo eludiendo una confrontación—. Por cierto, ¿qué ha sido?

—¿El qué?

—Lo que he interrumpido. ¿Os habéis besado, Rojo?

Un chispazo le recorrió la columna.

—En absoluto... Esa mujer sólo intentaba convencerme... a su manera.

—Claro... ¿Y lo ha conseguido?

—De momento, no.

—Lo suponía... —contestó, echando la espalda hacia atrás y estirando las piernas—. Tarde o temprano, te dejarás engañar. Me juego una botella de Ramón Bilbao.

—Si he de darte la razón... que sea después de cumplir con el trato.

El coche tomó una salida y se unió al resto de vehículos que se acercaban a las afueras de la ciudad. Clara Forner le había mentido desde el principio, sin una razón aparente. Se encontraba en un callejón sin salida. Ni siquiera era capaz de hacerse las preguntas adecuadas. Algo había ocurrido la noche en la que se habían tomado las fotografías. ¿Por qué Forner había mentido,

ocultando su asistencia a la fiesta?, se cuestionó. Ahora resultaba difícil no pensar en ella como sospechosa y culpable de la desaparición de su marido. Pero, ¿para qué? Demasiado confuso. Apenas habían avanzado en las últimas horas, así que pensó en hablar, de nuevo, con la empleada del restaurante. Ella los sacaría de dudas o, al menos, abriría nuevas vías de investigación. Lo que fuera, se dijo, pero necesitaban salir de aquel precipicio.

Nadie habría sospechado de aquel tique de compra arrugado si no hubiese sido porque estaba escondido. Eso, y la hora en la que, supuestamente, alguien había pagado un servicio de tinte y lavado, a las tres y treinta y cinco de la madrugada del domingo anterior, por el total de ciento noventa euros.

No hacía falta ser brillante para entender de dónde procedía aquel cobro. Era una práctica habitual de los locales nocturnos, sobre todo en aquellos que tenían que preservar su identidad y la de sus clientes, al menos, de puertas hacia fuera. Fiscalmente, no era nada complicado. Sólo había que asociar las entidades. Socialmente, ahorra más de un problema y mantenía el anonimato de todos.

Los clubes nocturnos de carretera eran la punta de un iceberg sórdido y oscuro, en el que el género era único: la persona, sin importar la orientación sexual ni las tendencias que tuviera. Tampoco existía la clase, ni la religión. Un iceberg que unía las tendencias más siniestras que las personas ocultaban incluso en su vida más íntima, bajo una careta de lo moralmente aceptado. La noche era un mundo aparte y, casi siempre, desconocido más allá de los aspectos superficiales y aceptados por la sociedad. Cualquier fantasía o fetichismo tenían cabida, aunque no fuese fácil llegar a ellos. Como en un infierno dantesco, no todo el mundo tenía acceso ni estaba preparado para entrar en ciertos círculos. El anonimato y el proselitismo iban de la mano. Por suerte o por desgracia para algunos, España era un país libre, aunque los dogmas seguían reinando entre la población, con una mentalidad abierta hacia lo desconocido y una impronta de extremos, donde las medias tintas no eran suficientes. El litoral español era juerguista, salvaje y lujurioso, y la oferta nocturna facilitaba el entorno y las condiciones para llevar a cabo los deseos más perversos de cada individuo.

La tarde del sábado comenzó a caer. De nuevo, el hermoso atardecer tintaba de violeta y naranja el horizonte manchado con pequeñas nubes.

El Ford salió por el desvío hacia el club náutico y sus dos ocupantes notaron el crujido de los neumáticos sobre las piedras de la explanada. La música electrónica, como la melodía de un

flautista, atraía a los vehículos que aparcaban en el descampado que había entre el club y El Mástil. Siguiendo la cola, Rojo se fijó en la entrada del restaurante.

No había rastro de los dos gorilas eslavos que custodiaban la entrada. En su lugar, dos grandullones, de aspecto parecido, se encargaban de la seguridad.

—Repasemos el plan —recomendó Rojo, observando a su compañero—. Iré a hablar con esa chica y tú me esperarás aquí. Cuando me veas salir, pon el motor en marcha, por lo que pueda suceder. ¿Comprendido?

Gutiérrez lo miró perplejo.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Ni hablar, Rojo. Yo voy contigo.

El compañero no parecía dispuesto a negociar.

Su expresión hablaba por él. Después de tanto tiempo, Gutiérrez desconocía lo que era estar bajo el mando de alguien y acatar órdenes de esa persona, siempre y cuando no fuera estrictamente necesario, como le sucedía en esa empresa de vigilancia en el norte del país. Además, para él, Rojo no sólo era su compañero, sino también un hermano pequeño. Y ambos conocían los roles que ocupaba siempre el más joven de la familia.

Miró de nuevo al exinspector, vestido con su camisa de aires setenteros y esa chaqueta inglesa que parecía haber comprado recientemente. En su opinión, Gutiérrez había mejorado el aspecto, pero seguía siendo una bomba de relojería después de tres copas de escocés.

—Está bien, pero no te metas en líos.

Salieron del vehículo y se encontraron con grupos de hombres y mujeres, vestidos de manera informal, aunque elegante. Y ellos dos, como si fueran dos extraterrestres llegando al planeta Tierra. Juntos o por separado, llamarían la atención del resto. Gutiérrez se rascó la barba áspera de varios días que ensombrecía su rostro y miró hacia la entrada del recinto. Se levantó el cuello de la chaqueta y sacó el pecho hacia delante.

—En el fondo, me desenvuelvo en estos sitios mejor que tú, *amic meu*... Y lo sabes.

Rojo negó con la cabeza, chasqueó la lengua y suspiró.

—Por supuesto... —dijo . Y echaron a andar hacia la puerta—. Pero no me lo recuerdes, ni ahora, ni más tarde.

* * *

La música era molesta e impedía relajarse al sol con un combinado y una hamaca. Las mesas del interior del restaurante estaban llenas. La cena se solapaba con el éxtasis y las ganas de bailar que algunos traían, adelantando el verano unas semanas, descorchando la botella de una primavera que se resignaba a decir adiós. A medida que la noche caía, el volumen de la música aumentaba. La enorme terraza del restaurante se convertía en una pista de baile improvisada, en un bar nocturno al aire libre, con barras en las que servían bebidas y animadores que invitaban a la diversión.

La pareja de policías accedió al interior, procurando no llamar la atención del personal con su presencia. Gutiérrez se acomodó en una mesa de la terraza, a la espera de ser atendido, mientras que Rojo buscaba el rostro de Rebeca entre la multitud. A lo lejos, hablando y gesticulando a gran velocidad, encontró a Mauro junto a un grupo de seis personas formado por hombres y mujeres a partes iguales. Ellos vestían de un modo llamativo, con americanas blancas, sortijas de oro entre los dedos y camisetas de colores cálidos. Ellas se habían esforzado un poco más, pero saltaba a la vista que les gustaba despertar las miradas de los que las rodeaban. Rojo se fijó en una mujer rubia, de cabello largo, con transparencias y un sostén de color amarillo fluorescente que resaltaba sus voluminosas protuberancias de silicona. Parecían divertirse, mientras hablaban pegados a causa del ruido infernal de los altavoces.

Con el encargado entretenido, ganaría algo de tiempo.

Se acercó hasta la barra y abordó a uno de los chicos que había visto en la visita anterior.

Él lo miró y reconoció su rostro.

—¿Qué le pongo?

Rojo se acercó, pero el camarero no se movió del sitio.

—Estoy buscando a Rebeca.

El chico miró hacia una compañera que servía en el otro extremo de la barra. Tenía el cabello corto y liso, a la altura de la mandíbula, y fijado con gel. En los brazos, llevaba tatuados diferentes símbolos que llenaban su piel de color.

—No está, no trabaja hoy.

—¿Dónde la puedo encontrar?

—No lo sé —dijo, incómodo—. ¿Le sirvo algo de beber?

Las miradas lo delataron.

Fue un gesto inconsciente, pero peligroso.

Rojo se despidió con la mano y zigzagueó entre la gente para alcanzar el otro extremo. Los ojos de la chica no reconocieron al policía.

—¿Dime! —exclamó alzando la voz.

—Bonitos tatuajes —remarcó—. ¿Podemos hablar un minuto?

La mujer se echó hacia atrás, desconcertada.

—No, gracias... Estoy trabajando.

Rojo inclinó el cuerpo sobre la barra, apoyándose con las manos.

—Y yo buscando a Rebeca, tu compañera. Es importante.

La camarera vaciló.

—¿Quién eres?

—Es tu amiga, ¿verdad?

—Depende de quién lo pregunte. Mira, tío, tengo mucho trabajo...

—Espera... —le pidió, pegando su cuerpo a la barra, acostumbrado ya a escuchar esa excusa—. Es sobre Mauro. Tu amiga me pidió ayuda y aquí estoy, pero no consigo encontrarla por ninguna parte.

El farol caló en la chica, que dudó al oír lo que el policía le había dicho. Echó un vistazo al resto de la barra, todavía tranquila y no muy concurrida. Se giró en dirección al encargado, que había desaparecido de su campo de visión.

—Tan sólo un minuto —cedió la joven y le hizo una señal con la mirada al otro empleado, para que le guardara el puesto. Después le indicó a Rojo el final de la barra, donde se encontraban los baños.

Él caminó hacia el extremo. La chica abrió una puerta de acceso para el personal y entraron en el cuarto. Era un pequeño almacén lleno de cajas de bebida, envases y repuestos para el bar. Poco tenía de parecido con el sótano al que Mauro lo había llevado durante su primera visita.

—Nunca me ha hablado de ti —soltó ella, desconfiada, apoyada sobre una caja de madera y mirando a Rojo con suspicacia—. ¿Cuál es tu nombre? Me puedes dar el recado y yo se lo paso.

—No tan rápido...

—Marla.

—Escucha, Marla, estoy investigando la desaparición de Julián Rovira y necesito hablar con Rebeca. Ella sabe algo sobre una fiesta en la que Rovira desapareció. Necesito que me lo cuente...

Al escuchar las palabras de Rojo, la chica hizo un intento de salir de allí, decepcionada por la mentira. El inspector la agarró por el brazo, ella forcejeó y finalmente la soltó.

—¡No me toques!

—La información que guarda es importante. ¡Ese hombre puede estar a punto de morir!

—¿Y a mí qué me cuentas, tío? —cuestionó, mirándose el brazo que Rojo le había sujetado—. Rebeca es una buena chica y ese Rovira es un cabronazo.

—¿Por qué dices eso?

La camarera sonrió. Su piel era suave y su mirada cálida y hermosa, a pesar de la violencia que albergaba en su forma de hablar.

—Ya veo que no te ha contado nada, pero nada de nada —respondió. Rojo sacó la fotografía y se la mostró. Ella la miró atentamente y sonrió por unos segundos—. Esa foto es de hace una semana, del domingo pasado para ser más exacta... La maldita noche que cambió nuestra relación... Estaba guapa con esa peluca, ¿verdad?

Rojo la escuchó confundido y agachó la mirada hacia la foto. Se sintió como un imbécil al no haberla reconocido antes.

—Pero...

—Ya, sé lo que vas a decir —comentó, levantando los ojos—. Es un poco raro, yo también pensaba lo mismo, pero le da personalidad, ¿no crees? A ella le gusta llevarlas y a mí no me importaba que lo hiciera.

—¿Vosotras...?

—Sí, Rebeca y yo estábamos saliendo.

—¿Y ya no? ¿Qué pasó?

—No lo sé, tío, no lo sé... —contestó, alterada, mirando hacia el suelo, con indignación. Sonó sincera—. Algo debió pasar entre ella y esos mamones de mierda.

—Esta foto fue tomada aquí, en este lugar —señaló, haciendo un gesto con el dedo índice—. También estaba la mujer de Rovira y muchos otros invitados. De haberle sucedido algo, ellos lo habrían visto.

Marla lo miraba de reojo, como si el inspector no entendiera nada. Y era cierto. No lo hacía.

—Sí, sí que es de aquí... —dijo con tristeza—, pero en este local no sucedió nada. Eso fue más tarde...

Tuvo una corazonada. Por fin salía del agujero.

—¿Luego?

—Sí... Mira, no te puedo decir más porque ni yo lo sé —respondió, impotente, y se abrió a él—. Llevábamos poco y sé que tenía otro trabajo, uno de noche, después de este, pero nada serio... una cosa de almacenes con ropa, o algo así... Lo sé, me mentía, pero seguramente por la vergüenza de tener que hacer algo tan simple... Estoy convencida de que fueron esos cerdos

quienes la hicieron cambiar, con Mauro incluido... No me lo ha querido contar, por mucho que lo insistiera, pero aquí se rumorean y se oyen cosas....

—¿Qué clase de rumores?

—Que Rebeca era una furcia, que sólo quería acostarse con el jefe... ¡Basura! Eso es lo que hacen para hundir a cualquiera.

—Pero tú sabías que no era así.

—Me temo que les debía alguna clase de favor, pero sólo son sospechas mías.

—Lo lamento —dijo él.

—No importa... Lo único que sé es que le han jodido la vida. Ahora, como me entere de quién lo ha hecho...

—Eso déjame a mí. ¿Dónde puedo encontrarla?

Marla sacó un bolígrafo y un cuaderno de notas del bolsillo trasero del pantalón y apuntó una dirección.

—Sé que no eres su amigo, pero tienes pinta de ser un poli y no pareces de los malos —dijo, arrancando el papel del gusanillo de alambre—. Sea lo que sea, échale una mano, por favor. No permitas que le ocurra nada malo. Es una buena chica, de verdad, pero es demasiado orgullosa para pedir ayuda cuando la necesita.

Rojo agarró el papel, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo.

—Haré lo que pueda.

Cuando se disponía a salir, la chica lo agarró por detrás. Sus ojos lo miraron con desesperación. Estaba preocupada por Rebeca.

—Si lo descubres...

—No te preocupes, sabré qué hacer —le prometió al salir del cuarto.

De nuevo, el ruido de la música ensordecedora, la jauría de personas que bailaban a la vez que conversaba a gritos. Buscó una salida entre las cristaleras y llegó a la terraza. Allí respiró aire puro y se detuvo a buscar al compañero. Su cabeza funcionaba a toda velocidad. Rebeca, ¿qué carajo has hecho?, se preguntó. Recordó la conversación anterior en el interior de su coche, las palabras de la chica. Si hubiera sabido antes que era ella..., se dijo. Un palpito se apoderó de él y se dirigió con paso firme hacia Gutiérrez, que disfrutaba de un combinado con una sombrilla en el interior, sentado junto a dos mujeres en uno de los sofás. Ellas reían y bebían de lo que parecían mojitos.

Eran mayores que él y también llevaban más alcohol en sangre que el expolicía.

—¡Hombre, Rojo! —exclamó, encantado entre las dos acompañantes, levantando el vaso y dispuesto a brindar—. Siéntate, pídete algo y conoce a Carmen y a Rocío.

De pie, sin ánimos de tomar asiento, asintió con la cabeza para saludar a las invitadas y miró a Gutiérrez.

—Nos tenemos que largar.

—¡Pero, chico! No me seas aguafiestas...

—¡Ya, Gutiérrez!

—Cojones... —dijo, disculpándose ante las dos, dio un último trago al whisky con hielo y dejó el vaso sobre la mesa—. Ha sido un placer, señoritas, pero el deber me llama.

Ellas reían como dos adolescentes, sin dejar muy clara la razón de su diversión. Molesto por la irrupción de Rojo, durante su momento de gloria, se subió los pantalones por la cintura y echó a andar hacia la salida.

—Espero que tengas una buena excusa para robarme un momento así —dijo entre gruñidos—. Trenes como ese, sólo pasan una vez, Rojo. ¡Una vez!

—Calla y sube al coche... —respondió el inspector, abriendo la puerta de su lateral, nervioso. Arrancó, puso marcha atrás y pisó a fondo, formando una media luna, levantando el polvo del suelo y creando confusión en el aparcamiento—. Soy un imbécil, Gutiérrez.

Éste se rio.

—Dime algo que no sepa...

—Tuve la oportunidad delante, a esa chica conmigo, aquí dentro —dijo, cambiando de marcha y acelerando hacia la salida—, y ahora tengo el presentimiento de que van a por ella.

—¿De quién carajo estás hablando, Rojo? No estaría de más, que me contaras de qué va todo esto.

Pero no tenía tiempo para hacerlo, no en ese momento.

La sonrisa de Mauro, los hombres de blanco cargados de oro, la peluca rubia... Rojo desconfiaba de las señales, aunque era un fiel creyente en el instinto, esa inteligencia reducida a una milésima de segundo, a un impulso eléctrico, a un latido diferente.

Existía una posibilidad muy remota, pero probable, de que la ausencia de esos dos gorilas no fuera por casualidad.

Así como la de Rebeca.

Debía evitar el desastre si no deseaba que la culpa pesara más que la desgracia.

—¿Llevas tu pistola? —preguntó. Gutiérrez se tocó la costilla y dio dos golpecitos sobre la chaqueta, a modo de confirmación—. Espero que todavía sepas usarla.

16

Subieron la cuesta que bordeaba el castillo de Santa Bárbara y cruzaron la plaza de Pío XII como un proyectil. En aquel lado de la ciudad, la vida nocturna era escasa. Algunas cafeterías estaban a punto de echar el cierre, esperando a que los clientes de siempre terminaran el último trago. Rojo seguía las indicaciones de Gutiérrez, que parecía conocer mejor el callejero que él. Como sucedía en otras barriadas, Las Carolinas tenía el aspecto del desarrollismo y los primeros coletazos del tardofranquismo: edificios de tres plantas, viviendas unifamiliares de ladrillo, ensanches en cuadrícula y calles estrechas, de un sentido.

Pararon en la zona de descarga que había frente a un mercado de abastos y encontraron luz en el bar de la esquina. La tranquilidad no hacía sospechar del peor de los finales.

Bajaron del coche y caminaron por una perpendicular, asegurándose de que no se cruzaban con ningún vecino.

—Es por aquí —dijo Rojo, al ver el letrero del nombre de la calle.

El corazón le bombeaba con tanta fuerza que sentía el pulso en la frente. Gutiérrez se movía sereno, sin un ápice de intranquilidad en su mirada. De alguna manera, hacía tiempo que no temía al peligro, ni tampoco a la muerte. Ya había pasado por aquello, dejándose la piel en cada bar de Cartagena, ahogando las lágrimas entre vasos de tubo y licor barato.

Pasaron bajo unos soportales. El resplandor verde del cartel luminoso de una farmacia llamó la atención del inspector. Cambió de acera y divisó la construcción de tres plantas de la esquina, la misma que le había indicado la camarera del bar.

Al pasar junto a uno de los vehículos aparcados, sintió un aire caliente al respirar.

Se acercó al vehículo, tocó el capó y miró a Gutiérrez.

—Está aún caliente.

—No adelantes acontecimientos —dijo el compañero.

—Esta vez, quédate aquí por si sale alguien del edificio.

—No me jodas otra vez, Rojo...

Se acercó a la entrada del edificio.

Bajo el número veintiocho de la calle de San Mateo encontró una vieja placa del franquismo

sin retirar. Una de las muchas y pequeñas piezas de historia que había por toda la ciudad.

La puerta tenía cierre magnético, así que no tuvo más opción que forzarla.

Un golpe seco con el talón de la bota fue suficiente.

Miró a su alrededor, pero el silencio y la oscuridad seguían reinando en la calle.

No había ascensor. Subió las escaleras con sigilo, evitando que la goma hiciera más ruido del permitido. Olía a cerrado, a aire viciado, a comida casera y a colonia barata.

Cuando llegó a la segunda planta, sintió una fuerte presión en la boca del estómago. La peste a fragancia de hombre procedía del interior del apartamento. Se acercó hasta la puerta, apoyó la cabeza junto a la mirilla exterior y no oyó nada. La puerta cedió. Estaba abierta.

«Qué raro...», pensó. Miró atrás por el rabillo del ojo, pero no avistó ninguna silueta humana, ni por arriba, ni por abajo. Dio un paso al frente, cruzó el umbral de la puerta y no encontró a nadie.

La adrenalina le impedía pensar. En situaciones como aquella, los sentidos trabajaban a pleno rendimiento. Cualquier error, le podía costar muy caro.

El apartamento estaba desordenado. Vio varios pares de zapatos en la entrada, todos ellos de mujer. Pensó que serían de Rebeca. Echó un vistazo al salón, lleno de bolsas, viejas revistas y muebles antiguos. Nada reseñable. Avanzó hasta la cocina, pero no encontró nada fuera de lo normal, a pesar de que la vajilla formaba una montaña en el fregadero. Después venía el pasillo con forma de L. No podía ver lo que había detrás del tabique, ni si alguien lo esperaba al doblar la esquina de la pared.

Empuñó la Star, le quitó el seguro, respiró hondo y abrió bien los ojos. Se lanzó al suelo, con las piernas flexionadas y las manos sujetando el arma, pero allí no había nadie.

La oscuridad impedía ver más allá de las tres puertas cerradas. Dos dormitorios y un cuarto de baño. Sin desviar el cañón, empujó la manivela del baño. Se aseguró de que estuviera despejado, así que no perdió más tiempo del necesario. Repitió la maniobra con el cuarto de la izquierda, que sospechó que sería más pequeño. Parecía la habitación de invitados. Estaba intacta, sin decoración ni muebles de sobra. Le costó tragar la saliva. Quien estuviese esperándole, lo haría al otro lado de la puerta que quedaba por abrir.

Se acercó unos centímetros, dudoso, precavido.

El olor dulzón, que en un principio había asociado a la comida, se volvía más intenso, más denso y desagradable. No eran buenas noticias. Los posibles escenarios que encontraría tras la puerta de madera, pasaban a toda velocidad por su cabeza, como una cinta de vídeo al rebobinar. Disparar era su último recurso, o quizá el único que le quedaba.

Pensó en avisar a Gutiérrez, pero eso le haría perder tiempo y quién sabía si la vida.

Pensó en esa chica, que seguramente dormía para el resto de su vida en el interior del cuarto.

Pensó en todos los finales y ninguno de ellos era feliz.

«Tienes que hacer algo, pero hazlo ya», se dijo para sus adentros, desprotegido, temeroso y con la certeza de que todo iba a acabar mal.

Retrocedió unos pasos, decidido a abrir fuego, aunque eso despertara al resto de vecinos y le buscara un grave problema. Con placa o sin ella, seguía siendo un policía y no iba a dejar que el asesino se largara.

Dio otro paso hacia atrás, arrastrando la suela unos centímetros. Apuntó con firmeza al centro del tablero, deseoso de que la bala diera en la diana. Una gota de sudor frío le recorrió la frente.

De nuevo, ese olor, más intenso.

Entonces escuchó un ligero chasquido. No vio venir el impacto y se dio de bruces contra la pared.

Un dolor agudo se apoderó de su cabeza y una segunda sacudida, no demasiado fuerte pero acertada, lo mandó al suelo sin miramientos.

El hormigueo lo volvió todo más oscuro, la cinta dejó de girar y la poca claridad se apagó.

Desde el suelo oyó unos pasos, pero su conciencia ya no estaba allí.

Al volver en sí, notó la presión de un zapato sobre sus piernas. Estaba acostado en el suelo, desorientado y algo aturdido. El golpe lo había dejado fuera de juego.

Al tragar saliva, sintió una fuerte jaqueca atravesándole el cráneo. Había olvidado lo que era sufrir una buena sacudida. Movi6 la lengua, sintiendo el sabor metálico de la sangre, comprobando que no había perdido ningún diente. Por suerte, la caída sólo le había provocado una pequeña llaga en el interior del labio.

—¡Uff! —lamentó, haciendo un esfuerzo por abrir los ojos, preguntándose dónde se encontraba.

Se echó las manos a la cabeza. El corazón bombeaba con fuerza. Cada latido formaba una onda expansiva que le amplificaba el dolor de cabeza. Por primera vez, pensó en pegar un trago, aunque no fuese la mejor solución al problema.

—Me cago en todo, Rojo... —murmuró Gutiérrez, desde lo alto. Cuando el inspector levantó los párpados, lo vio desde abajo, delante de él, en el interior de una habitación—. ¿Qué demonios ha pasado?

—No lo sé... Ese olor... —respondió, aún desconcertado, hasta que logró incorporarse. Notó una bajada de tensión en el cuerpo, hasta el punto de marearse. Apoyó una mano en el suelo, cuando se dio cuenta de que había estado muy cerca de tocar el cadáver que había a escasos centímetros de él—. ¡Por Dios!

—Venga, levanta —dijo Gutiérrez, impasible, con la mirada clavada en el cuerpo desnudo, pálido y sin vida de Rebeca, que ahora estaba tumbada con las manos sobre el est6mago y los ojos abiertos mirando hacia el techo—. Tenemos que salir de aqu6 echando leches.

Rojo retrocedió unos centímetros. El compañero le ofreció la mano y tardó unos segundos en ponerse en pie. Entonces entendió con claridad lo que había pasado. Se encontraban en el interior del dormitorio de la camarera. Una habitual escena de un crimen, si no fuera porque todo parecía ordenado, como si la chica hubiera muerto por un fatídico y natural accidente. No obstante, las ligeras marcas de su cuello demostraban que no había sido así.

«Muerte por asfixia, una de las peores».

—¿Los has visto? —preguntó Gutiérrez, aún con los ojos puestos en el cadáver.

Rojo percibió cierta culpa en su mirada. Como él, su compañero aún lidiaba con los fantasmas del pasado.

—No, no he visto a nadie, pero cuando me he querido dar cuenta, ya era tarde... Alguien me ha golpeado con saña por la espalda —contestó, acercándose la mano al bulto que tenía en el cráneo—. Podrían haberme matado si lo hubieran querido.

—Pero no lo han hecho, porque no les interesa cargarse a un poli... Es mejor salpicarlo de mierda hasta el fondo... —respondió—. ¡La madre que nos parió, Rojo! ¡Menos mal que he decidido subir al ver que no salía nadie! ¿Qué hacemos con la chica?

—Nada, tú lo has dicho... Tenemos que marcharnos antes de que lleguen efectivos.

Gutiérrez observó la respuesta, esperando un cambio de opinión, pero optó por no presionar al compañero.

—Como quieras... ¿Algún plan?

—Algo se nos ocurrirá... —concluyó Rojo, compungido e impotente por la situación—. Siempre nos pasa.

* * *

El dueño del bar colocó un botellín de Mahou y un vaso alargado sobre la barra de zinc. Después agarró una botella de Jameson, vertió dos hielos en el recipiente y lo llenó de whisky.

A los dos se les había cerrado el estómago, razón por la que ignoraron la vitrina con boquerones, ensaladilla rusa y almejas con tomate que tenían delante.

Encontrar una barra de bar despejada a esas horas, a punto de alcanzar la medianoche, no era fácil. Si lo era, significaba que estaban cerrando, pero a menudo se podían encontrar tugurios en marcha por las calles del centro, sobre todo en los callejones traseros a la explanada. La Layton era una cervecería con solera de dos plantas. Un clásico de las tapas alicantinas, de la cocina casera y de los horarios de la Transición, gracias a una clientela fiel que había transmitido la fama por el boca a oreja. El local resistía a los cambios, a las modas y a la alta cocina. Un bar de los de toda la vida, como solían decir en España, donde los camareros conocían el oficio, preguntaban lo justo y abrían el confesionario a altas horas, sólo cuando la ocasión lo requería. La presencia de los inspectores no llamó la atención entre un barullo de clientes ruidosos, exaltados por el alcohol del fin de una divertida cena y el inicio de una larga velada.

No habían cruzado una palabra sobre lo sucedido. No era necesario.

Gutiérrez y Rojo habían vivido momentos más duros que aquel, episodios que ambos habían intentado eliminar de alguna manera de la memoria, sin éxito alguno. La mejor forma de olvidar, era no hablar de ello, aunque no sirviera de mucho. El rostro de esa pobre chica, asfixiada con, probablemente, una bolsa de plástico o una almohada, sirvió para revivir las pesadillas que habían atormentado a los policías, años atrás, durante su servicio. Cada uno tenía sus motivos pero, desde entonces, cada vez que encontraban a una joven sin vida, el caso se transformaba en una causa personal.

Una aspirina sirvió para aliviar la jaqueca, permitiéndole a Rojo conducir hasta el centro. Beber no era lo más saludable para su cabeza, aunque las burbujas ayudaban siempre a disolver los malos pensamientos.

Gutiérrez, por su parte, parecía sediento, como siempre. Estaba a otro nivel y bebía el whisky sin compañía, como si fuera agua carbonatada. Tras aclararse la garganta, observó a su compañero, decaído, con la mirada puesta en el calamar troceado que tenía delante, tras el cristal, y lo agarró por el hombro como gesto de camaradería.

—No te tortures, Rojo —dijo en voz baja, con un tono serio y fraternal—. Seguramente, no había nada que pudieras hacer... La chica sabía algo y esos cabrones nos estaban esperando.

Rojo levantó la barbilla y se giró hacia él.

—Ese cabrón, dirás —respondió, después agarró el grueso de la botella y pegó un trago. El sabor amargo y refrescante de la cerveza le despejó del malestar por unos segundos—, porque ha sido una persona la que me ha golpeado...

Gutiérrez gruñó.

—¿Recuerdas algo? Ha sido un buen tortazo, *amic meu*.

—No —contestó—. Si hubiera sido uno de esos bestias, supongo que aún me dolería. Sin embargo, quien lo ha hecho, ha tenido suerte de que mi cabeza chocara contra la pared.

—Ajá... ¿Entonces?

—Ella conocía a esa persona, de lo contrario, no habría llegado hasta la habitación. Fue un ataque premeditado, sin sangre y, seguramente, sin huellas.

—No es una mala jugada. ¿Hombre o mujer?

—Hombre, sin duda —dijo con seguridad—. El golpe me lo podía haber dado una mujer también, pero olía a colonia barata y varonil en la entrada.

—Puede haberlo hecho a propósito. Hay mucho pirado para estas cosas...

—Todo es posible pero, ¿quién tendría interés en hacerla callar? Rebeca sabía lo que había pasado con Rovira, pero tenía miedo a contarlo, por eso se acercó a mí, pensando que pondría de

mi parte... ¡Carajo!

Varios clientes se giraron.

Gutiérrez les indicó que siguieran en sus asuntos.

—También puede haber sido cosa de esa arpía... —sugirió—. No sé qué interés tiene por encontrar a su esposo, pero tampoco nos lo está poniendo muy fácil.

—Es posible —dijo y pegó otro trago. No le gustaba esa posibilidad. Había empezado a empatizar con la clienta y con la suma que les iba a pagar—, pero no puedo acusarla hasta que sea evidente. En ese caso, no será ella a quien llame.

—Pues la llevamos clara... —replicó, un poco desanimado—. Menudo plantel, Rojo. Sin dinero, ni pistas y con un fiambre de por medio. Diablos... y todo en menos de cuarenta y ocho horas. Podrías haberme avisado antes de subirme al autobús, por hacerme una idea, más que nada...

—No seas agorero, no todo está perdido.

—¿Ah, no? —cuestionó—. Cierto, estamos esperando a que nos detengan tus amiguitos de la comisaría.

—Cóbrate, por favor —pidió al camarero, dejando un billete y un par de monedas sobre el zinc. Le dio el último trago a la cerveza y abandonó la barra—. Y, ahora, venga, muévete. Sé dónde están nuestras respuestas.

Condujo hasta la entrada del club. Estaban los dos cansados, hartos de juntar piezas que pertenecían a otro rompecabezas. Rojo sentía que su cabeza funcionaba más lento, aunque todavía podía trazar planes. Para acabar con él, tenían que darle una buena paliza.

Juró, para sus adentros, vengarse de quien le había asestado el golpe.

Ni olvido, ni perdón.

La ciudad tenía un color diferente durante la noche. La iluminación del castillo de Santa Bárbara dejaba un resplandor por la carretera que bordeaba la montaña. El litoral, nocturno, era amarillento, húmedo y solitario. Los farolillos de colores del puerto se veían a lo lejos, formando un mosaico variado en un cielo azul marino casi negro. Durante el trayecto, repasaron los acontecimientos de las últimas horas. Algo no cuadraba, o quizá ellos eran incapaces de verlo. Lo que más le llamaba la atención a Rojo era la sacudida que había recibido. Frágil, pero certera. De haber reaccionado a tiempo, le habría visto el rostro a ese cabrón. Miró el reloj. Una hora y media pasaba la medianoche del sábado. Aún era demasiado pronto para visitar a Quiles, su compañero de brigada. Para entonces, mientras ellos viajaban hacia el club, la Policía estaría examinando el edificio, llevando pruebas a la Científica y preguntándose qué demonios le habría pasado a la chica. Pero, por desgracia, no tardarían en averiguarlo. En la peor de las situaciones, Quiles se haría cargo del caso y la investigación iría tan despacio, que moriría archivada en algún cajón. Por eso debían ir al club, antes de que se presentaran por allí a meter las narices. Y de tanto en tanto, Rovira seguía desaparecido, por no decir muerto. Las posibilidades de encontrarlo, a esas alturas, eran casi tan remotas como las de resucitar a Rebeca.

—Se te ha ido la cabeza, Rojo —dijo Gutiérrez, mirando al mar por la ventanilla del coche—. ¿Pretendes que nos quedemos toda la noche haciendo guardia?

—Así es —respondió. Y no mintió. Mauro, el encargado cuarentón de gustos cuestionables y cabello teñido, era la única salida que tenían. Si la intuición le fallaba al inspector, habría llegado el momento de tirar la toalla y apartarse del caso. Pero lo cierto era que eso le iba a costar demasiado.

Pensaron en silencio mientras se acercaban al club náutico. El tráfico de la noche era denso.

Se podía apreciar el incremento de vehículos que viajaban hacia los clubes nocturnos con gente en busca de un poco de diversión.

«Piensa, Rojo, piensa».

Rebeca guardaba un peligroso secreto que involucraba a Mauro y a Julián Rovira, pero Rojo estaba lejos de saber cuál era. La chica, probablemente, les debiera una favor, tal y como había mencionado Marla, su expareja, quien pronto sería la única que lloraría por su pérdida. Si lograban sonsacar, por las buenas o por las malas, el secreto que compartían los tres, quizá así dieran con Rovira, con la persona que le había atacado y con el asesino de esa chica.

—¿Cómo va esa cabeza? —preguntó Gutiérrez. Nunca se preocupaba por el malestar ajeno. Esta vez parecía interesado—. ¿Todavía funciona?

—Mañana, en frío, te hablaré de ello.

El expolicía sonrió.

El Ford Sierra entró en la llanura de grava y tierra. Oyeron el bullicio de la terraza. La música salía por los altavoces y llegaba al aparcamiento. A lo lejos, desde el asiento, Rojo vio a los dos hermanos custodiando la entrada, vestidos con un traje negro. A pesar de las evidencias, estaba convencido de que no habían sido ellos.

Se acercó hasta la fila de coches más próxima a la entrada, pero lo suficientemente lejos como para no ser descubiertos por los porteros.

Apagó el motor y se quitó el cinturón.

—Ahora, como en los viejos tiempos... a esperar.

Gutiérrez suspiró.

* * *

Las esperas nunca eran agradables, y mucho menos cuando veían a otros pasarlo en grande.

Esperaron cuatro horas allí dentro, cuatro largas horas que poco a poco drenaron la energía de sus cuerpos. Necesitaban un descanso, pero no podían permitirse pegar una cabezada. Poco a poco, la música de fondo se volvía inapreciable. Vigilaban a quien entraba y salía, sin perder de vista cualquier movimiento sospechoso. Era evidente que la falta de organización les había dado una desafortunada lección. Confiar en uno mismo era necesario, pero Rojo se había excedido apostando demasiado por sus aptitudes. Ninguno de los dos era un ejemplo a seguir en la Policía, pero la falta de recursos, de informes, de contactos... los convertía ahora en auténticos aficionados. Tal vez no estemos fuera de casualidad, reflexionó en silencio cuando sorprendió a su

compañero roncando a su lado. El inspector de la década anterior, no era más que un recuerdo, como el de su mujer o la vida que ahora echaba de menos. Había tenido que llegar a esa situación, para darse cuenta de que habían tocado fondo.

La soporífera espera les sirvió para conversar, en un principio de banalidades que, a medida que la oscuridad se apoderaba de los sentimientos, se transformaban en una cruda y sincera declaración de intenciones.

—¿Y si no aparece? —cuestionó Gutiérrez, somnoliento. Su problema era diferente a la del compañero. Los demonios estaban en otra parte, puede que relacionados con la pérdida de su hija, el divorcio irreparable o la vida perra que había llevado durante años. Para él, estar allí, junto a su compañero, ya era un regalo, una forma de evitar o posponer su regreso Santander, a la portería, a los días interminables de rondas alrededor del edificio, de cigarrillos que quemaban la garganta y de café repugnante de máquina de fábrica—. Ni siquiera hemos comprobado si está...

—No pienso entrar de nuevo con esos dos ahí —dijo y señaló a los hermanos. Después se derrumbó, apoyando la frente en el volante—. Esto es una cagada...

—Ya era hora de que empezaras a hablar claro... —murmuró, sin preocuparle demasiado—. ¿Qué esperabas? Míralo con perspectiva. Lo hemos hecho todo mal desde el principio. Nos hemos saltado el manual por completo.

Rojo levantó la cabeza.

—¿De qué manual hablas?

Gutiérrez no supo qué responder.

—Es lo que dicen en las películas, ¿no? El manual, el código de conducta... Era un decir. Nosotros nunca tuvimos uno de esos.

Rojo suspiró.

—Las cosas no me han ido muy bien desde que llegué a esta ciudad —explicó, cambiando de tema, mirando hacia el frente—. Pensé que mi situación cambiaría, que sería capaz de iniciar un nuevo capítulo, de rehacer mi vida, ya sabes... Pero no ha sido así. La oferta era tentadora, el dinero me venía bien y pensé que ese Rovira estaría criando malvas en alguna parte... Nos hemos visto en situaciones peores, ¿no? Parecía sencillo... Sólo tenía que encontrarlo antes que Quiles.

—¿Quién es ese?

—Otro inspector, bastante pardillo, por cierto... El chivato que me delató a Asuntos Internos.

—Yo a eso lo llamo un mamonazo en toda regla —dijo y miró hacia otra parte—. Si necesitas ayuda, puedes pedírmela. Ya sabes lo que pienso de los mamonazos.

—Descuida, todavía puede sernos útil.

—¿Útil? —cuestionó atónito por la fe ciega del compañero en su instinto—. ¿Todavía crees que vamos a sacar algo en claro de esta noche? Que conste que no me quejo, pero...

—Por supuesto —respondió—. Ese cabrón nos va a contar todo lo que sabe.

—¿Y si no quiere?

—Querrá.

Gutiérrez asintió e hizo una pausa silenciosa.

—¿Alguna vez has oído eso de que la suerte es pasajera? —preguntó, haciendo referencia al pasado, rememorando aquella imagen del acantilado, viendo el amanecer antes de deshacerse del cadáver envuelto en plástico—. Yo no tengo nada que perder, pero tú tienes un hijo... Piensa en él dos veces, antes de dejarte llevar por los impulsos.

—En eso pensé cuando me hizo la oferta... —dijo con voz seria—. Relájate, no nos pasará nada. Tan sólo quiero hablar con él.

—Sigues en tus trece, ¿verdad? —preguntó Gutiérrez, precavido, destapando la caja de los fuegos artificiales—. Aún crees que puedes encontrarla.

Rojo se quedó paralizado.

—El dinero nos vendrá bien.

—¡Vete al cuerno, hombre! —exclamó, sin llegar a elevar demasiado el tono de voz—. A ti el dinero nunca te ha importado una mierda.

—Pues ahora sí.

—Deja de mentirme y acepta la verdad —reprochó, enfadándose por la actitud deplorable del hombre que tenía enfrente—. ¿Crees que a mí me vas a engañar? A mí me resbala lo que tengas en la cabeza. Sólo soy tu amigo y estoy aquí porque me lo has pedido... Si lo haces por ella, me parece cojonudo, porque en algo que hay que creer, pero no seas un cretino conmigo... Los embusteros son una lacra para esta sociedad.

Las palabras resonaron con fuerza.

Rojo nunca consideró que se estuviera mintiendo a sí mismo.

—Lo siento, tal vez tengas razón.

—Pues claro que la tengo, carajo.

—En ocasiones siento que, cuanto más deseas algo, más te alejas de ello...

—Dime una cosa, *amic*... —dijo y lo miró de frente, esperando una explicación sincera—. ¿Te has planteado qué harás cuando la encuentres? ¿Qué demonios le vas a decir?

—No.

—¿No?

—¡Maldita sea! No... —dijo y dio un puñetazo al volante—. Me aterra la idea, así que prefiero no pensarlo y dejarme llevar, cuando sea el momento adecuado.

—¿Dejarte llevar? ¡Leches! Mírate. Esto es lo que pasa cuando te dejas llevar.

—Ya vale, es suficiente. Será mejor que zanjemos el tema por hoy...

—Estás peor de lo que imaginaba... —replicó sin ningún tipo de empatía—. Echa un vistazo a tu alrededor, Vicente. Hay mujeres bonitas esperando a conocerte... Pasa la maldita página, olvídate de ella, por mucho que te haya dañado, no obtendrás nada de tanto sufrimiento... Te juntaste con una drogadicta, una persona inestable y destrozada, como tú, por otras circunstancias. ¿Acaso crees que los demás somos felices? No, pero seguimos adelante porque estamos vivos... nos guste o no.

—A veces, no sé si merece la pena.

La mirada de Gutiérrez se incendió. Rojo había tocado la tecla prohibida. El expolicía se abalanzó sobre él y le agarró por la chaqueta.

—Escúchame bien, llorica —espetó acercando el rostro, con el semblante serio y la expresión para iniciar una pelea—. ¡No vuelvas a decir eso, ni en broma! ¿Entendido? No tienes ni la remota idea de lo que hablas.

Sus palabras eran sinceras y estaban cargadas de emoción.

—Suéltame antes de que esto acabe mal, te lo advierto, Gutiérrez.

Rojo se apartó de él y regresó al sitio.

—Ahórrate tus advertencias, Rojo... Tienes que caer del burro por ti mismo... —prosiguió, ahora más calmado—. Vosotros buscabais un modo de tapar el dolor juntos. La persona que recuerdas, ya no existe, se dejó lavar el cerebro, así que cuanto antes la des por perdida, mejor que mejor...

Rojo aguardó varios segundos en silencio. Entonces vio a Mauro salir del recinto, acompañado de una de las mujeres con las que lo había encontrado durante la tarde. Él la agarraba por la cintura y ella se dejaba manosear. Caminaron en dirección al aparcamiento, por el otro costado de la explanada. El inspector metió la llave y arrancó el motor, procurando que no los viera.

—Hablando del rey de Roma... —murmuró Rojo, desviando la atención hacia los movimientos del encargado.

—Encima, con compañía.

—Te debo una disculpa, Gutiérrez —dijo con voz seria y una melodía lineal—. Soy un embustero, tenías razón...

Gutiérrez frunció el ceño. Rojo nunca se disculpaba dos veces en la misma conversación. Mauro y la mujer subieron a un Mazda RX descapotable de color verde oliva. El deportivo se puso en marcha y abandonó el aparcamiento. La melena rubia de la chica se movía con el viento.

—¿Qué insinúas? No me gusta como suena eso.

—No lo hago por ella, lo hago por mí... —respondió y encendió los faros delanteros—. Y por esa razón, no pienso parar hasta que la encuentre.

Por la radio, The Clash rasgaban los primeros acordes de *Straight to Hell*. Rojo giró la rueda para subir el volumen de la canción. Derechos al infierno, nunca mejor dicho, pensó.

El Ford Sierra abandonó la explanada, bordeó el camino y tomó la salida, siguiendo la dirección del deportivo. Silencioso, Gutiérrez prendió un cigarrillo y bajó la ventanilla. Rojo palpó la pistola en el cinto, apretó los dedos sobre el volante, pisó el acelerador y dejó que el grupo británico marcara el ritmo de la sinfonía. De nuevo, tenía la oportunidad de hacerlo bien, de resolver aquello de una vez por todas. Era todo lo que deseaba, encontrar un final sin la expectativa de que fuera feliz. Eso ya no le importaba. El resplandor de la luna acariciaba el mar. La ciudad seguía viva, cada vez con menos fuerza, con más amor y menos ruido. Para ellos, sin embargo, la noche no hacía más que empezar.

Gutiérrez dijo una gran verdad, la suerte no siempre estaría de su parte, pero el azar no era un elemento con el que contar. ¿Acaso su vida era la de un tipo abrazado por el destino?, se cuestionó. Ni hablar. Más bien, el infortunio acechaba su sombra. Visto así, la situación era más fácil de llevar. La vida no entendía de moral, ni del bien ni del mal. Las decisiones no eran certeras ni erróneas, tan sólo había que aprender a asimilarlas.

La ladera del castillo le recordó a uno de esos parajes de la Costa Azul francesa, que aparecían en las películas antiguas. La avenida de Villajoyosa llegaba a su fin, uniéndose al carril doble que procedía de la parte alta. A lo lejos podía ver la cabeza de Mauro y la de esa mujer en el descapotable verde. Coqueteaban, se movían demasiado.

Ella se abalanzaba sobre él, impidiéndole conducir con normalidad.

—Lo que hay que ver... —dijo Gutiérrez, atento a los movimientos—. Ese idiota va a provocar un accidente.

El encargado ebrio manejaba el volante, incapaz de mantenerse dentro del carril. Rojo no lo vio como una ventaja, sino como un inconveniente más. Los conductores bajo los efectos de los narcóticos solían ser más peligrosos al volante. La adrenalina aumentaba en sus cuerpos y el miedo desaparecía. La necesidad primaria de sobrevivir, se apoderaba de ellos. Pero sus reflejos no funcionaban de la misma manera, y por eso se volvían impredecibles y temerarios.

Al llegar al primer semáforo de la calle de Jovellanos, Rojo aminó, quedándose atrás del deportivo.

Estaban solos en la carretera, una recta que atravesaba la playa del Postiguet y terminaba en el final de la explanada, junto a una glorieta. La única vía de escape era el desvío que cruzaba la plaza y continuaba por la avenida que pasaba por el puerto, hasta la antigua estación de trenes. Dos kilómetros de recta infernal. Rápido, calculó que podría alcanzar los ciento cuarenta kilómetros por hora, sin levantar el pie del acelerador. Una brutalidad con final desastroso. Si lo dejaba marchar, lo perdería entre las callejuelas que subían al centro. Rojo sopesó su siguiente jugada.

Por su parte, el encargado percibió algo extraño cuando vio al Ford desde el espejo

retrovisor.

Sacó el brazo y movió la mano para que el inspector lo adelantara.

—¿Está de guasa? No lo hagas, Rojo.

—Sabe que lo estamos siguiendo. Prepárate.

Gutiérrez sacó la pistola y bajó la ventanilla hasta el fondo.

Rojo le hizo una señal con las luces de larga distancia, para que siguiera delante, pero Mauro insistió. La mujer que lo acompañaba, había dejado de moverse con entusiasmo.

Si Gutiérrez disparaba, debía hacerlo antes de que llegaran al centro de la ciudad.

El estallido de la pistola era demasiado ruidoso para pasar desapercibido. Una bala, una rueda. Sólo así provocarían que el encargado perdiera el control del vehículo y terminara colisionando contra los jardines. Pero también existía la posibilidad de que el disparo al neumático, combinado con la velocidad, culminase en un siniestro total.

Rojo tomó una rápida decisión, metió la primera marcha y cedió a las indicaciones.

—¿Qué haces? —preguntó Gutiérrez desconcertado.

El inspector agarró velocidad, viendo cómo el descapotable japonés se ponía en marcha. Antes de que reaccionara, se cruzó delante de él, impidiéndole el paso, bajó del vehículo, aún en marcha, y empuñó el arma. La mujer gritó, asustada, sin entender qué sucedía. Gutiérrez socorrió a su compañero, sacó a la rubia del coche, agarrándola del brazo, y la amenazó para que desapareciera. Cuando Mauro intentó hacer marcha atrás, Rojo le agarró de la muñeca y disparó contra la rueda delantera. El coche se frenó. El retroceso de la Star le quemó la mano. Se oyó un fuerte estallido, seco y vacío. El encargado, pálido y con las manos temblando, levantó los brazos a modo de redención.

—¡No dispaes, joder! —gritó desde el asiento, pálido como un fiambre y conmocionado por el disparo—. ¡Llévate el coche, pero no me hagas daño!

—Apaga el motor —ordenó el policía, acercándose a él.

Un brillo iluminó la mirada de Mauro.

—¿Tú? ¡Yo sé quién eres!

—¡He dicho que apagues el motor! —exclamó furioso. Sin ofrecerle el derecho a réplica, Rojo le propinó un revés con la culata de la pistola en la cara, quitó las llaves del contacto y las tiró al otro lado de la carretera. Empezaron a notar el movimiento de los faros que llegaban desde la otra parte de la ciudad. La mujer corrió hasta perderse por la oscuridad de un parque.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó el compañero.

—Déjala, está asustada —respondió y caminó hacia su coche—. Cógelo y mételo en la parte de atrás.

Gutiérrez sacó del deportivo al encargado y lo metió en el interior del Ford Sierra. En marcha, de nuevo, Rojo se incorporó al carril de la avenida y aceleró hasta perderse por la carretera que llevaba a la salida de la ciudad.

Mauro temblaba en la parte trasera del Ford, desorientado, malherido y con el frío cañón de la Star de Gutiérrez apuntándole al estómago.

—Ni una tontería, listillo —dijo el expolicía, sujetando el arma y mirando hacia delante.

—¡Yo no he hecho nada! —exclamó entre lágrimas—. ¡Soltadme, ahora mismo!

—¡Ssssh! Calladito... —susurró Gutiérrez y volvió a mirar a Rojo, pero éste estaba demasiado centrado en sus pensamientos. El expolicía sólo esperó que su amigo supiera lo que hacía—. Y no te pongas a llorar, anda... Ni que fuera la primera pipa que ves, cojones. Tan sólo vamos a charlar un rato... de hombre a hombre.

—No tengo nada que hablar con vosotros, os lo juro...

—Bueno, eso lo veremos más tarde... —dijo y meneó el bigote, impasible—. Quizá te hagamos cambiar de opinión... Me pregunto qué pensaría la rubia al verte con esas lágrimas de cocodrilo.

Gutiérrez soltó una carcajada siniestra, que retumbó en silencio del interior de la carrocería.

La noche cerrada volvía el camino completamente negro. Abandonaron la ciudad por la carretera secundaria.

Vivo o muerto, tenían que encontrar a Rovira y terminar con aquel asunto. La impaciencia los había desquiciado, haciéndoles cruzar la línea que separaba las acusaciones de los problemas serios. Después de aquella maniobra, ya no habría vuelta atrás para ninguno de ellos.

20

Dos dormitorios, una gran cocina y un salón con terraza. No estaba nada mal para ser el apartamento de un encargado de bar, pensó el inspector al abrir la cristalera y salir al exterior. Un poco de aire fresco le vendría bien.

Frente él, las olas del Mediterráneo llegaban a la orilla, dejando un rastro de espuma sobre la arena. La brisa densa y húmeda no era del todo agradable. Miró la panorámica desde el amplio balcón y observó las luces de Alicante a lo lejos, a un lado, y el faro de Santa Pola a otro. El resto eran tinieblas de una noche primaveral, en un pueblo fantasma. La tranquilidad de Urbanova y los precios abaratados de los pisos de playa, a las afueras de la ciudad, hacían de aquello un lugar perfecto para quien buscaba el anonimato. Vivir allí era más barato, pero también podía acabar deprimiendo a quienes no estuvieran acostumbrados a la soledad.

En el último momento, mientras huían de Alicante, Rojo había recordado algunos de los detalles que Quiles le había dado sobre aquel tipo. En efecto, Mauro llevaba un juego de llaves en el bolsillo, las llaves del apartamento al que iba a llevar a esa mujer. Por desgracia para él, esa noche no dormiría con ella.

Atado de pies y manos a una silla, sentado bajo la bombilla de la lámpara del salón, y desaliñado por el exceso de cansancio y la falta de horas de sueño, Mauro miraba a su alrededor, preocupado por los movimientos de los dos hombres que ahora le acompañaban en su propia vivienda.

Gutiérrez agarró un paquete de tabaco que encontró sobre el mueble de la entrada, sacó un cigarrillo y se lo encendió.

—*Light?* —dijo en voz alta, leyendo las letras del paquete. Después prendió el cigarro—. ¿Por qué fumas esto?

—¿Podrías salir fuera? —preguntó el hombre—. El olor se queda pegado en el sofá...

Gutiérrez gruñó y le acercó el hocico, sin soltar el cigarrillo de los labios.

—¿Me has visto cara de genio de la lámpara? —cuestionó y le echó el humo a la cara—. No estás en posición de pedir nada.

—Eso era innecesario... —comentó, parpadeando a causa del escozor.

—¡Basta! —dijo Rojo, entrando en el salón y cerrando la cristalera. El cansancio dejaba huella. Se frotó los ojos, molesto por la jaqueca que se manifestaba de nuevo. Dio un respiro, caminó hacia el encargado y lo miró desde arriba. Después se quitó la chaqueta, dejando el cinto a la vista, desenfundó la pistola y le colocó el cañón entre las cejas.

—¿Qué haces tío? —preguntó acongojado—. No—no—no dispaes...

A Mauro le sudaba la frente. Con los ojos cerrados, apretaba la mandíbula, aterrorizado al sentir el frío metálico contra su piel. Intentaba encogerse, pero las cuerdas le impedían desplazarse.

—Te volaría la cabeza aquí mismo, en tu propia casa, por ser un cerdo cabrón que abusa de sus empleadas —indicó el policía—. Pero, mira por donde, hoy es tu día de suerte y te voy a dar una oportunidad... Sólo una, ¿me oyes?

—Sí, sí...

—Huelo a los mentirosos a kilómetros, como intentes colarme un bulo, te prometo que tiro del gatillo y se acaba la fiesta.

—Diré la verdad, lo juro...

—Más te vale.

El hombre se tranquilizó por un instante. Levantó la cabeza y miró al inspector con seriedad. Gutiérrez le propinó un tortazo para que no hiciera eso. La palmada sonó seca, como si hubiese golpeado una plancha metálica.

—¡Joder! —exclamó, lamentándose. Dio un respingo y controló la respiración—. No sé de qué hablas... Yo no he matado a nadie...

—¿Le doy otra? —preguntó Gutiérrez.

Rojo asintió.

Sonó otro estrépito. Un escupitajo de color rojo cayó sobre el mármol.

—Rebeca.

—¿Qué estás diciendo? Yo no he tocado a esa chica...

Cuando Gutiérrez fue a propinarle otro golpe, Rojo lo detuvo. La voz de ese hombre sonaba sincera.

—Te estoy dando una segunda oportunidad... Mi amigo tiene la mano caliente y puede ir a más.

—Y yo te estoy diciendo que no tengo nada que ver con esa furcia —respondió con agresividad. Gutiérrez se adelantó a la orden. El impacto era molesto para los oídos—. ¡Dios! ¿Qué he dicho ahora?

—No la llares así.

La respuesta lo conmocionó por unos segundos.

—Lo que faltaba... Yo no la he matado... Tenéis que creerme.

—¿Le pediste a alguien que lo hiciera?

—No... ¿Estáis locos?

La mano de Gutiérrez se estrelló contra su cara.

—¡Mierda! ¡Déjame en paz! —exclamó en voz alta, pataleando, moviendo la silla unos centímetros más. Ahora su rostro había tomado color y ganado temperatura. Las bofetadas de Gutiérrez le habían devuelto el flujo sanguíneo—. ¡No estoy mintiendo!

Rojo sacó la fotografía que Forner le había entregado y se la mostró.

—¿Qué pasó esa noche? Cuéntamelo todo.

—Joder, joder... Mira que lo sabía... Mira que se lo dije... —murmuró meneando la cabeza de lado a lado. Estaba enfadado consigo mismo—. Fue ella quien me pidió el favor y yo se lo ofrecí. Le gustaba el dinero, ¿sabes?

El expolicía se miró la mano, colorada y dolorida. Empezaba a desesperarle ese tipo.

—Mira, colega, o te explicas mejor o te voy a dejar la cara como un San Jacobo...

—¡No, no, no! Ya va, ya va... —contestó acelerado al ver que el bigote de Gutiérrez volvía a tensarse—. Esa fotografía es del domingo pasado... Estábamos celebrando la apertura de la temporada primaveral. Nada del otro mundo, pero había venido Rovira, su esposa, todos...

—La última noche que Rovira se mostró en público... Después se lo tragó la tierra...

—Eso no es cierto —corrigió con la voz cortada. Las cejas de Rojo se levantaron—. Os juro que no me lo estoy inventando... El lunes hablé con él. Estaba en la oficina... y me dijo que no me pasara por allí hasta la tarde... Él mismo se encargaría de pagarle la parte que le correspondía a ese policía...

—¿De qué estás hablando ahora?

—¡De la fiesta! ¿Qué diablos os pasa? —preguntó. Rojo y Gutiérrez se miraron—. Ese policía colega suyo... Pensaba que te había enviado a ti esta vez...

Gutiérrez, harto, miró al compañero antes de darle una última sacudida al encargado.

—Te juro, Rojo, que me está inflando las pelotas...

El encargado se rio.

Gutiérrez le propinó un revés que lo tiró de la silla y cayó al suelo.

Rojo se abalanzó sobre el expolicía para agarrarlo.

—¿Has perdido el juicio, idiota? —preguntó sobresaltado—. ¡Eso es lo que pretende!

—A veces, en la vida, las palabras no son suficientes —dijo acariciándose los nudillos. Había sido un buen golpe, aunque no lo había dejado inconsciente—. ¡Chaval, deja de tomarnos el pelo!

Dolorido, Mauro asintió con la barbilla y Rojo lo volvió a sentar.

Desafiante, observaba a los dos policías con desprecio. En efecto, no entendían nada, a diferencia de lo que él había creído en un principio, y tampoco se iban a creer lo que estaba a punto de contarles.

—Rovira asistía a fiestas clandestinas en un local de *swingers* —explicó. Rojo no había oído esa palabra nunca—. ¿Intercambio de parejas? ¿Tríos con desconocidos? ¿En qué mundo vivís?

—Sigue... —dijo el inspector.

—El negocio lo lleva un tal Cornelio... Él es quien le consigue las chicas y las drogas. Las hay de todos los países, de todas las edades... Al parecer, tiene una buena red de *escorts* de lujo... No parecen, ya sabéis... Rebeca necesitaba el dinero, sabía qué clase de fiestas hacían allí y me pidió que la llevara a una como...

—Cuidado con lo que dices —señaló Rojo, notando cómo un ardor feroz crecía en el interior de su tripa—. ¿Qué más sabes de ese Cornelio?

El encargado movió la cabeza hacia ambos lados.

—No mucho —respondió—. Esa noche fue la primera vez que lo vi... Escuchadme, es todo lo que sé. Llevé a Rebeca y me marché. No me va ese rollo, ¿entendéis?

Rojo sacó la fotografía que guardaba.

—Supongo que algo más sabrás.

—Rovira estaba empeñado en montárselo con su mujer y con Rebeca... Con todas las chicas que había, tenía que elegirla a ella... Eso lo arruinó todo.

—¿A qué te refieres?

—Salió mal. Algo salió mal —repitió. En su tono se podía notar la culpa que cargaba sobre él, por haberla llevado hasta allí. Mauro estaba agotado, al igual que Rojo y su compañero. El resplandor del amanecer comenzaba a dejarse notar por el balcón—. Mirad, tíos... Os he contado todo lo que sé, ¿vale? Esa gente es turbia, demasiado turbia... No sé lo que os pagarán por lo que sea que estáis buscando, pero estáis perdiendo el tiempo. Nunca encontraréis nada contra ellos... Están acostumbrados a pagar por su silencio.

—¿Está Rovira muerto?

El encargado se encogió de hombros.

—Yo qué demonios sé... Tal vez aparezca, tal vez no... Sólo Cornelio sabe dónde está... Es el único que conoce lo que sucedió en su local.

Rojo se quedó pensativo.

—¿Qué hacemos con él, Rojo? —preguntó Gutiérrez, cansado—. No podemos dejarlo vivo.

—No, tíos, no... No me hagáis daño. Os he dicho todo lo que sabía...

—Antes nos tiene que decir dónde se celebran esas fiestas.

Rojo volvió a levantar el arma y le apuntó firme.

—¡No podrás ir sin mí! —exclamó, echándose hacia atrás—. ¡Me necesitas vivo!

El policía sonrió y suspiró.

—Me alegra que hayas decidido colaborar.

No dejaron nada al azar. Era la última oportunidad. Abandonar el apartamento, habría sido un grave error. Dispuestos a llegar hasta el final de la madriguera, durmieron en el piso del encargado, con éste maniatado a la silla para evitar los imprevistos. Saquearon la nevera, terminando con las últimas existencias de embutido en lonchas y Gutiérrez se encargó de traer provisiones del restaurante chino abierto en Urbanova, para evitar la comida a domicilio y que el repartidor se enterara de la situación. Mauro, poco a poco, comenzaba a comprender que los dos hombres que lo acompañaban, no lo dejarían suelto hasta que obtuvieran lo que pedían. Gutiérrez y Rojo hablaban lo justo entre ellos, siempre evitando que el secuestrado los escuchara.

Fumando un cigarrillo en el balcón, en el mediodía soleado que calentaba la terraza, Gutiérrez miró a su amigo, sin perder de vista al tercero.

—¿Cómo estás? —preguntó, esperando una contestación sincera. Ambos se sentían derrotados, sin energía y ansiosos por encontrar una grieta de luz entre tanta penumbra—. Hemos perdido el rumbo... ¿Aún tienes fe en encontrarla?

Rojo se cruzó de brazos y asintió.

—¿Y tú? ¿Tienes fe?

—Yo también —dijo, pegando una bocanada y tirando el humo hacia el mar—. Fe en que tengas un plan cuando todo esto se vaya al carajo...

Después pegó una carcajada.

* * *

Las horas pasaron, el sol volvió a dar paso a la noche. Los tres se prepararon para la cita. En la parte trasera, acompañado de Gutiérrez y el cañón de su Star haciendo presión en la costilla, Mauro le indicó el camino a Rojo. El Ford salió por el sur, tomó la carretera de Bacarot, para evitar el tráfico denso de la nacional, y continuó por la circunvalación, bordeando el campus de la Universidad de Alicante entre la tierra árida del paisaje y los secarrales que quedaban a ambos

lados. Finalmente, a la altura de un club de padel, tomó la salida que lo llevó hasta una segunda avenida, para salir de una glorieta y cruzar un camino de asfalto estrecho, lejos del urbanismo, que llevaba hacia planta de tratamiento de aguas.

El silencio del interior del vehículo era perturbador.

Absorto en sus pensamientos, Rojo ni siquiera había encendido la radio. Condujo tenso, pensando en Elsa, en Rovira, en la chica muerta y en Clara Forner. El corazón le latía con normalidad, aunque podía sentir la presión sanguínea en las arterias.

Aquel estrés terminaría matándolo.

—Espero que no nos estés haciendo un truco de los tuyos... —dijo Gutiérrez, ejerciendo presión con el arma. Por la ventanilla sólo se veía oscuridad y el lejano resplandor de las farolas que alumbraban la planta—, porque te juro que no sales de aquí.

—No, no, de verdad... —dijo, apuntando con la barbilla. Después de un cruce, llegaron a los alrededores de la nave de la planta, cuando divisaron las coloridas luces que rodeaban una propiedad privada. Era una casa de tejado rojo, rodeada de pinos y con una piscina en el patio interior. Encontraron varios vehículos aparcados en la entrada—. Es ahí.

La primera puerta daba a un aparcamiento interior en el que había más vehículos.

Desde la garita, un guardia de seguridad vigilaba a quienes pedían paso. El volumen de la música del interior no era excesivamente alto. Los tiempos habían cambiado para todos, menos para Rojo y Gutiérrez, que habían vivido en una realidad paralela, desconociendo que aquella clase de clubes existía. Y eso resultaba peligroso. Allí dentro, su autoridad no les servía de nada. Una vez cruzaran la puerta, cualquier cosa podía suceder.

Cuando llegaron a la entrada, Rojo bajó la ventanilla del asiento trasero para que Mauro pudiera hablar.

El hombre de la garita, de quien sólo se apreciaba la silueta, esperó varios segundos.

—¿Qué sucede?

—No lo sé, no lo sé... Calma, ¿vale?

Pasaron unos segundos hasta que el guardia lo reconoció. Mauro sonrió. Los engranajes de la puerta giraron y la plancha metálica se desplazó hacia atrás.

Gutiérrez respondió hincándole el cañón para que le doliera.

—Estás sobre aviso.

Después retiró el arma.

* * *

Lejos de lo que esperaban, el interior no era más que una gran vivienda con aspecto de discoteca de pueblo y un gran número de habitaciones cerradas. Hombres y mujeres, vestidos de un modo informal, bebían, hablaban y bailaban en la pista de baile. Nada parecía extraño y toda conversación resultaba sospechosa. Rojo se sintió confundido al ver que nadie parecía estar trabajando.

Pidió una cerveza en la barra a un camarero con cara de pocos amigos y esperó a que alguien se le acercara. Gutiérrez había optado por la entrada de la piscina, para así bordear la casa y ver que había al otro lado. Cuanto más lejos de aquí, mejor, pensó Rojo, mirando hacia la pista de baile.

Puso la atención en un grupo de cuatro, formado por dos hombres y dos mujeres, que caminó hacia una puerta y desapareció por ella.

Cuando levantó la vista para dar un trago a la botella, una mujer y un hombre se acercaron a él.

—¿Estás solo? —preguntó él.

Tenía el rostro arrugado, la piel bronceada y el pelo de color ceniza. Rojo sospechó que debía practicar culturismo, por el color de su rostro, el tamaño de su cuerpo y las líneas que se estiraban bajo la nariz al sonreír. Ella era diferente, unos años más joven que él, pero mayor que Rojo. Llevaba una sortija de casada y tenía el rostro cargado de maquillaje. Entonces el policía se fijó en otros hombres solitarios, por las esquinas del lugar, que esperaban en busca de aventuras compartidas.

Se sintió sucio y deseado, a partes iguales.

Aquello no era para él. Había cometido el primer error.

—Eso parece... —dijo, mostrándose frío, pegando un trago a la cerveza y enfrentándose con hostilidad a la mirada del desconocido.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

Se cuestionó cuánto tiempo insistirían para convencerlo y llevárselo a uno de esos cuartos. Tal vez, Gutiérrez no hubiese desestimado la ocasión, pero Rojo se notaba fuera de lugar. Comenzó a manifestar una violenta repugnancia ante la pareja.

—Agradezco vuestra compañía —dijo sin miramientos—, pero estoy esperando a alguien...

El hombre miró a su compañera con alegría. No pareció entender la evasiva.

—¿Y ese alguien es como tú?

Rojo levantó las cejas, incómodo, y lo enfrentó de nuevo.

—Todo eso depende de cómo se mire.

—Entonces pediremos una copa, si no es inconveniente, claro... —dijo él, mordiéndose el labio inferior. Rojo buscó los ojos de la mujer, pero ella se mostraba igual de entusiasmada, sin importarle demasiado el resultado.

Cuando el desconocido se acercó a la barra, el policía puso la mano sobre la madera.

—Me temo que hoy no.

El tipo se quedó helado, rabioso por la negativa.

—Eres un imbécil.

—Eso me temo.

El desconocido de piel tostada agarró a su acompañante y abandonaron la barra. Cuando desaparecieron, dos hombres fornidos y con cuerpos de gimnasio esperaban detrás.

«Maldita sea, Gutiérrez... ¿Dónde demonios estás cuando más falta haces?»

—Tú —señaló uno de ellos.

Rojo sujetó el cuello de la botella, preparado para golpear, y lo escondió tras la cintura.

—Ya se lo dicho a ellos... Estoy esperando a alguien.

Antes de que tuviera tiempo a levantar el vidrio, la mano de un grandullón le desplazó la cara.

La botella cayó, Rojo se resistió, pero un segundo mamporro en la sien le hizo perder toda la fuerza.

Con los pies a rastras, los dos gigantes se lo llevaron en brazos hasta uno de los cuartos de la planta superior.

Recuperó el conocimiento, aturdido, en una habitación desconocida y maloliente. Era un despacho austero, amplio, aunque sin demasiados muebles. Un escritorio, cuatro pantallas con acceso a las cámaras de vigilancia y una ventana que daba a la parte trasera de la casa. Olía a cigarro cubano, a whisky y a colonia varonil. Notó la presión de las manos de aquellos gorilas sobre sus brazos, tirándole de los hombros, sujetándolo sobre un sillón de escay. Frente a él, un rostro familiar, una mirada hipnótica y oscura. Estaba más delgado que en la foto y tenía una expresión misteriosa. Vestido con una camisa blanca, abierta hasta el diafragma, apoyaba las manos entrelazadas sobre la mesa, con los dedos cargados de bisutería dorada. Del cuello le colgaba un medallón dorado con forma de cabeza humana. Los ojos eran dos piedras preciosas de color magenta. Uno de los porteros arrojó un vaso de agua al policía.

—¿Escocés, inspector? —preguntó, desenroscando una botella de Glen Eagle y rociando el destilado sobre un vaso ancho. Después se lo acercó al policía, pero éste no podía tocarlo—. ¿Qué hace un hombre como usted, en un sitio como este?

Se rio, pero a Rojo no le hizo gracia.

—¿Le conozco de algo?

El hombre volvió a reír. Había algo en su voz que le resultaba muy cercano.

—Tal vez... o tal vez no, al menos, en esta vida. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Rojo miró a los dos grandullones.

—No seré yo quien se lo impida —dijo y echó un vistazo a su alrededor, buscando la forma de salir de allí. Por suerte, aquellos dos imbéciles no se habían dado cuenta de que llevaba un arma encima. Curioso, pensó, pero poco podría hacer si seguían sujetándolo con esa fuera—. Adelante...

—¿Está usted enamorado?

—¿A qué viene eso? —replicó. El hombre encogió las cejas. No era la respuesta que esperaba oír—. ¿Me soltará si le respondo?

—Por supuesto que no —contestó, agarró el vaso de whisky y se lo acercó a los labios. Después se recostó sobre el asiento—, pero hay que estar locamente enamorado para ir tras los

susurros de una mujer que lo detesta.

Tres nombres aparecieron en la cabeza del inspector, pero no se decantó por ninguno.

—A veces lo hago por gusto y otras por trabajo. Deme una pista.

—¡No sea estúpido!

—Entonces no me trate como a uno.

El hombre le arrojó el whisky en la cara. El alcohol le quemó los ojos.

—Es usted un soberano hijo de perra —dijo el policía.

—Decidle que pase —ordenó a uno de sus hombres.

Rojo no podía ver. La puerta del despacho daba a su espalda. Ésta se abrió y unos zapatos rodearon al inspector. El pulso le tembló. Por una vez, no esperaba nada y, al mismo tiempo, su esperanza era mayor que nunca. Los pasos eran firmes, masculinos, por lo que bajó la expectativa de encontrarla frente a él. Para su sorpresa, lo que no imaginó era que fuera a encontrarse con aquella persona.

—Hola, Vicente.

—Contigo, ahora sumo dos cabronazos —dijo el policía, mirando con desprecio a su compañero de trabajo. Quiles, cauteloso, se acercó al escritorio del hombre que dominaba la situación—. Déjame adivinar, ¿eres de los que se esconden en las esquinas?

—Te dije que te alejaras de Forner y de este asunto —respondió Quiles. Iba vestido con ropa de calle, nada adecuada para una noche de fiesta. No obstante, era común en él. Probablemente, su mujer no supiera que estaba allí, así como desconocía la vida paralela que llevaba—. No me hiciste caso. Siempre te has creído más listo que los demás.

—Y yo siempre tuve la certeza de que eras un puerco. ¿Así que tú mataste a esa chica?

—No sé de qué diablos hablas —negó—. Aquí no se ha matado a nadie... todavía.

Rojo entornó los ojos, pero Quiles no vaciló. Decía la verdad y eso lo desconcertó aún más.

—¿Dónde está Rovira?

—Nadie lo sabe. Te has dejado engañar por esa perra de mujer que tiene y mira cómo has terminado —explicó, lamentándose por el triste final—. ¡Te ha utilizado como a un panoli! Y seguro que por cuatro duros...

—¡Basta ya de chácharas! —interrumpió el desconocido del sillón—. No pienso perder el tiempo hablando de la vida de otros. ¿Qué quieres hacer con él, Quiles?

El compañero miró a Rojo, en la silla, golpeado y con el rostro húmedo. Su aspecto era deplorable y eso le sacó una sonrisa al policía. Se alegraba de verlo así.

—Es un colgado, nadie lo echará en falta —comentó, mirándolo fijamente. Sabía que era su oportunidad para quitárselo de la vista—. ¿Qué piensas de la depuradora de aguas? Creerán que se suicidó.

El hombre frunció el ceño y dio un largo suspiro.

—Como quieras, pero tú te encargas de ello... —dijo el hombre, resignándose a aceptar—. No quiero más problemas. Con esto, estaremos en paz, ¿entendido?

La mueca del rostro de Quiles se hizo más larga.

—Venga, lleváoslo —ordenó, finalmente, moviendo los dedos hacia atrás—. Hasta otra vida, inspector.

De pronto, la luz se apagó. No sólo en la habitación, sino en toda la propiedad. La oscuridad provocó un momento de confusión.

—¿Qué cojones pasa?

Rojo se impulsó hacia delante, liberó los brazos y le propinó un fuerte puñetazo en la entrepierna al grandullón de la izquierda. Antes de que el segundo reaccionara, el gancho le rompió la barbilla. La luz de emergencia se encendió, el inspector desenfundó para apuntar hacia Quiles, pero éste ya le estaba encañonando con su arma reglamentaria.

—Nadie escapa a su destino, Vicente —comentó en posición de disparar y con la voz neutra—. Tira el arma y no te hagas el valiente.

—Quiles, espera...

—No tan rápido, listillo... —dijo una tercera voz.

Gutiérrez agarraba de la barbilla al hombre de la mesa, mientras le apuntaba a la sien con su arma.

Cuando Quiles se despistó, Rojo lo empujó contra la pared. La pistola cayó al suelo, pero el inspector perdió el equilibrio y su cuerpo se fue por el hueco de la ventana.

—¡No! —exclamó Rojo, viendo a Quiles caer desde el vacío.

Demasiado tarde, pensó. Medio segundo que duró una eternidad. Se oyó un fuerte golpe. La confusión reinó en la vivienda. Algunas de las parejas salieron del interior de la propiedad, corriendo hacia el aparcamiento y abandonando el lugar en sus coches. La cabeza del policía dejaba un reguero de sangre junto a la piscina—. Genial... Nadie escapa, Quiles.

Gutiérrez recogió el arma y apuntó a los guardias.

—¡Fuera!

Disparó al suelo dos veces.

Los dos gorilas se marcharon de allí como gallinas recién liberadas.

—Esperad, esperad. ¿Qué queréis? ¿Dinero? Os puedo dar lo que me pidáis.

Rojo se puso en pie. Le había costado, pero había logrado identificar a ese hombre. Era el tipo de la foto, el mismo que acompañaba a Rovira. Era Cornelio y lo tenía a escasos metros de él, y con su presencia, la verdad que había perseguido.

Se acercó al hombre, lo agarró por la boca y le introdujo el cañón de la pistola.

—¿Dónde está, maldito cabrón?

El tipo balbuceó algo ininteligible.

El inspector le sacó el arma de la garganta.

—¡Eres un jodido enfermo! ¿Te lo han dicho?

—¡Dime dónde está Elsa! ¡Ya!

—¡Ja, ja, ja! —rió a escasos metros de los policías—. ¡Estás acabado, inspector! ¡Dispara de una vez!

Pero fue incapaz de tirar del gatillo. Se escucharon sirenas. Gutiérrez agarró del brazo a su compañero y lo miró a los ojos.

—¡Vamos, Rojo! ¡Déjalo y vámonos!

—¡Hazle caso a tu amigo! —gritó—. ¡Valiente! ¡Dispara ya! ¡Ja, ja, ja!

—Rojo, me cago en tu calavera. ¡Hazlo por tu hijo!

El inspector giró la Star, la agarró por el cañón y le golpeó en la sien con la culata. El impacto apagó aquella mirada oscura, lanzando su cabeza contra la mesa.

Desde lo alto, podían divisar las luces de la ambulancia y del coche patrulla que se acercaban por la carretera. Si se quedaban más tiempo, los detendrían.

—¡Cornelio! —gritó una voz desde abajo.

Corrieron hasta el Ford y arrancaron cuando, al otro lado de la puerta, vieron las luces de colores del zeta.

—Estamos jodidos, Rojo.

23

El apagón de luz había disparado la alarma de seguridad. De manera automática, dieron el aviso a la Policía para que se presentara en la propiedad.

Cuando la ambulancia llegó, fue demasiado tarde para salvar la vida del inspector Quiles.

Perdido era un buen adjetivo para definir su estado. Esta vez, era cierto. Con un policía muerto de por medio, el resto del plan carecía de sentido. Ahora tenían que ocuparse de cómo salir de allí.

Rojo reflexionó sobre las palabras de Quiles, en el interior del coche. Puede que ese depravado tuviera razón y Clara Forner lo hubiese utilizado como un pañuelo de papel, pensó en silencio.

A su lado, Gutiérrez contemplaba con seriedad la escena. Estaba cabreado con él, decepcionado por haberle escuchado demasiado tarde. En unos minutos, la finca de la promiscuidad se había convertido en un corral. Había estado cerca de dejarse llevar, una vez más, y todo por ella.

¿A qué se habría referido con aquello ese chiflado?, se cuestionó.

Una oportunidad perdida.

Toc, toc.

Alguien se acercó al vehículo.

La confusión de los que se habían quedado atrapados allí dentro, además del cadáver de Quiles flotando sobre la piscina, ayudó a que pudieran ganar algo de tiempo.

Rojo se ocupó de hablar con los primeros agentes que llegaron en el zeta, identificándose, a pesar de estar excedido, y con una excusa que resultaba difícil de creer.

—Lo siento, inspector —dijo uno de los agentes, acercándose a él con intención de agarrarlo por el antebrazo—, pero tiene que venir con nosotros.

Rojo dio un paso atrás, resistiéndose al arresto.

—Pero... Tengo que...

—¿Cómo se llama? —cuestionó, olfateando sus debilidades. Rojo era bueno en eso. Sabía cómo desarmar a los de abajo hasta confundirlos por completo. Por desgracia, esa noche no

podría llegar muy lejos con sus talentos.

—Gilabert.

—Pues ya me ha oído, Gilabert —respondió con firmeza, haciendo dudar al subordinado. La confianza en su mirada aumentó, tan pronto como olió la inseguridad en el rostro del chico que tenía delante—. No se preocupe, él viene conmigo. Haga su trabajo y asegúrese de que inspeccionan a fondo toda la propiedad.

* * *

Un nudo le apretaba más y más el estómago. Por sí solas, las dependencias de la Policía Nacional alentaban de que aquello no era Cartagena y sus días de gloria habían expirado.

El interior gozaba de la tranquilidad de un domingo cualquiera: agentes aburridos haciendo guardia, delincuentes callejeros de camino a los calabozos y pobres desgraciados denunciado vejaciones de otros.

Lo reconocieron al entrar. La excedencia había sido un asunto no muy comentado entre los corrillos de los compañeros. Rojo llevaba sólo unos años allí, por lo que no había llegado a intimar demasiado con el resto. En cuanto a Quiles, tampoco se había ganado la mejor reputación del cuerpo. Por desgracia, aquel novato había dado el aviso de inmediato. Cuando las botas del inspector pisaron las instalaciones, el subinspector Guzmán, un tipo bastante más joven que Rojo, con una idea clara acerca del orden y el uniforme siempre planchado, entró a recibirlo. Gutiérrez se quedó atrás, expectante a las palabras que estaban a punto de intercambiar. Rojo esperó en silencio.

—Inspector... —dijo Guzmán, con aparente sueño. Rojo sospechó que lo habrían sacado de la cama para la ocasión, así que no estaría de humor. El subinspector dio un respingo mientras analizaba a la pareja—. Acompañenme por aquí.

Guzmán se mostró serio. Las gafas de pasta redondas del subinspector se le resbalaban por la nariz a causa del sudor, una y otra vez, y las empujaba hacia atrás con el índice. Sabía cómo proceder. Rojo también. Era tan fácil como llamar al Inspector Jefe de la Brigada de Homicidios, o incluso al Comisario. Pero Guzmán, como todos, quería una noche tranquila, sin sobresaltos, y también una oportunidad para mostrar su valía. Rojo debía ser precavido con las palabras. El subinspector tenía un ojo puesto en el hueco que Quiles había dejado libre. Esa noche podía cantar bingo.

Acompañaron al subinspector al despacho que compartía con los inspectores Rojo y Quiles. Se sentaron alrededor de un escritorio y Guzmán les sirvió dos vasos de agua. Después cerró la puerta de la oficina y miró a Gutiérrez con reticencia.

Rojo esperó que su compañero estuviera a la altura de la conversación.

—¿Quién es usted? —preguntó. El bigote del expolicía se tensó. Sus ojos se clavaron en la pata de la mesa. Guzmán volvió a Rojo—. ¿Son amigos?

—Sí.

—Su cara me suena de algo... —comentó. La mirada de Gutiérrez seguía esquiva. El subinspector regresó a Rojo y se cruzó de brazos con un largo suspiro—. Sabe que ha abusado de su autoridad, ¿verdad, inspector? Sobre todo en un momento tan delicado como éste, cuando no puede hacer uso de ella...

—Soy consciente de ello.

—Pero aquí todos somos compañeros —repuso y lo observó atento—. Yo tengo cierta estima por usted. Al menos, no se ha comportado como otros que están por encima.

—Se lo agradezco. Yo también le aprecio.

—Sin embargo el deber está por encima de todo —prosiguió—. Y, como comprenderán, en este momento me encuentro en un conflicto moral y profesional.

—Lo sé.

Gutiérrez gruñó por lo bajo. Guzmán se mordió el labio y se fijó en él.

—¿Se ríe?

—En absoluto, subinspector —respondió, estirándose el bigote. Los ojos del policía se entornaron—. Disculpe.

—Usted también es policía, ¿me equivoco?

La pregunta llegó como un rayo helado. Gutiérrez ladeó la cabeza y miró a su amigo. Decir la verdad o mentir a bocajarro. Todo guardaba sus riesgos y no se encontraba en una situación favorable.

—En efecto... Lo he sido —culminó, dejando en el aire la duda.

Guzmán echó hacia atrás la cabeza, manifestando superioridad.

—Ahora caigo... Usted es Gutiérrez, el valenciano... Conozco su historia y también la fama que tiene, ahora todo cuadra... —dijo, elevando el tono hacia una alegría confusa, para después derrumbarse por la situación—. Maldita sea, esto sí que es una cagada... Por el bien de ambos, más les vale empezar a hablar antes de que descuelgue el teléfono.

Rojo no escatimó en explicaciones. Tras descubrir que el subinspector Guzmán conocía las historias de su compañero, se rindió ante su ayuda. Estaba al corriente de su historial, conocía su humor áspero y su falta de confianza. Con Gutiérrez al lado, unió los puntos. Ambos habían perdido a una hija, aunque fuera por causas diferentes, y eso convertía a Gutiérrez en el pivote entre Rojo y él. En un mundo mayoritariamente masculino, en ocasiones, al subinspector le costaba lidiar con el día a día del trabajo, dejando a un lado el luto que llevaba dentro. Ver a Gutiérrez significaba que la vida seguía, que no estaba solo, a pesar de que desconociera los episodios más oscuros del exinspector.

Pero la empatía se desvaneció tan pronto como empezaron a hablar de lo ocurrido esa noche.

Guzmán no podía obrar milagros, su carrera estaba en juego y el ascenso más cerca que nunca. Por su parte, Rojo supo manejar la situación como un auténtico vaquero. No era el único que había sospechado de las actividades privadas de Quiles, aunque jamás hubiese imaginado que podía llegar tan lejos.

—Siempre me pareció un cerdo, pero también un pardillo —declaró.

El inspector Quiles nunca había caído bien y eso ponía a Rojo en una situación favorable. Con inteligencia, desechó la teoría del odio, dejando a un lado las rencillas que Quiles pudiera tener acerca de él. Verter porquería sobre quien no podía defenderse, sólo lo ponía en una situación peor. Así que optó por hablar de sus sospechas, del rastro que había seguido de Quiles, tras descubrir que aceptaba sobornos de otra gente.

—Es una acusación grave, inspector —remarcó Guzmán, atento a la declaración—. Tendrá que ponerla por escrito.

—Lo sé, pero creo que no me equivoco —dijo, ahora que conocía los detalles—. Tengo buen olfato.

—Lo que necesita son evidencias, no intuición.

Sin mucha consistencia, explicó que habían llegado a la finca gracias a un chivatazo. Se apoyó en que no era una actividad ilegal, ya que no existía ley que prohibiera, de momento, aquel tipo de bares.

—Sentíamos curiosidad —dijo, mirando a Gutiérrez, que se mantenía en silencio y con el rostro blanco como una pared—, pero no es para nosotros.

Guzmán no pareció del todo convencido con la versión del policía. Sopesó algo que los otros no supieron leer en su rostro.

—¿Qué me pueden decir de los dos disparos que se han producido? —cuestionó—. ¿Tienen algo que ver con ustedes? ¿O con el desenlace de Quiles?

—No, que yo sepa —contestó Rojo—. Además, el inspector ha caído desde arriba.

Gutiérrez movió las piernas en un acto reflejo.

Las pupilas de Guzmán se dilataron.

«Mierda. Hablas demasiado».

—Nadie ha mencionado una caída.

Rojo respiró profundamente para calmar su cuerpo, apretó el diafragma y levantó los ojos, asegurándose de que su cuerpo no le fallaría esta vez.

—Es obvio que no se ha resbalado en el borde de la piscina —respondió, aguantando la respiración, eliminando los nervios del vacile—. Sería un golpe de mala suerte... Aunque, cuando toca, toca... Nadie escapa a su destino.

Guzmán le clavó los ojos.

—No tiene ninguna gracia, inspector —dijo, totalmente serio. Una fría distancia los separaba, eliminando la afinidad que habían generado en los últimos minutos. El subinspector se puso en pie, dio un trago a uno de los vasos y sopesó, durante unos segundos, sobre su futuro profesional—. No debería decir esto, pero Quiles tampoco era de mi agrado, así que seré justo y franco con ustedes... Será mejor que se marchen de aquí, por su bien y por el de todos, al menos de momento, antes de que se personen autoridades más importantes que la mía.

—Se lo agradecemos.

—Por supuesto, interrogaremos a los testigos y tomaremos declaración de los detenidos —señaló con claridad—. Por su bien, espero que no tengan nada que ver con lo ocurrido.

—Gracias, de nuevo —dijo y se levantó.

El subinspector se acercó a él.

—No me lo agradezca todavía, inspector —respondió con el mismo temple del principio—. No estoy asegurándole nada, pero es importante llevarse bien entre compañeros.

Rojo conocía ese tono y esa mirada. Guzmán era la viva esencia de esa clase de personas que edificaba su éxito desde el principio. Pasar la noche en vela había tenido su recompensa. Se encontraba más cerca que nunca de subir de rango. Aquella carta la guardaría para más adelante.

Se habían salvado de milagro. Por primera vez en varios días, los dos lograron dormir más de cinco horas seguidas sin sujetar una pistola. Cuando Rojo despertó, sintió una fuerte jaqueca que lo devolvió a la cama. Una vez en frío, las sacudidas de la noche anterior se manifestaron con violencia. Sin darse cuenta, se había visto envuelto en una vorágine de problemas innecesarios. De nuevo, sumido en agujero negro que lo mantenía despierto, ajeno a lo que realmente importaba en su vida.

Desde la cama del dormitorio, observó la puerta abierta y pensó en su compañero. Se preguntó qué diría él de todo lo que les sucedía. Gutiérrez no era un libro abierto a la hora de explicar sus emociones. La noche anterior se había mostrado comedido, algo extraño en su forma de ser. De regreso al apartamento tampoco había mencionado una palabra, ni siquiera una queja, acerca del encuentro que habían tenido con el subinspector Guzmán. Él no era nadie para meter el morro en las decisiones profesionales de Rojo. Ya no lo era. Y ese subinspector, con ansias de convertirse en comisario, les había ahorrado un mal trago.

Se incorporó como pudo y apoyó la cabeza sobre la pared. Le dolía horrores. Las aspirinas estaban demasiado lejos. Entonces pensó en ella, en Clara Forner, en lo imbécil que había sido.

Todo habían sido pérdidas, de dinero, de salud, de trabajo...

Rojo se dio por vencido.

Algunos asuntos había que dejarlos a medias y éste era uno de ellos. De lo contrario, sería él quién terminaría consigo mismo, sin llegar a una conclusión. Lo sintió por Rebeca, aunque no por Rovira ni por su extinto compañero. Volvió a pensar en Elsa, en las palabras de ese corrupto y un fuerte dolor le atravesó el esternón.

Salió de la cama, arrastró los pies por el pasillo y reconoció la fuerte colonia de su compañero. A medida que se acercaba al marco de puerta, oyó un movimiento.

—¿Gutiérrez? —preguntó con voz ronca. Cuando llegó al umbral, vio a su amigo de espaldas, vestido y metiendo la ropa doblada en el interior de la bolsa de equipaje. Al escuchar la voz de Rojo, cerró la cremallera de un tirón—. ¿A dónde vas?

—Me largo a Santander.

—¿Qué?

—*C'est fini, finito.*

—No entiendo nada...

—Esto ha terminado, *amic meu.*

* * *

Estaba decidido a hacerlo. Gutiérrez se marchaba, tiraba la toalla y lo abandonaba a su suerte. Puede que la vida no le hubiese tratado tan bien como a Rojo, dentro de las comparaciones. Quizá por esa razón sabía cuándo era necesario dar un paso atrás. Ahora daba el suyo, o estaba a punto de hacerlo.

Por su parte, Rojo no quería que se marchara, no de ese modo. Había sido un reencuentro brusco, después de años de silencio, de una llamada que nunca se atrevía a hacer. Forner había sido la causa de su regreso, a cambio de una suma de dinero. Rojo le había hecho una promesa, le había invitado a trabajar, de nuevo, juntos. Y sólo le había traído más quebraderos de cabeza. Pero Gutiérrez jamás le reprocharía nada durante toda su estancia.

Los tipos duros no se quejan, decía a menudo.

Y así era, o así quería que fuera.

Rojo, en calzones y con una camiseta interior blanca, miró extrañado la silueta del exinspector.

—Ya me has oído. Me largo, me marchó de aquí —repitió, terminando de colocar la almohada de la cama—. Hemos tocado fondo.

—No te puedes ir así.

Gutiérrez se giró y agarró su cazadora.

—¡Ja! Ya lo creo que sí.

—¿Y el dinero?

—¿El dinero? ¡Al carajo! —bramó—. El dinero se puede conseguir en cualquier parte. Vida sólo hay una y, lo que me queda de ella, no quiero pasarla entre barrotes. ¿Sabes cómo tratan a los policías en la cárcel?

—¿Qué hay de aquello de no rendirse jamás?

Gutiérrez se rio con nostalgia.

—Eran otros tiempos, Rojo. Ahora veo las cosas de otra forma. No hay más pelea cuando se ha terminado el combate... A veces ganas y otras pierdes. Asúmelo con deportividad.

—¡Joder, Gutiérrez!

—¡Ni joder, ni jodó! —exclamó, abriéndose paso para cruzar el pasillo. Luego caminó hacia la cocina, dejó la bolsa de equipaje en la puerta del apartamento y preparó una cafetera para los dos—. Antes de venir, estaba convencido de que no habías superado ni la mitad de tus problemas, pero te repito que estás de mierda hasta los sesos.

No le faltaba razón.

Rojo se sentó en la silla de la cocina. Gutiérrez puso la cafetera sobre el fuego. Después sacó un cigarrillo de un paquete aplastado y lo prendió.

—Encontré una cinta... —dijo Rojo, recordando sus momentos más oscuros—. Era sobre los Hermanos del Silencio.

—¿Otra vez con eso? *Mare mea*...

—Elsa salía en ella. Primero hacían una ceremonia, después aparecían todos... ya sabes.

Gutiérrez lo miró de reojo, como un perro al escuchar su nombre.

—No, no lo sé —contestó y oyó el gorgoteo de la máquina de café. Se acercó al fuego, apagó el gas y vertió el café en dos tazas—. Toma, te hará bien.

—Me recordó a ese lugar en el que estuvimos anoche...

—Por eso guardabas la foto.

—En efecto —dijo con gran pena. Estaba confundido. Odiaba darle la razón de nuevo a su amigo—. Sé que le lavaron el cerebro cuando entró en esa secta, y que ahora la utilizan para mercadear con su cuerpo... Por eso pensé que ese cerdo me daría las respuestas que busco. ¿Oíste lo que me dijo?

Gutiérrez alzó la taza, se mojó los labios y comprobó que el café aún estaba caliente.

—No dijo nada —respondió—. Se refería a esa mujer, Forner... Tú problema es que lo interpretas como te da la gana y todo lo asocias a la madre de tu hijo.

—Eso no es cierto...

—Sí, sí que lo es.

—¡No!

Gutiérrez dio una palmada contra la mesa.

Rojo se sorprendió.

—¿Has visto cómo te pones cuando hablas del maldito asunto? —preguntó con voz sosegada, sacando el cuello como una tortuga—. ¡Espabila, coño! Se te va la cabeza, Rojo. Necesitas ayuda o terminarás siendo presa de tu propia pesadilla.

—Estás acusándome de algo muy grave.

—Te estoy hablando como un amigo —respondió sin alterarse—. No lo ves, no porque no quieras, sino porque no puedes. Es difícil perder algo que amas, pero todavía más dejarlo marchar para siempre. Alguien tiene que estar aquí para darte un buen sopapo... Anda, déjame la foto.

—¿Qué?

—La fotografía —dijo, insistiendo con la mano—. Déjame echarle un vistazo.

—Un momento... —contestó, caminó hacia su chaqueta y sacó la fotografía del bolsillo interior. Estaba arrugada y deteriorada. Se la entregó, se sentó en la silla y esperó—. ¿Y?

—Lo suponía —dijo Gutiérrez, sujetando con una mano la foto y acariciándose el bigote con la otra.

—¿El qué? —preguntó el inspector, desconcertado.

—Que no es ella, carajo.

Las piernas le temblaron.

—No, no, te equivocas...

—¿En serio? —preguntó Gutiérrez y comprobó la imagen—. Ni siquiera se aprecia su rostro. Está desenfocado y sale en la parte de atrás...

—¡Dame esa foto! —exclamó el inspector y se la arrebató.

Después la guardó.

Gutiérrez lo miró apenado y suspiró, pegándole un sorbo al café, rezando para que no todo estuviese perdido.

—Esa chica... —dijo, cambiando de tema—. Esa pobre chica es la que peor parada ha salido de esta situación...

—¿Crees que fue Clara Forner quien encargó matarla?

—No me extrañaría. ¿Quién si no? —planteó—. Las personas somos capaces de cualquier cosa por amor, dinero o poder. ¡Mira dónde estamos! Diablos... Está claro que el cabrón de su marido se pasó de rosca, intentando someter a la mujer a montárselo con esa chica... A veces, una situación así puede, simplemente, generar una discusión de pareja, o ser capaz de desbordar el vaso...

—En ese caso, lo habríamos notado, la habríamos visto.

—Escucha, Rojo. No seas ceporro —replicó, sacando sus cábalas—. Ese encargado no fue porque no pudo estar allí cuando te atacaron. Descartamos a los dos gorilas de los Balcanes porque estaban con él en la puerta del club... Además, tú dices que te golpeó alguien con poca fuerza... Todo apunta a esa mujer en cada momento... Y nosotros como imbéciles, mirando hacia

otra parte. No quiero exagerar, pero tampoco me sorprendería que se hubiese cargado al marido, ¿me sigues? A él por cabrón y a ella para que se calle.

—Pero fue un hombre, no una mujer —remarcó—. Estoy seguro de eso. Olí su fragancia...

—Lo haría para despistar, lo cual, tiene sentido.

—No, no... —dijo Rojo y comenzó a recordar detalles que había pasado por alto—. La mañana que fui al club, me crucé con el coche de esa mujer antes de salir... Ahora que lo recuerdo, ella nos dijo que el chófer se encargaba de llevar a la familia a todas partes, así que probablemente también estuviera al corriente de las actividades de Rovira y de lo que hacía. Eso me lleva a sospechar que...

—La mañana que Rovira le dijo a ese Mauro que no fuera por la oficina —añadió Gutiérrez, concentrado en la conversación—. ¿Estás pensando en lo mismo que yo?

—Me temo que sí. ¿Sigue en pie lo de marcharte?

—Vístete, anda —dijo y se puso en pie—. Por suerte, en esta vida hay muchos autobuses que van a Santander.

La pareja salió disparada hacia el vehículo. En esta ocasión, no habría tiempo para visitas turísticas ni paseos con vistas al mar. El Ford Sierra cruzó la nacional que atravesaba Alicante e iba directa al Campello.

Cómo no se habría dado cuenta de aquel detalle, pensó el inspector cambiando las marchas con fuerza. El maldito chófer, el amante de Forner y la marioneta de sus movimientos. Ellos dos habían articulado aquella treta desde el principio. Estaba convencido de que Forner se desharía de él, como había hecho de su marido, quedando impune y recogiendo los frutos de una venganza bien planeada. Pensándolo en frío, era una jugada inteligente que había salido redonda y sin fisuras.

¿Quién iría a creer a un inspector como Rojo? ¿Y a un chófer sentimental? Cada elemento, cada personaje de aquel particular acertijo, representaba a lo más mugriento de la sociedad. Y ella, a pesar de ser una mujer sin derecho a opinar, tenía dinero y la fortuna de haberse mantenido siempre a la sombra del marido. El CNP se alegraría, Hacienda también. Clara Forner se convertiría en la víctima de un fraude, la viuda de un corrupto. Su hija tendría motivos suficientes para odiar a su padre.

A medida que se acercaban a la residencia de los Rovira, los cabos se ataban con más fuerza. Rojo se martirizaba a sí mismo, ahora consciente de que la mujer no había dado señales de vida en las últimas horas.

—Hemos pecado de principiantes, Gutiérrez —dijo enfurecido, conduciendo con brusquedad.

—Esto aún no ha acabado —respondió el compañero, agarrándose al sujetamanos de la puerta—. Relájate, que nos queda aún mucho día por delante...

—¿Y?

—Pues que deberíamos recuperar lo que nos debe... y un poco más, si cabe.

Al fondo de la calle vislumbraron la entrada metálica de la finca. El coche se subió a la acera, Rojo quitó las llaves del contacto y los dos hombres abandonaron el vehículo preparados para entrar en acción. Rojo se acercó a la puerta y tocó el timbre repetidas veces.

—¡Mierda! —exclamó al ver que nadie abría, y al mismo tiempo se extrañó de que el perro no

había acudido a la llamada—. Un momento...

Miró a ambos lados de la calle, tomó impulso y saltó el muro de ladrillo que limitaba la propiedad.

Después abrió la puerta desde dentro.

—Dios mío... —dijo Gutiérrez, atónito al ver al animal tirado en la senda de adoquines, bañado en un charco de su propia sangre.

—¡Inspector! —exclamó una voz femenina, ahogada, desde el interior de la casa.

Era Clara Forner.

En un acto reflejo, sacaron las armas y se miraron. No disponían de demasiado tiempo. Después comprobaron que el coche de la familia no estaba aparcado en el interior del jardín. Se habían anticipado a su llegada. Temieron que algo había salido mal.

—¡Ayuda! —exclamó de nuevo la mujer, quebrada, carente de energía.

Conmovido por la llamada de socorro, Rojo echó a caminar, pero Gutiérrez lo frenó, agarrándole del hombro.

—Lleva cuidado, Vicente —avisó el compañero—. Puede ser otro engaño...

—Entonces le llenaré el pecho de plomo.

* * *

No fue necesario abrir fuego. Cuando llegaron a la puerta, encontraron a la mujer tirada en el suelo del pasillo, con el rostro manchado por las lágrimas y el maquillaje corrido, y el vestido rasgado tras un fuerte forcejeo. Las espinillas de Clara ya no eran brillantes y finas, sino que estaban magulladas, así como su rostro, el cual presentaba un hematoma bajo el ojo derecho.

La ayudaron a levantarse y la llevaron hasta el salón. Después la dejaron en el sofá. Gutiérrez le ofreció un vaso de agua para que se recuperara. Clara Forner apenas podía hablar. Conmocionada y ahogada en lágrimas, respiraba con dificultad.

—¿Y la niña? —preguntó Rojo, antes de conocer lo que había sucedido—. ¿Dónde está tu hija, Clara?

Ella rompió a llorar.

—Leonor...

—¡Sí, Leonor! —gritó él y la zarandeó hasta que el vaso de agua cayó sobre sus piernas—. ¡Contesta!

Forner seguía llorando.

—Cálmate, Rojo —dijo Gutiérrez, apartándolo de la mujer y poniendo un poco de templanza en aquella situación—. Le vas a provocar un infarto.

Rojo dio media vuelta y subió por las escaleras. Buscó a la chica en los dormitorios, pero no la encontró. La única puerta cerrada era la del despacho de Rovira. Furioso, dio un paso hacia atrás y pateó la cerradura. El pomo cayó, no resistió el golpe.

Al abrir la puerta, encontró la habitación desordenada, el cuadro de la pared destrozado y la caja fuerte abierta. Rojo regresó al salón.

—¿Se la ha llevado? —preguntó nervioso—. ¿Ha sido él?

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Dónde está? ¿Adónde ha ido?

—No lo sé... —contestó derrotada, limpiándose las lágrimas, respirando entrecortada—. ¡No tengo ni idea! Él se ha llevado a mi Leonor... Él se ha llevado todo... El dinero, los documentos, todo...

Tenían razón, aunque habían llegado tarde para resolver el enigma. Un secuestro era demasiado para ellos. Ese cretino podía estar en cualquier parte y no disponían de medios para localizarlo. De eso, se tendría que encargar la Policía, por mucho que desearan tomarse la justicia por su cuenta.

El asunto de Rovira les había salpicado demasiado. Jugar a los héroes, les saldría caro.

Sobrepasado, Rojo se echó las manos a la cara.

Gutiérrez se acercó al mueble bar y sacó una botella de whisky. Se sirvió una copa, agarró uno de los cigarrillos del paquete y lo encendió.

La mujer no podía pronunciar una palabra.

—Tienen que ayudarme, se lo ruego...

—Y ahora es cuando usted nos dice que no tiene nada que ver en todo esto... ¿Verdad? —preguntó Gutiérrez, acercándose a ella y levantándole la barbilla con el pulgar. Cuando vio su mirada dolida, sonrió—. Será mejor que nos pongamos cómodos.

* * *

Leonardo, el chófer privado de la familia, no tenía ningún interés en hacer daño a Leonor, la hija de Clara. Más bien, sus intenciones eran las de herir a la madre, hacerle pagar por lo que ella le había hecho a él.

Rojo y Gutiérrez escucharon a Clara Forner cuando recuperó la voz. Reconoció su romance extramatrimonial, como algo sin importancia. Después de todo, su marido hacía lo mismo a menudo. No era un secreto para los dos.

Desde hacía tiempo, la relación se había deteriorado, pero seguía uniéndoles Leonor y eso estaba por encima de sus rencillas personales. Aunque el amor hubiese desaparecido entre ellos, encontraron el modo de funcionar como una pareja unida, al menos, hasta que la pequeña tuviera una edad suficiente para digerir los hechos con madurez.

—Algunas veces, sospechaba que Julián lo sabía, pero no le importaba —explicaba a los dos hombres—. Sé que es difícil de comprender, pero nos queríamos a nuestra manera.

Forner confesó que estaba al corriente de muchas de las actividades ilegales que su marido realizaba en el club, razón por la que ella también poseía una llave de su oficina. Confiaban ciegamente el uno en el otro, a pesar de que ya no estuvieran enamorados.

—Recuerdo una mañana que me dijo que, si un día fallaba —contaba, dejándose llevar por los recuerdos—, nunca llamara a la Policía, siempre y cuando no fuese la última opción... Él tenía un contacto dentro que nos avisaría antes de tomar medidas... Después me explicó el porqué y entendí que, si lo hacía, lo perderíamos todo y también haríamos a nuestra hija una miserable. Era un buen hombre, se lo juro.

—Sin duda, un tipo ejemplar —dijo Gutiérrez—. Dígame... ¿Por qué mató a esa chica?

—Deje de dirigirse a mí como la culpable, por favor.

—Me refería a él.

La mujer lo miró con desprecio.

—Leonardo comenzó a actuar de un modo extraño cuando contacté con usted —explicó, refiriéndose a Rojo—. Lo último que iba a imaginar era lo que había hecho... Me decía todo el tiempo que no me preocupara, que Julián no aparecería porque se había marchado con otra y que él cuidaría de nosotras... Eso fue lo que me llamó la atención.

—Y usted le dio juego... ¿No?

Clara suspiró indignada.

—No quería herir sus sentimientos. ¡Es un crío! —respondió, evadiendo la carga—. Me preocupaba mi marido, si le había pasado algo. ¡Por Dios, señores! ¿Qué creen que hacen aquí?

—¿Ser su muñeco de trapo? —preguntó Rojo—. La última mujer que estuvo con su marido, apareció muerta más tarde.

Los ojos de Forner se encendieron.

—¡Yo no maté a esa chica! ¡Fue él! ¡Ni siquiera le dije dónde trabajaba! ¿Acaso cree que no me siento mal por ella? —cuestionó con el dedo índice levantado—. Mi marido perdió el juicio esa noche... Quería recuperarme, de alguna manera, sin saber muy bien cómo... Algunas parejas lo intentan. Lo nuestro no tenía solución.

—Clara, me cuesta creerla —replicó Rojo—. Nos dijo que no había estado en esa fiesta...

—¡Lo sé y lo siento! ¿Quiere que le cuente los detalles, inspector? —respondió. Rojo dio un respingo y miró a Gutiérrez. A éste no le habría importado—. Se lo pueden imaginar... No fue agradable para ella, pero tampoco para mí... Él quería hacernos felices y yo... yo estaba demasiado bebida. Por suerte, el espectáculo no duró demasiado.

—¿Lo sabía Leonardo? Lo del trío, digo —comentó Gutiérrez.

Ella agachó la mirada.

—Supongo —contestó con brevedad—. Puede que lo notara... días más tarde.

—¿Y usted no vio nada extraño en su comportamiento? Tuvo que hacer algo con los cadáveres...

—¡Y yo qué sé! Leonardo conoce nuestros horarios, trabaja para nosotros... No convivo las veinticuatro horas con él...

—¿Estuvo la mañana del lunes con usted?

—No —dijo ella—. Llevó a Leonor a la escuela y... ¡Oh, Dios mío!

La expresión de la mujer se estremeció en un lienzo de arrugas. Las lágrimas volvieron a humedecer sus ojos.

—¿Se encuentra bien? Le puedo traer más agua...

—Estaba feliz, hicimos el amor como nunca antes... Dios mío, perdóname...

La mujer no podía creer que se había acostado con el asesino de su marido, en la misma cama de matrimonio en la que dormían juntos.

—¿A dónde cree que puede haber ido con su hija? Piense, por favor...

—No tengo ni idea... ¡Pero hay que encontrarla!

La mujer se puso histérica al recuperar la imagen de su hija.

Gutiérrez le acercó el vaso de whisky.

—Beba, le vendrá bien —dijo. Ella dio un trago al licor y él miró a su compañero—. ¿Se te ocurre algo?

Se le ocurrieron muchas ideas, pero ninguna poseía valor.

Intentó ponerse en los zapatos de aquel psicópata que, salvando las distancias, no era muy distinto a él, un hombre herido en busca de atención. Leonardo había matado por amor, por una

relación imposible desde los inicios. Había arriesgado su libertad por una fantasía que sólo existía en su cabeza, sin llegar a plantearse las consecuencias de su final. Y ahora, lo había arruinado todo.

—No la matará —dijo, pensando en voz alta—, al menos, por el momento.

—Eso no me tranquiliza... —contestó ella.

—Intenta llamar su atención, a toda costa. No tiene nada más que perder y el dinero no le sirve de nada, si nunca van a estar juntos...

—¿Por qué piensa eso de él?

—Porque entiendo, de algún modo... su dolor —dijo Rojo—. La llamará, tarde o temprano lo hará, para comprobar que está arrepentida, dolida... para asegurarse de que no es nadie sin él.

—Pero no es cierto, inspector.

—Tiene lo que usted más quiere.

—Ni contigo, ni sin ti... —comentó ella—. Es eso, ¿verdad?

Antes de que el inspector asintiera, el teléfono de la casa sonó.

Los tres miraron hacia la mesilla que había junto a la lámpara, donde estaba el aparato.

—Clara —dijo Rojo, con una mirada feroz—, si quiere salvar a su hija, ya sabe lo que tiene que hacer.

Los tres se acercaron al teléfono. Ella los miró, indecisa, sin saber muy bien cómo hacerlo. Estaba nerviosa, angustiada y sólo deseaba que su hija volviera a casa.

—Respire profundamente antes de hablar con él —sugirió Rojo con voz grave—. Compórtese como si estuviera arrepentida.

—¡Pero no lo estoy!

—Eso no ayuda, Clara.

Le quitó el vaso a Gutiérrez y se bebió lo que quedaba de whisky, de un trago.

Se echó la melena hacia atrás y carraspeó para aclararse la garganta.

Después descolgó.

—¿Sí? —preguntó y pulsó el botón del altavoz para que ellos oyeran la conversación—. ¿Quién es?

Se oía un ruido de fondo, como una niebla que no era interferencia. Rojo sospechó que estaba en movimiento, posiblemente en un coche.

—Soy yo, Clara... —dijo la voz del hombre, enfadada y con un tono acusador.

—¡Leonardo! —gritó ella—. Quiero hablar con Leonor ahora mismo.

—Eso no va a poder ser —respondió sin perder la compostura. Parecía concentrado en una actividad, como si le costara hablar. A esas alturas, podía haber huído en cualquier dirección. Cada segundo que pasaba, él se encontraba más lejos—. Escucha, Clara... Si quieres volver a verla, tendrás que hacer lo que te he dicho.

Gutiérrez miró a Rojo con desdén.

—No puedo, Leonardo —dijo ella y miró a los dos hombres—. El banco se dará cuenta de que algo no va bien. ¡Nadie transfiere tanto dinero de la noche al día!

Al otro lado se oyó un sonido brusco, como si fuera un golpe.

Él chasqueó la lengua.

—Eso no es lo que hemos acordado.

—Por favor, Leo... No le hagas daño. Ella no tiene nada que ver con todo esto... Vuelve a casa, aún lo podemos solucionar. Lo siento, de verdad, esto no tiene por qué acabar así...

—No te entiendo, Clara —replicó él, desconcertado—. Me confundes, ¿sabes? Primero me dices una cosa, luego otra... Me das esperanzas, me las quitas... Todo lo que he hecho por ti, por nosotros, por tu hija, y sigues sin verlo... ¿Cómo quieres que me crea que estás arrepentida? Si siempre te he dado igual. Yo no significo nada para ti.

—¡Eso no es cierto!

—¿Ah, no? Entonces demuéstrame que dices la verdad, que todo esto no es uno de tus teatros.

—De verdad, Leonardo, no me lo estás poniendo fácil... ¿Por qué no vuelves y hablamos?

El hombre hizo otra pausa. Se escuchó un zarandeo y un gruñido al otro lado, como si la chica estuviera amordazada.

—¡No la toques! Por favor...

—Estoy confundido, Clara. Tenía un plan para nosotros, ¿sabes? Empezar de cero, dejarlo todo y poder ser felices, en algún lugar remoto. Ahora ya no tengo nada, ni siquiera a ti... Haz lo que te digo, Clara. ¡Joder!

—Eso no es así. A mí todavía me tienes, Leonardo —dijo ella, intentando mantener la conversación viva. El ruido blanco de fondo pasó a convertirse en el motor de un ferrocarril. Rojo levantó las cejas. El coche se dirigía hacia el sur y se encontraba a la altura de la salida de Alicante—, pero necesitas calmarte y reflexionar sobre lo que has hecho... Te lo ruego, sólo quiero saber que mi hija está bien...

Él se rio.

—Tú lo has tenido todo fácil en esta vida... Es hora de que aprendas cómo es para los demás —respondió con voz represiva—. Consigue el resto del dinero y haz la maldita transferencia. Tienes hasta la puesta de sol... Si quieres volver a verla, Clara, más te vale hacer lo que digo.

* * *

Estaba pidiendo un milagro, una cantidad de dinero que ni siquiera tenían. Fueron las dos horas más largas de la vida de Forner. Leonardo sólo buscaba venganza, que pagara por todo el daño que llevaba dentro. El muchacho, consciente del requisito imposible, sabía que aquella se volvería una pesadilla para su amante.

Clara Forner estaba desquiciada. Rojo y Gutiérrez pensaron que lo mejor sería esperar. De nada les servía que el vehículo se dirigiera hacia el sur, si no tenían ninguna pista sobre su destino.

—Piensa, Clara, piensa, por Dios... —insistió Rojo, por enésima vez, viendo cómo las lágrimas de la mujer le bañaban el rostro—. Tiene que existir algún lugar seguro donde esperar sin ser visto, un refugio en el que se esconda, un cómplice que le ayude... No podrá ir muy lejos con tu hija. En cualquier momento, ella puede buscarle un problema.

—¡No lo sé! —gritó, desesperada y se desmoronó—. Nunca le he prestado atención cuando me ha hablado de él... En el fondo, tiene razón. Nunca me ha importado...

—Un momento —dijo Rojo, interrumpiéndola, recordando una conversación pasada—. La otra vez, cuando le pregunté por su trabajo...

—¿Sí?

—Me dijo que toda su vida había estado rodeado de coches.

Ella lo miró extrañada.

—Sí, bueno... —respondió, restándole importancia al descubrimiento—. Leonardo ha tenido una infancia muy dura. Creció sin padres, con sus tíos, y pasó la mayor parte de su vida junto a su primo y su tío, trabajando en un desguace de coches.

El corazón le bombeó con fuerza al inspector. Se acercó a la mujer y la sujetó por los hombros.

—¿Dónde está ese lugar? —preguntó. Era una pista y su instinto le indicaba que tenía algo de sentido.

Ella intentó recordar.

—No lo sé. Creo que cerca del aeropuerto... ¡No estoy segura!

—Clara —dijo él, clavándole los ojos, acompasando su respiración—. Necesito que te concentres por una vez. Olvídate del dinero, de Leonardo, de tu marido... Hazlo por ella, por tu hija.

La mujer cerró los ojos y respiró profundamente. Movié los párpados en busca de algún recuerdo, de una pista que los sacara de aquel callejón sin salida.

—Ahora que lo pienso... —murmuró—, al principio, se tomaba libre algunos días, cuando mi marido estaba en casa. Decía que tenía que ayudar a su primo, que estaba enfermo y no podía hacerse cargo del negocio. Me contó que tenían problemas económicos y que se habían planteado vender los terrenos a una empresa de aparcamientos, que les

había hecho una buena oferta a cambio de asfaltarlo todo y ampliar el espacio que utilizaban para los coches del aeropuerto. Era lo único que le quedaba de patrimonio, a la familia, y Leonardo se negaba, pero no podía hacer nada...

—La carretera que va de Alicante a Torrellano —intervino Gutiérrez—. Si no ha cambiado el panorama durante estos años, ahí siempre hubo un desguace enorme.

—Con un enorme aparcamiento al otro lado —dijo Rojo, soltó a la mujer y agarró la chaqueta de cuero. Después comprobó la hora—. Si nos damos prisa, aún podremos sorprenderlo.

Ella lo miró, sin esperanza, derrotada.

—Espero que no te equivoques.

El Ford blanco atravesó el pueblo de San Juan por la A70 y dejó atrás la Universidad de Alicante en cuestión de minutos, poniendo el motor a más de ciento treinta kilómetros por hora en la circunvalación que bordeaba la ciudad de Alicante. Entre montañas de tierra, el paisaje árido y seco y la soledad de una carretera de paso, continuaron por la carretera de Bacarot hasta llegar a una gran glorieta. Se estaban aproximando. Desde allí se veían las playas de Urbanova, las instalaciones del aeropuerto y los numerosos aparcamientos privados que había a los alrededores. La carretera se convirtió en una secundaria de asfalto viejo, doble sentido y escasa visibilidad. En la parte trasera, Clara Forner aguardaba nerviosa, con los ojos protegidos bajo sus gafas de sol, los brazos cruzados y el teléfono móvil en la mano. Gutiérrez estudiaba el entorno en silencio. En unos minutos, cada movimiento sería decisivo. Entonces vieron el desguace. No habían tenido noticias de Leonardo después de la llamada y ya habían pasado tres horas desde entonces. Al otro lado de la carretera, había una construcción abandonada, sin terminar, y pintada de graffitis. El asfalto se terminaba, convirtiéndose en un camino de grava y tierra. Una valla de cemento y alambre, protegida por pinos, delimitaba la finca. El sol comenzaba a perder fuerza, pero aún tendrían luz natural durante unas horas. Eso calmó al inspector, consciente de que, allí, a oscuras, la partida podía ponerse en su contra.

Rojo tomó el desvío y dejó el coche bajo dos enormes pinos que hacían sombra en la carretera. Apagó el motor y miró a la mujer por el espejo retrovisor.

—Será mejor que se quede aquí —la aconsejó. A ella no pareció gustarle lo que oyó—. Iremos a dar un vistazo. Puede ser peligroso.

—¿Y si tiene a mi hija ahí dentro?

—Señora, ni siquiera estamos seguros de que hayamos acertado —intervino Gutiérrez, ajustándose el cinto—. Sabemos lo que hacemos.

—No se haga la valiente, Clara —rogó el inspector—. Esto no es un juego, ni una película. La vida real no entiende de buenos y malos, sino de acciones y consecuencias. Si le pasa algo a la chica por su culpa, lo lamentará... Créame, usted no quiere cargar con eso por el resto de su vida.

—Entiendo.

—Si hay algo... grite.

Ella asintió.

Los hombres bajaron del coche y se dirigieron hacia la puerta corrediza de hierro.

* * *

Los dos policías caminaron hacia la valla y observaron por la alambrada que allí no parecía haber nadie. Un montón de viejos coches destartados, comidos por el óxido y calcinados por el sol. Vehículos que, en su día, habían sido flamantes y nuevos, ahora no eran más que chatarra abandonada bajo el sol incandescente.

Al otro extremo del recinto, divisaron varios garajes con las puertas cerradas. Dos de ellos, de gran tamaño, como si fueran los almacenes de una fábrica. En la entrada principal había un portero automático.

Cuando Rojo se decidió a llamar, Gutiérrez le apartó la mano.

—Sigue a tu instinto —dijo el compañero, confiado en que la chica se encontraba en algún rincón de aquel sucio desguace. Entrar allí suponía romper todas las reglas, si es que les quedaba alguna por infringir. Si estaban equivocados, tendrían un problemático malentendido con el propietario de ese lugar. Si habían acertado, salir con vida sería su prioridad.

Rojo tomó las palabras del compañero y no se lo pensó demasiado.

Miraron a ambos lados, para asegurarse de que nadie los veía entrar, y Rojo saltó la verja.

A continuación, Gutiérrez hizo lo mismo.

Una vez dentro, se sintieron desprotegidos, como si hubiesen cruzado una frontera y en aquel espacio sus derechos ya no tenían ninguna clase de validez. La tranquilidad era perturbadora. No había ruidos, exceptuando el de los vehículos que cruzaban la carretera. No existía vida humana, el lugar era perfecto para deshacerse de los cadáveres sin que nadie levantara sospechas.

Un sendero llevaba hacia la entrada, separado por dos bloques de chatarra.

Gutiérrez fue quien marcó el rumbo, adelantándose a su compañero. Caminó en línea recta, despacio, precavido, mirando por las ventanillas de los vehículos, asegurándose de que no les hacían una emboscada. Rojo siguió sus pasos hasta la puerta de uno de los almacenes, por la que sobresalía el morro de una furgoneta blanca. En silencio, sin mentar palabra, el exinspector le hizo una seña para que esperara. A él no lo reconocerían. Dio un vistazo por el furgón, en busca de actividad, y asintió para confirmar que el terreno estaba despejado. Después se acercó a la

segunda puerta. Rojo miró hacia atrás, vigilando su espalda y la entrada que llevaba al segundo desguace.

Cuando Gutiérrez tocó a la puerta, nadie respondió a la llamada.

—Aquí no hay nadie —dijo, dando un respingo.

—Sigamos por el otro lado.

—Como quieras.

Retrocedieron y anduvieron en dirección a la puerta que conectaba con el segundo desguace, hasta que oyeron el ruido de un pasador.

Ambos se miraron.

La gran puerta de acero se abrió hacia adentro.

Del interior salió un hombre vestido con un mono azul y un trapo en las manos. Era enjuto y no parecía peligroso.

—¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó, sorprendido por verlos allí, bajo el sol dorado que, poco a poco, se posaba sobre el horizonte del mar—. ¿Cómo habéis entrado?

—Estaba abierto... —dijo Rojo, adelantándose unos metros a su compañero, dirigiéndose al desconocido. Volvió a sentir un golpe en el pecho. La respuesta no había sido del todo acertada. La mirada de ese hombre manifestaba desconfianza, pero no parecía tener miedo. Eso ponía en alerta al inspector. Gutiérrez se quedó atrás, tomando precauciones, guardando la distancia por si tenía que disparar antes de que atacara a su compañero—. Veníamos buscando a un hombre llamado Leonardo...

Uno de los talentos de Rojo era el de detectar a los mentirosos, y aquel tipo era uno de ellos. Una ligera tensión en su mandíbula bastó para entender que habían dado con él.

El hombre mantuvo la mirada firme, fingiendo seguridad, y se frotó las manos con el trapo grasiento.

—Aquí no hay ningún Leonardo... —dijo sin despegar los ojos del policía y se echó el paño al hombro. Rojo se fijó en el mono de trabajo. Una de sus manos se dirigía hacia la llave inglesa que tenía en el bolsillo trasero—. No deberíais estar aquí. Esto es una propiedad privada y no estamos abiertos al público. Tendré que llamar a la policía si no os vais...

El inspector se anticipó a su atacante cuando éste agarró la herramienta de hierro. El brazo se alzó, Rojo le arrebató el arma y le propinó un golpe certero en la cara. El mecánico cayó al suelo, desmayado y bocabajo.

—¡Rojo! —gritó Gutiérrez.

Una furgoneta que se hallaba en el garaje se puso en marcha y aceleró hacia el inspector para arrollarlo. Rojo se echó al suelo y rodó levantado una polvareda. Gutiérrez apuntó contra el cristal, pero no llegó a disparar.

—¡Es él! —gritó el inspector—. ¡Maldita sea! ¡Síguelo!

La puerta de la furgoneta se abrió, Leonardo bajó del coche y corrió hacia el interior del almacén.

Gutiérrez se acercó al compañero.

—¿Estás bien?

El mecánico respiraba. Rojo rompió el trapo en una tira y le ató las manos.

—Esto lo mantendrá ocupado un rato... —contestó y se puso en pie—. La chica está ahí dentro.

Era un olor repugnante y denso. Estaba oscuro y las ventanas no permitían que entrara la claridad. Por el sonido de las pisadas, Rojo calculó la profundidad del lugar, guiándose por las ventanas opacas que había en lo más alto, y el resplandor de la puerta.

—Si entramos, somos carne picada —dijo Gutiérrez y miró hacia el cielo—. Encima está anocheciendo...

Rojo golpeó la puerta metálica con la llave inglesa.

—¡Leonardo, estás acorralado! ¡Deja a la chica libre y ríndete!

Pero nadie respondió.

—Joder, Rojo. ¿Es lo mejor que tenías?

De imprevisto, unos pasos cruzaron el abismo del interior.

—¡Leonardo! ¡Aquí me tienes! —gritó Clara Forner.

Rojo intentó apartarla, pero ella se negó y se dirigió al centro del almacén. Gutiérrez aprovechó la ocasión y buscó un interruptor en la pared. Las luces del almacén se encendieron. Los dos apuntaron en todas las direcciones posibles, buscando un objetivo en movimiento. El interior era enorme, difícil de supervisar. Frente a ellos, había dos puentes elevadores de coches y dos bancos de trabajo. Un montón de puertas se amontonaban junto a un par de columnas de neumáticos viejos. Los tubos del techo parpadeaban. Al fondo, tras las ruedas, se veía la entrada de lo que parecía un taller de pintura, protegido por una cortina de tiras de plástico transparente.

—¿Estás loca? —preguntó Rojo en voz baja tras ella.

—Estoy desesperada —dijo, mirándolo por el rabillo del ojo—. Quiero recuperar a mi hija. ¡Leonardo!

Pero el muchacho no respondió hasta segundos más tarde, cuando apareció de detrás de la cortina, con una pistola apuntando a la cabeza la chica. La sujetaba por el cuello, a la altura de su pecho, y la movía con cuidado. Ambos tenían un estado lamentable, pero ella llevaba el uniforme del colegio manchado de sangre.

La madre se estremeció al verla.

Gutiérrez y Rojo apuntaban al objetivo, desde la entrada.

La mirada dilatada del chófer lo decía todo. Su rostro estaba cambiado. Atrás quedaba el chico sumiso con expresión relajada. Los nervios lo estaban destrozando. Nunca era fácil asimilar el final de una historia.

—No tienes el dinero, ¿verdad, Clara?

—Te dije que era imposible, Leonardo...

—¡Serás zorra! —exclamó y ahogó con el brazo a la chica. Leonor apretó los ojos, muerta de miedo y de dolor—. ¿Por qué nunca me tomas en serio?

—¡No le hagas daño, por favor! —suplicó, estirando la mano.

—Ni un paso, Clara... Ni un paso o puedes despedirte de ella... —la amenazó y miró a Rojo—. Lo prefieres a él, ¿verdad? Lo sabía, mira que lo sabía...

—No seas infantil.

—¡Deja de decirme eso! ¿Te lo has tirado ya? He visto cómo le miras... Dime, ¿te lo has tirado ya, Clara? —preguntó, nervioso, oscilando el cañón por la sien de la niña—. ¿Vas a hacer lo mismo con él cuando encuentres a otro?

Rojo miró a Gutiérrez, que estaba concentrado en la puntería. Sabía que no podía hacerlo. Había perdido práctica a causa del alcoholismo. Sus reflejos no eran los mismos que los de hacía años. Una bala era todo lo que necesitaban para causar desconcierto, derribar al chico y salvar a la hija de Clara Forner. Si algo fallaba, aquel desgraciado no dudaría en tirar del gatillo.

—Leo... Por favor...

—No me llames así. ¡Nunca más!

Clara dio un paso al frente. El chófer levantó el arma y cambió de dirección. Ahora estaba apuntando a la mujer.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó ella, desesperada, aunque firme. Su voz rota mostraba el estado en el que se encontraba. Una madre dispuesta a renunciar a su vida, por salvar la de su hija—. Tómame a mí, haz lo que quieras conmigo, pero déjala a ella, te lo ruego... Leonor no tiene por qué ser parte de esto...

Clara acortó distancias, dando varios pasos al frente.

La adolescente aprovechó la distracción y mordió la mano del secuestrador.

—¡Ah! —gritó Leonardo, desprevenido.

La chica se soltó e intentó huir.

Él le disparó a la espalda, pero falló en el tiro.

—¡Leonor! —gritó la madre, ahora frente a él.

Los pasos de la niña se perdían entre los montones de chatarra.

Rojo y Gutiérrez se apartaron y apuntaron al chico, pero Clara estaba en medio.

—¡Tú! —gritó él, mientras caminaba hacia ella y la agarraba del pelo para usarla como escudo—. ¡Eres una furcia!

—Hazte cargo de ella —murmuró Rojo a Gutiérrez. Éste asintió y desapareció con sigilo.

Rojo se escondió, entre una pila de neumáticos, de espaldas al chófer y a Clara, pero aún podía verlos.

—¿Sabes, Clara? Si no salgo de aquí, tú te vienes conmigo...

—¡Déjame! —gritó la mujer, intentando deshacerse del brazo—. Has perdido la cabeza, Leonardo. Tú no eres así...

—Yo sólo soy un corazón roto, herido por los pasatiempos de una mujer.

—¡Sabías que esto no iba a ir lejos! ¡Julián era mi marido!

—Me prometiste que si no hubieses estado casada con él, todo habría sido diferente...

—¡Pero nunca te pedí que lo mataras! ¡Ni a él, ni a esa chica!

—Eres repugnante, Clara... —soltó con desprecio—. ¿No lo entiendes? Lo hice por ti... Tú misma dijiste que esa chica debía estar muerta.

—¡Era una forma de hablar! —exclamó la mujer y le propinó un codazo en el estómago.

El amante se echó hacia atrás a causa del dolor. Clara intentó escapar, pero el golpe no fue suficiente. Lorenzo disparó. El proyectil alcanzó a la mujer, pero sólo le rozó el brazo.

Ella gritó y cayó al suelo, más asustada que herida. De nuevo, el chico volvió a intentarlo.

Rojo se giró, apuntó a la pierna del chófer y abrió fuego.

Se escuchó otro estrépito y un grito.

La bala le había atravesado el muslo izquierdo.

El chico cayó al suelo, aunque no se rindió. Volvió a disparar, esta vez contra el inspector, hasta tres veces, sin éxito alguno. El cargador se le vaciaba. Los proyectiles se incrustaron en la chapa. El muchacho se arrastró por la puerta que llevaba al taller de pintura, dejando un reguero de sangre que pisaba con los zapatos.

Agachado, Rojo se acercó a Clara, que seguía paralizada por el miedo y el estrés de la situación.

—No es nada —dijo para tranquilizarla, comprobando la quemadura—. Corre hacia fuera, yo me ocupo de él.

—¡Inspector, espere! —Le tiró del polo y se acercó a sus labios. Después lo besó—. Gracias...

No lo esperó y tampoco le disgustó esa clase de agradecimiento. Con una ligera sonrisa, se puso en pie, saboreando la textura de aquellos labios carnosos. Agarró el arma con las dos manos y siguió el rastro de sangre por la cortina que daba al taller.

Los tacones de Clara Forner dejaron de hacer eco entre las paredes. Estaba a salvo, puede que junto a su hija y Gutiérrez. Rojo podría haber hecho lo mismo, dar un paso atrás, abandonar el desguace y olvidarse de todo. Seguro que Forner los recompensaría de alguna manera. Pero tuvo que continuar. Había llegado demasiado lejos como para dejar la partida a medias. El amor desmesurado, su proteccionismo infantil, la violenta reacción... Nada exculpaba a ese lunático de lo que había hecho. La pobre Rebeca estaba muerta y, a pesar de que no fuera un santo, Rovira también. La vida de ninguna persona podía ser dictada por el arrebato de otra.

Para Rojo, Leonardo debía pagar por sus pecados.

Cruzó la cortina de plástico y se encontró ante un segundo taller, con dos elevadores y pistolas de pintura conectadas a sus respectivas mangueras.

Más neumáticos, más escombros y más desorden.

Observó el escenario. Era espacioso, por lo que dificultaba la maniobra. Pensó en negociar con él. Eso lo entretendría y le ayudaría al inspector a conocer su paradero, pero no era una buena idea.

Dio algunos pasos al frente, bordeó el estante de las mangueras y estudió la única salida que daba al último cobertizo. La puerta estaba cerrada con cerrojo, por lo que intuyó que el chico estaría allí dentro.

«Aguanta, está herido. No puede ir muy lejos».

Oyó un jadeo procedente del otro lado de la maquinaria. Miró alrededor, pero no percibió ningún movimiento.

«¿Dónde estás, cabronazo?».

—No te muevas... —dijo, jadeante, la voz desde atrás. Rojo cerró los ojos—. Tira el arma... y levanta las manos...

El inspector hizo lo que le ordenó.

—Aún puedes salvarte, chaval... —respondió de espaldas, intentando encontrar algún reflejo que delatara su posición—. Estás herido, pero sobrevivirás si te largas a tiempo... No seré yo quien te lo impida...

—Vete al cuerno, inspector... —contestó, haciendo esfuerzos por hablar con normalidad. El dolor lo consumía. La pérdida de sangre lo debilitaba y su respiración era pausada. Puede que ya estuviera pálido y desvalido, pero aún podía meterle un balazo por la espalda—. Te crees un héroe... ¿Verdad?

—Baja el arma, coge el dinero, lárgate...

—¿No tienes... interés en saber... por qué... los maté?

—Es suficiente con el hecho de matarlos... No necesito una explicación.

—Rovira... Ese desgraciado... iba a abandonarlas... Ellas eran su familia... ¿Entiendes? Yo evité que lo hiciera...

—Estás delirando, chico...

—No... en absoluto. Rovira estaba arruinado... y lo iban a meter en la cárcel veinte años... —continuó. En un cristal, Rojo lo vio apoyado contra la pared, en el suelo, con el arma apuntando contra él y el brazo apoyado en la rodilla. Tenía una pierna flexionada y la otra estirada sobre la superficie. Supo que le quedaba bien poco. Debía evitar que disparara—, así que se iba a marchar a Panamá... con esa chica... la camarera...

—¿De dónde te sacas eso?

—El inspector Quiles..., el mismo que te delató..., estaba al corriente de lo que iba a suceder... Fue él quien le avisó para que se marchara, antes de que el juez... ordenara su detención...

—No sé por qué, pero no me asombra.

—Ese lunes..., yo no tendría que haber estado allí, escuchando al otro lado de la puerta... Yo no tendría que haber bajado esas escaleras, pero lo hice... porque me harté de esperar en el coche, creyendo que le había sucedido algo a Rovira... —dijo, cada vez con más dificultad—. ¿Se imagina... cómo habría cambiado... la historia? Hice lo que un hombre haría... por amor...

—Estás chalado. Ni siquiera son tu familia.

—¡Pero podrían haberlo sido! —exclamó y se lamentó—. Ellas merecían más, una vida mejor...

A rey muerto, rey puesto, pensó el policía.

—¿Y la chica?

—La chica lo iba a contar todo... No podía permitir que les hundiera la vida... de un modo tan rastrero.

—Entiendo... —dijo Rojo, haciendo tiempo, esperando a que no pudiera sostener el arma—. ¿Qué hiciste con ellos?

El chico se rio, pero un ataque de tos lo detuvo.

Empeoraba por segundos.

El tiempo se les acababa.

—A él lo traje aquí, cuando salió de la reunión... Lo interrogué, primero me dijo que estaba acabado..., después me dijo que me daría lo que le pidiera... El muy imbécil desconocía que..., lo único que quería, lo tendría cuando él desapareciera... Sobre ella..., ya conoce la historia.

—¿Y los cadáveres?

—Con la chatarra... —dijo y se volvió a reír.

—Eres un maldito enfermo mental —respondió y se giró.

Leonardo levantó el arma, apuntando ahora hacia su pecho. Tenía el rostro pálido como la pintura y las ojeras le llegaban hasta la boca. Temblaba al hablar y respiraba con dificultad. Con la mano izquierda taponaba una herida que tenía muy mal aspecto—. Vamos, dispara de una vez si es lo que quieres.

—No me queda mucho..., inspector... —dijo. Rojo pensó que existía una pequeña posibilidad de salir airoso de la trayectoria de la bala, pero tenía que ser más rápido que él. Vio una puerta de coche apoyada sobre unas cajas. Eso le haría de pared. Antes de saltar, el chófer disparó contra la chapa y la explosión retumbó en el taller, dejando una estela metálica—. ¿Alguna vez... has imaginado... cómo morirías? Porque yo... nunca pensé... que sería así... Adiós.

Se escuchó una primera explosión, acompañada de una segunda.

El inspector intentó protegerse la cabeza y se lanzó contra la puerta. El choque fue seco y notó cómo los huesos de sus extremidades se golpeaban contra el cemento. Cerró los ojos, no sintió nada y esperó unos segundos sobre la superficie. Silencio, paz y olor a quemado. Cuando recuperó la visión, movió las piernas y las manos. Pensó que sería la adrenalina, pero estaba confundido.

Se levantó y volvió a mirar al chico, ahora de frente.

Su mano aún sujetaba la pistola, pero su corazón había dejado de latir.

Tenía el rostro morado. Los dos balazos le habían perforado el cráneo lateralmente.

Oyó el traqueteo de los zapatos y vio la silueta de su compañero.

—¿Cuánto tiempo llevabas ahí? —preguntó Rojo, aún con el corazón a cien por hora.

—El suficiente como para saber cuando poner punto y final —respondió y ayudó a su compañero a levantarse del suelo—. Ahora sí, Rojo... Es hora de no mirar atrás.

La noche refrescó la temperatura, levantando un viento molesto. Antes de poner cierre a esa historia, Rojo pensó en su última jugada. El mate que daría fin a su partida y a la de todos.

Gutiérrez llevó a Clara Forner y a su hija hasta el aeropuerto. Allí alquilarían un coche para regresar a casa.

Los faros de un Volkswagen Golf GTI alumbraron el camino de tierra. Rojo esperaba bajo el mismo pino en el que había aparcado al llegar al desguace. Sin embargo, ahora su cita era con otra persona.

El vehículo alemán se desvió de la carretera, tomando el camino de tierra y deteniéndose junto al inspector. El conductor paró el motor y las luces y bajó a su encuentro. Cerca de la medianoche, pocos eran los vehículos que cruzaban la carretera secundaria en dirección a Elche o Alicante.

La silueta se acercó a él y encendió un cigarrillo.

El botón rojo se iluminó en la penumbra.

Después le ofreció el paquete al inspector.

Éste estuvo a punto de negarse, pero lo aceptó.

Había sido un día largo y estaba a punto de tomar una drástica decisión.

—Tú dirás, Rojo —comentó Guzmán, sin formalismos. Llevaba una parca impermeable de color verde militar y unos vaqueros.

Rojo pensó que, una vez comenzara a hablar, no podría retractarse. Así que le le contó la historia sobre Rovira, su esposa, la joven amante y el chófer de la familia. Una verdad a medias que sólo el conocía, pero que a ninguno de los dos interesaba conocer en profundidad. A cambio: un pacto de lealtad. Guzmán se mostró abierto.

El inspector le explicó cómo Quiles había ido tras él para quitárselo de encima. La excedencia sólo le había servido para sospechar todavía más de sus actividades. Guzmán escuchaba atento, fumando el cigarrillo y asintiendo con la cabeza, sin necesidad de derribar los argumentos que el inspector ponía sobre el tapete. Después le habló del resto, de su implicación con Clara Forner, de la chica desaparecida y de cómo aquel asunto había estallado en mil pedazos, como la metralla de una granada de mano, acribillando al que se pusiera por medio.

—Los cadáveres de Rovira y la camarera están bajo la chatarra... en alguna parte —señaló Rojo, pegando una bocanada y tirando el humo, que se convertía en una nube blanca en el aire—. No te puedo decir dónde, porque no lo sé... El cadáver del chófer lo encontrarás en el taller de pintura.

—Entiendo... —dijo Guzmán, lanzando la colilla al suelo y aplastando lo que quedaba de las brasas—. No sé, Rojo... Este asunto se ha vuelto muy turbio en los últimos días.

—Te lo estoy poniendo en bandeja... Ahora mismo tienes todo lo que necesitas y yo estoy dispuesto a ponerme de tu lado —dijo el inspector, expectante a su respuesta—. Tú abres la investigación, resuelves el caso, te llevas los aplausos de la comisaría y te ganas el ascenso a inspector... Seremos compañeros cuando cumpla la excedencia, pero estaré en deuda contigo de por vida.

Guzmán parecía indeciso. Todos serían cómplices de la corrupción.

—¿Así es cómo lo hacíais antes? —preguntó, refiriéndose a la vieja escuela que había sufrido el terror de los años noventa.

—Eran tiempos complicados en los que defendíamos a un Estado que nos daba de lado... Teníamos que protegernos... Algunos teníamos un código que ya se ha extinguido —respondió y apagó su cigarro en el suelo—. Otros se limitaban a cumplir órdenes y a no salirse del patrón.

Guzmán mantuvo la mirada y frunció el ceño. Rojo no vaciló, pero no estaba del todo convencido de la actitud del subinspector.

Le ofreció la mano.

El subinspector la miró y se la estrechó con firmeza.

La tensión se disipó.

—Antes has mencionado algo sobre el primo de ese muchacho... —dijo, refiriéndose al dueño del desguace—. ¿Qué ha pasado con él?

Los labios de Rojo se estiraron hacia un extremo, dibujando una sonrisa confiada.

—No tienes que preocuparte ahora de eso... No supondrá un estorbo en tu carrera.

* * *

Hacía frío y estaba completamente oscuro. Los faros del Ford entraron en el camino pedregoso, rodeado de pinos, que llevaba al mirador del Faro de Santa Pola. Por la radio, Neil Young cantaba *Down by the River*. El vehículo estacionó a escasos metros de la plataforma que separaba el mirador del vacío. Gutiérrez apagó el motor, empuñó la pistola y se bajó del coche. No podía

dejar de darle vueltas a lo que Leonor le había contado, antes de despedirse de ellas en el aeropuerto.

Abrió la puerta trasera, agarró del pescuezo al hombre del mono azul y lo sacó del vehículo.

Tenía miedo, se movía con torpeza y llevaba los ojos y las manos vendadas.

—Camina —ordenó, dándole un golpe con la punta del cañón.

—No me hagas daño... por favor... —suplicó, acongojado.

El expolicía lo empujó hasta el final del camino.

Delante de ellos, la luna resplandecía sobre el mar bravo de la noche, que rompía en las rocas que bordeaban la carretera de Santa Pola y Arenales del Sol. La luz del faro, a lo alto, alumbraba la bahía. Las estrellas, estáticas como farolillos, se repartían por el cielo negro. La brisa azotaba sus rostros y el alumbrado de la isla de Tabarca se veía a lo lejos.

—Ahora, haz lo que te diga —dictó Gutiérrez y le levantó la venda de los ojos. Cuando el hombre observó lo que tenía enfrente, se agitó hacia atrás—. Si intentas algo, fin de la historia.

Volvió a bajarle la venda.

—No, por favor...

—Camina al frente.

—Te lo suplico...

Gutiérrez le asestó una patada por detrás. El hombre avanzó un par de metros.

—Te he dicho que camines. ¡No te detengas hasta que te lo ordene!

El mecánico siguió avanzando. La brisa era más fuerte, así que supuso que el precipicio se acercaba a sus pies, pero no podía ver nada. Después de unos pasos, escuchó la voz de Gutiérrez.

—Detente.

Sus pulmones se encogieron.

El viento les soplaba en la cara. Notó la presencia del hombre, a escasos centímetros de su cuerpo.

—Yo no he hecho nada, se lo juro...

—Un poco tarde para llorar en el purgatorio, ¿no crees? —preguntó, echándole el amargo aliento en la nuca—. La chica me lo ha contado todo... Pensaste que te saldría bien.

—No he matado a nadie...

—Has manoseado a una adolescente, salvaje desgraciado... —dijo Gutiérrez, lleno de impotencia, apretándole la espalda con el arma. Después le deshizo el nudo de la venda de un tirón. El mecánico abrió los ojos y vio el Mediterráneo, infinito, delante de él—. ¡Arde en el puto infierno, cabronazo!

Sin tiempo para reaccionar, Gutiérrez lo empujó al vacío. La voz del hombre se apagó, sin apenas gritar de desesperación. Se oyó un fuerte golpe, como una roca al rodar contra una pared y la noche lo absorbió como si fuera un ente más de su propio entorno. El expolicía suspiró. Un merecido castigo, pensó. Para él, había ciertas cosas que eran indiscutibles.

Buscó el paquete de Winston del bolsillo de su camisa y se sacó un cigarrillo arrugado. Luego lo encendió, pegó una calada mirando al horizonte y regresó al coche.

Los días posteriores se convirtieron en un frenesí de acontecimientos. El subinspector Guzmán estuvo a la altura de lo esperado. La ciudad se despertó con el caso Rovira en los diarios regionales.

La noticia se hizo eco y no tardaron en aparecer nombres que llenaran las conversaciones. Rojo le había dejado el trabajo bien hecho, por lo que su compañero sólo tuvo que hilar un poco los botones de aquella farsa. Julián Rovira, el empresario desaparecido, se convertía en una de las víctimas de un doble asesinato perpetrado por el conductor privado de la familia, Leonardo Miralles, un muchacho ambicioso con problemas mentales. El móvil: los cientos de miles de euros encontrados en el interior de las bolsas de equipaje que la Policía había requisado.

El dinero ayudó a poner fin a las investigaciones, a llenar las incógnitas de los reporteros, a desviar la atención y a encontrar razones para los más incrédulos. A mayor cantidad, mejor argumento para culpar a otra persona. En el fondo, no era un plan nuevo, aunque sí perfecto: robar a la familia para la que se trabaja. Por desgracia, una vez descubierto, Leonardo moriría acorralado en un tiroteo, rodeado de su botín. Su primo, Miguel Miralles, dueño del desguace, cómplice y colaborador, con un expediente policial poco ejemplar, habría preferido acabar con su vida, antes de pasar una buena temporada en prisión. Mientras tanto, los periodistas merodeaban por los alrededores de la finca de los Rovira en busca de una exclusiva, pero Clara Forner había desaparecido del mapa, junto a su hija, hasta que pasara la tempestad. Una operación sin testigos y con un sólo héroe. El subinspector Guzmán se convertía en el rostro más popular de la ciudad por una semana.

En cuanto a los demás, nadie volvió a saber de Mauro, el encargado del bar, que apareció meses más tarde sin vida en Buenos Aires. La familia de Rebeca lloró la pérdida de la muchacha con mucho dolor y pocas respuestas, como la de toda familia que sufre las consecuencias de un psicópata desquiciado. La explicación de la Policía fue que Rebeca, simplemente, había tenido la mala suerte de estar, esa noche, en el lugar y en el momento equivocado.

Por desgracia para Rojo, Guzmán no pudo hacer mucho para retener en los calabozos a Cornelio, el proxeneta y propietario de aquella sala de intercambio de parejas. Cornelio conocía

las fisuras de la ley. Además de contar con su abogado de confianza, durante mucho tiempo, había mantenido una estrecha relación con el inspector Quiles, la mancha negra del cuerpo y el tema del que nadie quería hablar. Después de todo, la intuición de Rojo no había fallado. Siempre reconocía a los lobos que olían como él.

Apoyados en la barra del bar Guillermo, el inspector cerró el periódico, cansado de leer, una y otra vez, los mismos rumores sobre lo ocurrido, y lo dejó sobre la vitrina de cristal.

—Otro café, por favor —dijo el inspector.

—Otro para mí —añadió Gutiérrez, que se encontraba frente a él—, pero con misterio.

El mediodía se acercaba, el interior del bar se llenaba a la hora del almuerzo de quienes trabajaban por los alrededores. Habían pasado varios días desde lo sucedido en el desguace y Gutiérrez no había soltado prenda. Ni rastro del dinero. Ciertos asuntos seguían siendo incómodos para Rojo.

—Lo he estado pensando, Vicente... —dijo Gutiérrez, rompiendo el silencio que esa mañana reinaba entre los dos. Un silencio que estaba lejos de ser incómodo, pues ellos no necesitaban decir nada cuando no existía razón para hacerlo—. Ahora que todo ha terminado... creo que es el momento de regresar a Santander. No tengo muchas razones para seguir aquí... tampoco confío demasiado en que nos den lo nuestro.

Rojo observó sus ojos, brillantes y feroces. Como cualquier otra persona, Gutiérrez seguía incómodo con el final.

—Como quieras —le dijo a regañadientes. No podía obligarle a quedarse en la ciudad, no tenía sentido. Los años habían pasado para los dos y cada uno debía continuar con su vida.

—Sí... He supuesto que dirías eso —respondió sin entusiasmo. El camarero sirvió los cafés—. ¿Qué piensas hacer?

—¿Tengo elección?

—Todos la tenemos.

—A veces pienso que sí —contestó Rojo, desanimado—, otras, tengo la impresión de que estamos predestinados a un fin concreto, de que todo está ya escrito.

—Pues yo pienso que tienes suerte de estar vivo —intervino el otro—, así que más vale aprovecharlo, antes de morir en cualquier rincón sin que te des cuenta... Estamos obsesionados con dar o quitar valor a lo que tenemos, cuando, en realidad, deberíamos valorar lo que somos.

—¿Y qué somos, Nietzsche?

—Sólo sé lo que no somos —contestó, se tomó el café con licor de un trago y dejó la taza en la barra—. Nosotros no somos buena gente... y también sé que no somos más diferentes que un

perro... Algunos nacen con suerte, viven cómodos toda su vida y se mueren en un hogar caliente. Otros, como la mayoría, viven para sobrevivir, trabajando, peleando, riéndole las gracias a su amo hasta que éste se canse de él... Los más desgraciados nacen abandonados... pero ninguno de ellos se salva de morir atropellado por un coche.

—No sabía que tenías un fondo tan filosófico.

—Me gusta leer, de vez en cuando. No sólo novelas de quiosco.

—Ya veo, ya... —dijo el policía y se tomó su café.

Unos segundos después, algo vibró en el bolsillo de la chaqueta de Rojo, que levantó una ceja y miró a su compañero. Después sacó el teléfono móvil y comprobó el número.

—¿Diga?

—¿Pensaba que me había olvidado de ustedes?

—¿Qué esperaba que hiciéramos?

—Tengo lo que acordamos —respondió Clara Forner, al otro lado de la línea—. ¿Ha leído las noticias estos días?

—Más o menos —le contestó—. Es curioso observar cómo la historia puede ser diferente, según el prisma desde el que se mire, ¿verdad?

—Es una situación muy incómoda. No tiene gracia alguna, inspector.

—Eso sí que es una sorpresa.

—Está bien, ¿cuándo podemos vernos?

—Cuando quiera.

—Esta tarde, en el lugar que dijimos en su momento —señaló la mujer—. A las seis y media.

—Perfecto. Allí estaremos.

—Una cosa, inspector...

—¿Sí, señora?

—Sean discretos, por favor.

—La duda ofende.

La guitarra de Jimi Hendrix en *Pali Gap* sonaba a todo volumen por los altavoces del Ford Sierra. Rojo conducía a toda velocidad por la autovía en dirección a Benidorm. Y es que, ¿existía un lugar más anónimo que el balneario de la Costa Blanca? Por los cuatro costados, Benidorm era un lugar diferente al resto de la región. Allí no parecía pasar el tiempo, como si el agresivo desarrollo de la villa hubiese convertido a la ahora ciudad en un parque de atracciones del hedonismo.

Aparcaron cerca del paseo de Colón, rodeados de rostros quemados por el sol, melenas rubias al viento y turistas que hablaban en cualquier cosa que no fuese español. Las instrucciones de Forner habían sido claras. ¿Por qué en un lugar tan concurrido?, pensó el inspector mientras se abría paso entre la muchedumbre de la playa de Poniente. El casco antiguo tenía su encanto, como el de muchos pueblos costeros. Sin embargo, allí todos los carteles estaban en inglés o en alemán.

Cuando llegaron a la parroquia de San Jaime, la panorámica de la playa era hermosa. El sol comenzaba a ponerse, pero las sombrillas aún llenaban las orillas del mar.

—¿Qué diablos hacemos, Rojo? —preguntó Gutiérrez, intranquilo y con el pecho empapado de sudor—. ¿Acaso piensa darnos el dinero aquí, delante de todos?

—Veremos con qué nos sorprende.

Finalmente llegaron a la plaza del Castell, una hermosa plaza en lo alto de las rocas, de color blanco y azulejos, con las baldosas blancas y negras, como si fuera un tablero de ajedrez. A ambos lados se podía ver el mar y la monstruosidad arquitectónica que había transformado la ciudad en las últimas cuatro décadas. Sobre las ruinas rocosas de un viejo castillo, ahora convertidas en el bello mirador, caminaron hasta el final de la plataforma, donde se encontraba el famoso Balcón del Mediterráneo. Las largas escaleras llevaban a un enorme balcón donde terminaba la costa y daba lugar el mar.

Entre la multitud de extranjeros que tomaban fotografías para el recuerdo, apoyada sobre la barandilla de escayola, reconoció la figura de la mujer en un vestido de color blanco. Aquellas piernas, finas y brillantes, largas e imposibles, eran difíciles de olvidar. A Clara Forner la acompañaba otra mujer de aspecto similar, quien supuso que sería su hija Leonor.

Rojo tomó la iniciativa y Gutiérrez lo siguió, a la vez que se cercioraba de que no les estuvieran tendiendo una trampa. Con paso lento, bajo la luz del sol que bajaba lentamente entre las montañas, dejando un cielo rojizo para el disfrute de los presentes, el inspector se acercó a la mujer y la sorprendió por la espalda. Ella notó su presencia, pero no se mostró sorprendida.

—Ustedes, los de la ley, suelen ser puntuales —remarcó, comprobando la hora en su reloj. Rojo se colocó junto a ella y contempló el atardecer—. Es bello, ¿verdad, inspector?

El mar tenía un color azul que se volvía más furioso y serio. La marea aumentaba, arrastrando la espuma de las olas hasta la playa.

En el cielo, las nubes lograban una composición de tonos rojizos y rosáceos.

Era agradable estar allí, se podía sentir la paz que el Mediterráneo les ofrecía.

—En efecto —le contestó Rojo.

—Buenas tardes... —dijo Gutiérrez, a espaldas de ellos, deteniéndose a un metro. La mujer se giró, miró al expolicía por encima de sus monturas y le saludó con una mueca. Después le hizo una señal a su hija para que fuera con él. Gutiérrez chasqueó la lengua—. No sé por qué, pero no me extraña... Venga, vamos, niña...

El compañero y la hija de Forner retomaron los peldaños que llevaban a la plaza. Rojo y Forner se encontraron solos, frente al sol. Sus brazos deseaban rozarse, pero el inspector era demasiado frío para tomar la iniciativa.

—Esto sí que es interesante —comentó él.

Ella lo miró y sonrió con ternura. Sacó un sobre cerrado y se lo entregó.

—Guárdelo para más tarde.

—Como desee —respondió y lo metió en el interior de su chaqueta.

Clara Forner tenía unos labios carnosos y bonitos, muy apetecibles para él. Y unos ojos que podían conquistar países y derribar imperios, pensó. El inspector hacía un esfuerzo para aguantar la tentación de besarla.

Clara le agarró la mano y después le tocó el brazo. Sus pupilas apuntaron a los labios del policia.

—Usted nos salvó la vida —dijo ella, pasando sus dedos hasta la barba de varios días que lucía el inspector. Él se sintió nervioso, pero no incómodo—. Primero a mi hija, luego a mí...

Con tacto, Rojo le acarició los dedos y los despegó de su cara. Se inclinó hacia delante y la miró fijamente. Ahora, él dominaba el escaso espacio que había entre los dos.

—Hicimos un trato, cumplí con mi deber... —respondió con voz grave y profunda. La presencia de esa mujer despertaba emociones olvidadas—. Soy un hombre de palabra, no podía

hacer otra cosa.

Ella sonrió y le tocó el pecho.

—No me refería a eso —corrigió—. Nos salvó de verdad. Nos ayudó a despertar de una vida que no era la nuestra... Estuve tan ciega hasta que llegó usted...

Los ojos de la mujer brillaban como diamantes, ansiosos por devorar los del hombre que tenían delante. A esas alturas, sabiendo que Gutiérrez había ido a por el botín, le importaba un carajo lo que Clara dijera a partir de ahí, pues a Rojo le era indiferente. En ese momento, su mente había desconectado y sólo podía centrarse en una cosa.

—Estupendo, pues...

—Estaré siempre en deuda con usted, inspector...

Ella se acercó a su boca y él se quedó plantado donde estaba. La tensión sexual era tan fuerte que levantó las miradas de algunos curiosos. Ninguno de los dos podía contener las ganas que subían y bajaban por sus cuerpos.

—Llámeme Rojo —dijo él y sus labios se unieron, fundiéndose en un profundo beso. El reloj se detuvo para los dos. El inspector la abrazó con fuerza por la cintura y tiró hacia él para que sus cuerpos se tocaran, alargando el beso unos segundos más, provocando una explosión de fuegos artificiales frente al mar. Los últimos rayos de la tarde llenaron el cielo de un color anaranjado que dejaba una postal inolvidable.

Aquella sería la última vez que besaría a Clara Forner. Tras su encuentro, su hija y ella comenzaron una nueva vida en Miami, alejadas del pasado y de todo lo que las relacionase con su difunto marido. Una pena, pensó el inspector, recordando con placer el perfume de la mujer y la textura de sus labios.

Pero la tristeza desapareció esa misma noche. Mientras ellos ponían fin a su acuerdo, Leonor y Gutiérrez realizaron la entrega. Forner había cumplido con su palabra y eso fue de agradecer.

—Brindemos por esa mujer —dijo Gutiérrez levantando la copa de Matarromera en El Jumillano, uno de sus restaurantes favoritos de la ciudad—, y por lo que nos ha costado deshacernos de ella.

Después rio.

—Mira que eres bestia, Gutiérrez.

Los dos brindaron. La ración de jamón ibérico que tenían delante era generosa. Un día después, no harían miramientos ni se preocuparían por la cuenta. No eran ricos, ni estaban cerca de serlo, pero se habían ganado una celebración así.

—Demonios, Rojo —comentó el compañero, moviendo el bigote—. Echaba de menos esto.

—¿Ir a buenos restaurantes? —preguntó—. No mientas. No puedes añorar algo que desconoces.

—No seas idiota, ya sabes a lo que me refiero... —dijo y suspiró—. Fueron unos tiempos muy buenos de trabajo.

Rojo levantó la vista. Gutiérrez hablaba desde la nostalgia del pasado, quedándose con lo bueno y borrando por completo los momentos más duros de esos años. Por desgracia, aunque Rojo les guardaba cariño, no podía decir lo mismo de sus recuerdos en Cartagena.

—Tuvimos de todo e hicimos lo correcto en salir de allí —comentó—. Recuerda cómo estaban las cosas...

—Sí, sí, tienes razón... —dijo, rápido, dándose cuenta de que estaba emocionándose—. Ya sabes que me pongo sentimental con dos copas.

—No hace falta que lo jures.

Ambos rieron de nuevo. Por fin, la tensión molesta, la sensación de que nunca nada iba bien del todo, se había disipado, dando lugar a una calma que, por momentos, resultaba difícil de asimilar.

—¿Has comprobado ya lo que hay en el sobre?

—No.

—¿Y a qué esperas? —preguntó, curioso, intrigado por el contenido.

—No lo sé.

—Vaya —murmuró—. Imagina que tienes un billete a Miami...

Rojo sonrió con timidez.

—Me temo que será al contrario.

—No te vendría mal empezar de nuevo, en otra parte.

—Eso mismo estamos haciendo, ¿no?

—Ambos sabemos que no es lo mismo, *amic meu*.

—Gutiérrez, nunca será lo mismo. Ese es el problema de todo...

Dejaron el tema de lado y siguieron con una conversación recordando viejos tiempos, pidiendo arroz a banda y terminando con un buen pacharán antes de regresar a casa para dormir una merecida siesta.

Esa noche, el apartamento de Rojo estaba tranquilo. Gutiérrez preparaba su equipaje en la habitación de invitados y no quiso molestarle. Caminó hacia su dormitorio y encontró el sobre que Clara Forner le había dado. Por alguna razón desconocida, tenía conocer su interior. Su instinto le decía que no traía noticias agradables.

Se sentó sobre la cama, agarró el sobre y despegó la solapa. Después dejó caer el contenido sobre la colcha. Aparecieron algunas fotografías rectangulares y una carta doblada y escrita a mano. Se sintió confundido. Cogió las fotografías y las observó con calma. De nuevo, los sudores fríos, el hormigueo en la cabeza y la falta de oxígeno. Se levantó y abrió la ventana para recuperarse. No podía creerlo, esta vez no, después de convencerse de que había sido un producto de su imaginación. ¿Estaba ocurriendo de nuevo?, se cuestionó. El cuarto se hizo más y más grande. Dio varias respiraciones, cerró los ojos y se agarró a la cama. Luego volvió a observar las imágenes.

No eran de la fiesta en la que Rovira aparecía junto a Rebeca y Cornelio, pero estaban tomadas en el mismo lugar. Era Elsa, no tenía la menor duda. El detalle de la imagen evidenciaba su rostro, su mirada, su detalle más personal. No existían dudas, ni casualidades. Sintió un fuerte dolor de estómago, una presión en las tripas que le impedían pensar con claridad. Elsa con un

cóctel, bailando sola, entre hombres y mujeres. Parecía feliz y recuperada. Lento, agarró la segunda fotografía. En ella aparecía en un lugar diferente y más tranquilo, como en una sala de actos, junto a otra mujer de rostro familiar. Era la gurú que hablaba en los vídeos. También estaba ese hombre junto a ellas. Los tres sonreían agarrados por la cintura, contentos, agradecidos.

«Tiene que ser una broma».

Se dispuso a leer la carta, horrorizado por lo que pudiera revelar. La había escrito Clara:

Querido inspector:

Si está leyendo esto es porque finalmente me decidí a entregarle la carta. Quiero que sepa que dudé hasta el último momento pero, si lo hice, supongo que encontré una razón.

A estas alturas, no le ocultaré la verdad. Siento no habérsela contado antes, pero no estaba preparada.

Cuando me preguntó por Cornelio, entendí que buscaba algo más que una explicación. No fui sincera con usted, tenía mis motivos, y tampoco ayudaba a la búsqueda de mi marido. La verdad es que mi marido y él no se conocían sólo por la relación empresarial que tenían. Digamos que formaban parte de una hermandad. Y con él, también lo hacía yo.

Durante una época reciente de nuestra vida, ambos hemos sido miembros de los Hermanos del Silencio. ¡No me pregunte por qué! Puedo ver su cara ahora mismo. No necesito explicarle qué es, ni qué son o a qué se dedican porque usted ya lo sabe. Ahora entenderá por qué me voy. No puedo seguir cerca de ellos porque sé que irán a por mí y a por Leonor. ¡Ahora entenderá que no sólo nos salvó la vida!

Sé que se está preguntando muchas cosas después de ver las fotografías. Ella está viva, si es lo que busca saber, pero no es quien usted cree, ni la encontrará con facilidad porque estará siempre viajando, con otro nombre y con otro aspecto. Algunos miembros, como nosotros, tenemos un nivel superior, más superficial, y no participamos tanto en las logias que celebran, pero he visto lo que hacen con quienes no tienen nada, con los perfiles más bajos. No me malinterprete, no digo que usted lo sea, pero ella fue fácil de convencer. Existe una mujer llamada Violeta que es parte de la cúpula interna. Les lava el cerebro con programación mental y las anula por completo. Sé que resulta difícil de creer, pero la mente tiene caminos muy peligrosos y estas personas conocen las sendas del infierno. He visto cómo las manipulan y he hablado con chicas que no recuerdan quiénes eran. Son un ejército de placer prohibido, a merced de una organización que va mucho más lejos de lo que imagina. Ninguna cuestionará lo que le ordenen, porque cada orden llega de lo divino, a través de sus líderes, que son los

transmisores de las órdenes de Dios. Cornelio es un simple mercader que disfruta con ello y se beneficia a su manera.

Tiene gracia, ¿verdad? Ahora puedo verle sonreír, sólo un poco, pero todo el mundo se rinde ante esa clase de lujuria. Supongo que es algo que ya sabe y no conviene alargarlo más. Por eso, inspector, es mejor que piense que esa mujer ya no vive y que ahora sólo es un ladrillo más en la pared. De lo contrario, sufrirá y durante mucho tiempo.

Usted es un buen hombre con un corazón noble. Deje de buscarla o sólo se hará daño.

Usted ha sido mi salvación. Ojalá esta carta le ayude a encontrar la suya.

Hasta siempre,

Clara Forner.

Las despedidas nunca fueron de agrado para ninguno de los dos. Esa mañana, apenas cruzaron palabra durante el desayuno.

Rojo llevó a Gutiérrez hasta la estación de autobuses, media hora antes de la estimada en el billete para que tuviera tiempo a acomodarse. Hacía un día hermoso, pero los sentimientos eran demasiado tristes como para alzar la vista hacia el cielo. Frente al andén número siete, el autobús con destino a Madrid encendía los motores para dar paso a los viajeros. Una cola se formó junto a la puerta del piloto. Los pasajeros dejaban sus maletas, se despedían de sus parejas con largos e interminables besos y algunos optaban por no mirar atrás para evitar el arrepentimiento. Gutiérrez pegaba las últimas caladas a su cigarro, meditabundo y relajado. Rojo, por su parte, aún no había tenido el coraje de contarle lo que Clara Forner le había revelado en esa carta.

Gutiérrez aplastó la colilla en una papelería y carraspeó.

—Es hora de irme, amic meu —dijo sin mucho entusiasmo.

La situación era tensa para los dos.

Agarró su bolsa y dio un paso al frente, a la espera de que su amigo le respondiera.

—Sé en lo que estás pensando.

Gutiérrez soltó un graznido.

—No, no lo sabes...

—Está viva, Gutiérrez... —dijo Rojo y se puso a su altura—. Eso es lo que me escribió en la carta. Estaba en lo cierto, Elsa sigue, en alguna parte, no muy lejos de aquí...

—¿Y qué más da, Vicente? Pensé que habías cerrado ya ese capítulo... —contestó. La voz por megafonía anunció el último aviso. Casi todos los pasajeros habían subido al vehículo. Gutiérrez le ofreció la mano y ambos la estrecharon. Sus ojos se clavaron en los del inspector—. Cuídate, Rojo... Disfruta de tus vacaciones y llámame cuando necesites algo. Estoy convencido de que lo harás.

—Quédate.

—¿Qué estás diciendo?

—Que me ayudes a encontrarla —insistió. Su mirada era seria.

—Venga, hombre. No digas chorradas y suéltame la mano... —dijo. Pero Rojo no seguía apretando—. Estás hablando en serio, ¿cierto?

—Ahora que sé que está viva, de nada servirá olvidarme de ella, porque no seré capaz de hacerlo —explicó y le soltó la mano—. Puedes quedarte, por los viejos tiempos... o puedes subirte a ese autobús y despedirte.

Las puertas del autobús se cerraron. Gutiérrez se dio la vuelta y miró al conductor. Después soltó las asas de la bolsa de equipaje y la dejó caer al suelo.

Sacó el segundo cigarrillo y lo encendió mientras veía el autobús saliendo de la estación. Suspiró con pesadumbre, desconociendo si se arrepentiría de lo que acababa de hacer.

Rojo sonrió a sus espaldas.

—Como siempre, tú ganas, mamonazo... —dijo, dándose la vuelta—. Además, qué carajo... Siempre hay un autobús con destino a Santander.

Sobre el autor

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 con la novela El Doble.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Ha escrito otras obras como:

Serie Gabriel Caballero

[Caballero](#)

[La Isla del Silencio](#)

[La Maldición del Cangrejo](#)

[La Noche del Fuego](#)

[Los Crímenes del Misteri](#)

[Medianoche en Lisboa](#)

[El Doble](#)

[La Idea del Millón](#)

[La Dama del Museo](#)

[Todos los libros...](#)

Serie Don

[Odio](#)

[Don](#)

[Miedo](#)

[Furia](#)

[Silencio](#)

[Rescate](#)

[Invisible](#)

[Origen](#)

Serie Dana Laine

[Falsa Identidad](#)

[Asalto Internacional](#)

[Matar o Morir](#)

Serie Rojo

[Rojo](#)

[Traición](#)

[Venganza](#)

Desparecido

Trilogía El Profesor

[El Profesor](#)

[El Aprendiz](#)

[El Maestro](#)

Otros:

[Motel Malibu](#)

[Sangre de Pepperoni](#)

[La Chica de las canciones](#)

[El Círculo](#)

Contacto: pablo@escritorfantasma.com

Escritorfantasma.com